



Irreverentes

Veo perfectamente mi busto sobre mi tumba en el viejo cementerio con esta inscripción: A Jules Renard, sus compatriotas, indiferentes. (Jules Renard)

Libros irreverentes del verano

nada mejor que pasar el verano tumbado, con un libro entre las manos, por mucho que la industria hotelera afirme que hacinarse en Benidorm a 40° y emborracharse noche tras noche es “lo más”. Ediciones Irreverentes quiere colaborar y presenta para ello los mejores libros. Joaquín Leguina publica en la colección de Narrativa una de sus obras más interesantes, *Cuernos retorcidos*, en la que reúne

lo mejor de su mitología personal; junto a él, Edgar Borges propone una falsa novela negra, metaliteraria, y Francisco Legaz una novela irónica e intimista sobre un negro literario; por último, uno de los autores españoles más premiados, Raúl Hernández Garrido presenta su nueva obra teatral. Un lujo para gozar junto a la playa (en la habitación del hotel, con aire acondicionado y una copa). > **Pág. 4 y 5**



© Kiko Feria 2004

Críticas literarias



eduardo Campos, crítico de cabecera de Irreverentes y hombre justo, recomienda tres libros y tres autores; Arthur Schnitzler, Carmen Matutes y Aurelia M^a Romero, y le da un repaso a Felipe Benítez Reyes por su última novela; José Cavero, maestro de periodistas y hombre ponderado donde los haya, pone firme a Planeta y a Zafón por su nuevo libro, que hubiera debido ser corregido por un hispanohablante. Sobrecogedor. > **Págs. 2 y 26**

El adiós de Juan Manuel González

el poeta, narrador y crítico literario Juan Manuel González nos ha dejado. Participante en la *Antología del relato español*, de Ediciones Irreverentes, colaborador de este periódico y amigo de todo escritor que se le acercara, afirman quienes estuvieron junto a él en sus últimos días, que los motivos de su muerte fueron el desamor, la soledad, la depresión. Queda como uno de los mejores poetas del último medio siglo. > **Pág. 13**



PACO MANZANO

Premio Incontinentes de Novela Erótica

Los seguidores de Apollinaire, Alfred de Musset, Bataille, Pierre Louys o Pauline Réage, merecen que la llama de la perversión permanezca encendida. El Premio Incontinentes, convocado por Ediciones Irreverentes, pretende que el género literario erótico, maldito en la actualidad, perviva y que aparezcan nuevos autores que apuesten por lo prohibido. Aquí están las bases. > **Pág. 32**



Número 14 - Verano 2008

Relatos y artículos

- **Teatro de operaciones**
Joaquín Leguina > **Pág. 2**
- **Soledad**
José Antonio Rey > **Pág. 6**
- **Gente importante**
Miguel Ángel de Rus > **Pág. 7**
- **Dedicatoria automática**
Alberto Castellón > **Pág. 10**
- **El abogado**
Carmen Matutes > **Pág. 12**
- **El jardín de fuego**
Pedro Antonio Curto > **Pág. 14**
- **Sífilis en las encías II**
Antonio López del Moral > **Pág. 15**
- **La novela ha muerto**
Francisco Legaz > **Pág. 16**
- **La causa perdida de la masturbación**
Rafael Domínguez Molinos > **Pág. 17**
- **Regresando al infierno**
Alvaro Díaz Escobedo > **Pág. 18**
- **Manifiesto por la lengua común** > **Pág. 20**
- **La red de bibliotecas del Instituto Cervantes** > **Pág. 20**
- **La vida de otro**
José Melero > **Pág. 21**
- **Las cartas de la inglesa**
Santiago García Tirado > **Pág. 22**
- **Entrevista a José Antonio Rey** > **Pág. 24**
- **Entrevista a Manuel Domínguez Moreno** > **Pág. 24**
- **La identidad de Europa**
Tzvetan Todorov > **Pág. 27**
- **El miedo del escritor**
Antonio Pérez Henares > **Pág. 27**
- **Isabel Abellán**
La catedral > **Pág. 28**
Homenaje a Balzac > **Pág. 29**
- **Confines del Algarve**
Juan Manuel González > **Pág. 30**
- **Dicen que han dicho** > **Pág. 32**



- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.es



Editorial

En la cola del primer mundo en lectura, aún

Se ha presentado el Barómetro de hábitos de lectura 2007. El director ejecutivo de la Federación de Gremios de Editores de España, Antonio María Ávila, al ofrecer los datos ha asegurado que España tiene un atraso con respecto a la media europea en índice de lectura motivado por cuestiones históricas, acentuado en regiones como Andalucía, Extremadura y Galicia. España es uno de los países europeos con menor índice de lectura, sirva como ejemplo que la media de libros leídos por un universitario español es de 23, mientras que en lugares como Harvard esta cifra se sitúa en 1.423 libros. Datos estos que han de ser valorados en su justa medida, pues se trata de libros leídos hasta el final de la carrera. En todo caso, sin encuesta alguna, al ir a cualquier domicilio privado de Francia, Escocia, Rusia, Bielorrusia, Holanda o Alema-

nia, vemos que la diferencia entre una biblioteca de un hogar europeo medio y la de una casa española media son inmensas.

Según estos datos, el 56'9 por ciento de los españoles se declara lector, frecuente u ocasional, pero en estos datos se incluyen libros de texto, de lectura obligada, y aquellos que leen un par de libros al año. Es curioso el aumento de este porcentaje, logrado por medio de encuesta, ya que la media de compras de libros al año por ciudadano se mantiene en cinco.

Estas encuestas, equiparables en validez científica a aquellas en que se pregunta si somos buenos amantes, son tan bienintencionadas como poco certeras, por optimistas. Los datos de uso de productos culturales en España: libros, teatro, conciertos, son siempre más bajos que en el resto de Europa. Y la cultura, en gran medida, es lo que permite que nuestro entorno sea más habitable. Nos guste o no. Es algo que se comprende, por ejemplo, al volver a España tras haber pasado una temporada en Francia.

Juan Manuel González elige el Parnaso

Uno de los más importantes poetas españoles del último medio siglo, gran narrador y periodista y hombre bueno en el buen sentido de la palabra bueno, Juan Manuel González, nos ha dejado. Miembro de la Fundación del Español Urgente, profesor de Literatura en la Universidad de Valladolid, ganador recientemente del premio de la crítica Castilla y León por su novela *El séptimo velo*, Premio Jaime Gil de Biedma 2007 por su poemario *Tras la luz de poniente*, autor recogido en la *Antología del relato español*, publicada por Ediciones Irreverentes, y colaborador de este periódico, afirman los más cercanos que quiso morir por un invencible desamor y algunas de sus raíces: la soledad y la depresión. Descansa en el cementerio de Carabanchel y está para siempre con nosotros.

Incontinentes, un premio para la literatura erótica

Cuando se dejó de convocar el Premio La Sonrisa Vertical de literatura erótica, los aficionados al género sufrieron una decepción. Ciertamente, el erotismo no vendía como diez años antes y los lances amorosos se habían incorporado a la literatura general, de un modo descremado y pasteurizado, bien es cierto. Pero los seguidores de Apollinaire, Alfred de Musset, Bataille, Pierre Louys o Pauline Réage, merecen que la llama de la perversión permanezca encendida. El Premio Incontinentes, convocado por Ediciones Irreverentes, pretende en su modestia que este género literario, maldito en la actualidad, perviva y que aparezcan nuevos autores que apuesten por lo prohibido. Aunque nada más sea porque la moralidad y las buenas costumbres no pueden valorarse si no existe el libertinaje.

El juego del Ángel, por Carlos Ruiz Zafón



José cavero

En esta segunda parte de *La Sombra del Viento*, la editorial ha compensado el lanzamiento de la primera. Aquella, sorprendió a todos, incluida Planeta, por la acogida sin precedentes de un autor relativamente nuevo, que había publicado algunas novelas para chavales...

En pocos meses, Planeta se vio en la necesidad de publicar dos, cuatro, ocho, diez, veinte ediciones de un libro al que habían prestado escasa atención y casi nula promoción. Por el contrario, con *El Juego del Ángel* ha sucedido algo muy distinto: Sobre la base de los, según se calcula, dos millones de ejemplares vendidos de *La Sombra del Viento*, en unos cuarenta países, la editorial de José Manuel Lara no quiso escatimar medios en el lanzamiento de *El Juego del Ángel*, y ha hecho toda una exhibición de medios para vender y vender...

¿Es oro todo lo que reluce? Zafón haría bien en dar a corregir las pruebas de sus libros a algún castellano hablante, que las puliera de efectos indeseables, "palabros" inadecuados y giros que tampoco proceden.



Dicho lo cual, Zafón engancha de un capítulo al siguiente, aunque al final quepa preguntarse qué nos quiso contar y cómo acaba todo...

Teatro de Operaciones



Joaquín Leguina

En Mesopotamia (tierra entre ríos), actual Irak, nació nuestra civilización. Sumerios, babilonios y asirios estuvieron asentados allí. En el año 669 antes de Cristo, Asurbanipal, un asirio, rey de Babilonia, inició una guerra contra el rey Teumman al que derrotó. Los arqueólogos han descubierto una "tablilla" que glosa estos luctuosos sucesos.

En ella se lee lo siguiente:

"En mi novena campaña reuní mis ejércitos y tomé el camino recto. Como el ataque de un terrible huracán aplasté a Teumman, rey jactancioso que había concebido el mal. Maté a sus guerreros en número incontable. Sitié la ciudad, destruí, devasté y la quemé con fuego".

Esto lo mandó escribir Asurbanipal, pero bien podía haberlo ordenado George W. Bush, aunque hay una diferencia sustancial entre uno y otro mandamás: según los historiadores, Asurbanipal era un príncipe refinado y culto.



Staff

Director
Miguel Ángel de Rus

Coordinación
Vera Kukharava

Redacción
C/ Martínez de la Riva, 137

Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com

Delegación Madrid
Antonio López del Moral
Francisco Legaz
Rafael Domínguez
Eduardo Campos

Delegación La Mancha
José Enrique Canabal

Delegación Andalucía
José Melero y Alberto Castellón

Delegación Murcia
Isabel María Abellán

Delegación Cantabria
Álvaro Díaz Escobedo

Delegación Galicia
José Antonio Rey

Delegación Comunidad Valencia
Santiago García Tirado

Delegación Asturias
Pedro Antonio Curto

Delegación Reino Unido
Carmen Matutes

Diseño
DinA3 (nachoifr-dis@yahoo.es)

Impresión
Imcodavila

Depósito legal
AV-51-0

Alonso de Santos y Raúl Hernández Garrido

ediciones Irreverentes presentó los nuevos libros de teatro de José Luis Alonso de Santos, *Amor líquido*, y Raúl Hernández Garrido, *Los sueños de la ciudad*, en la Casa del Libro de Gran Vía, Madrid. Presentó el acto, junto a los autores, el escritor Miguel Ángel de Rus

Alonso de Santos definió *Amor líquido* como "un libro de humor y de parejas, algo que ahora se ha puesto de moda gracias a la televisión, pero que yo llevo haciendo bastantes años, porque la vida necesita humor; no está de más que el autor nos lleve por paisajes hermosos que nos hagan más

agradable la vida. A mí me acusan, con razón, de que en mis obras siempre defiendo a las mujeres, que los malos son los hombres. Lo acepto; pero es que los escritores somos los sacerdotes de la religión que impone el Estado, y ahora se lleva decir que los malos, los fuertes, los perversos, son los hombres, y no siempre es así, y que las mujeres son siempre las débiles, y yo, como quiero ganarme el cariño del público, digo: pues será... pero en *Amor líquido*, que es ante todo un libro de comedias, lo que quiero es mostrar que en verdad es muy difícil mantener un amor, que cuando nos casan deberían decirnos que nos unen para escuchar al otro toda nuestra vida. Porque lo que



De izquierda a derecha, Miguel Ángel de Rus, Raúl Hernández Garrido, José Luis Alonso de Santos y Francisco Legaz.

hacemos es escuchar las neuras del otro y contarle las nuestras, un día tras otro. Y en mi libro, a ratos son los malos los hombres, a ratos las mujeres, pero no por maldad, sino porque algo hay que hacer para ir pasando los días."

Raúl Hernández Garrido afirmó que "*Los sueños de la ciudad* nace como venganza ante una persona y como homenaje a

un compañero que ya murió, alguien que con cincuenta años seguía muy apegado a su madre, que no podía mantener una relación sentimental estable por ese apego. Por mi obra pululan los locos, los solitarios que deambulan por el metro madrileño o de cualquier gran ciudad, y todos los personajes han salido de la realidad; uno que iba recitando todas las paradas

del metro de Madrid, otro que iba envuelto en plásticos, el que conocía de memoria la plantilla del Real Madrid que consiguió la quinta copa de Europa, con titulares y suplentes, hay recetas de cocina... está toda la fauna suburbana. Es una obra de teatro extraña, no es una comedia al uso, pero es extraña porque muestra un mundo extraño, que es el nuestro, nuestro entorno".

Novedades de Ediciones Irreverentes



Distribución de Ediciones Irreverentes

Madrid y Castilla La Mancha - Distrifer Libros S.L.
C/ Valle de Tobalina, 32 nave 5-6. 28021 Madrid
Tfn. 91 796 27 09 - Fax. 91 796 26 77

Castilla León - Andrés García Libros
C/ Pintores, 5 - Pol. Villares 37184 Villares Reina - Salamanca
Tfn. 923 23 02 06 - Fax. 923 25 31 17

Castilla León - Andrés García Libros
Fdez. Ladreda. Parc. 1, Nave. 3 P. Argales - 47008 Valladolid
Tfn. 983 47 21 55 - Fax. 983 47 32 47

Alicante - Alicash S.L.
Ctra. Ocaña, 56 C/C U.A. 4 03006 Alicante
Tfn. 96 510 36 50 - Fax. 96 528 96 63

Cataluña y Baleares - Ben Vil S.A.
Viladomat, 86 08015 Barcelona
Tfn. 93 325 46 84 - Fax. 93 425 17 13

Málaga, Almería y Granada - Calmal
Carrion-Los Negros, 19 29013 Málaga
Tfn. 95 225 10 04 - Fax. 95 225 10 04

Asturias, Cantabria y León - Cimadevilla
Polig. Roces 3.C/ Arquimedes 33211 Gijón - Asturias
Tfn. 98 530 70 43 - Fax. 98 516 72 15

Sevilla, Cádiz, Huelva y Extremadura Centro Andaluz del Libro
Parc.34-36 Km.7,3 Sev-Mal Polig. Ind. La Chaparrilla 41016 Sevilla
Tfn. 95 440 63 66 - Fax. 95 440 25 80

Córdoba y Jaén - Francisco Baena
Pol. Las Quemada. Par.236-A 14014 Córdoba
Tfn. 957 32 60 23 - Fax. 957 32 58 42

Aragón, Rioja, Soria y Navarra - Icaro
Polígono El Plano, Nave 39 50430 M. Huerva - Zaragoza
Tfn. 976 12 63 33 - Fax. 976 12 64 93

Galicia - López Caballero Libros S.L.
C/ Príncipe, 22 36206 Vigo, Pontevedra
Tfn. 986 26 64 33 - Fax. 986 37 91 54

Valencia - Lyra
C/ Dels Collidors, 4 46210 Picanya-Valencia
Tfn. 96 1590781 - Fax. 96 1590884

Murcia - Miguel Sánchez Libros
C/ Mayor, 55 Pol. Camposol, 2 30006 Puentetocinos, Murcia
Tfn. 968 24 73 31 - Fax. 968 20 03 19

Canarias - Odón Molina
Neptuno, 9 (Gracia) 38205 La Laguna-Tene
Tfn. 922 25 66 66 - Fax. 922 25 62 11

EXPORTACIÓN A LIBRERÍAS

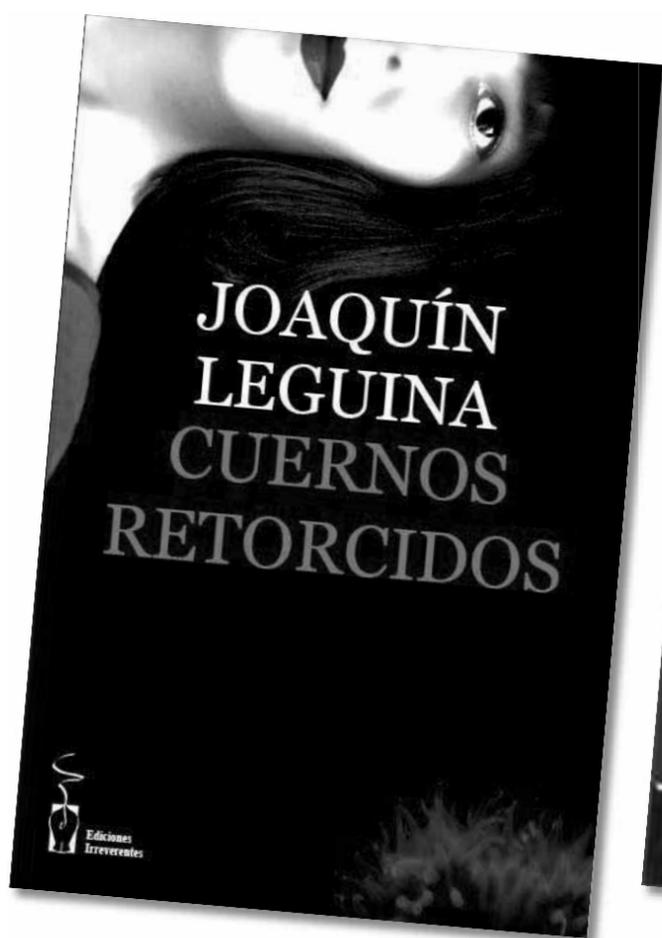
Celesa
Tel: (34) 915 17 0 170 - Fax: (34) 915 17 3 481
Correo electrónico: pedidos@celesa.com

Azteca
Marquesa de Argüeso, 36 - 28019 Madrid
Tel: 91 5604360 - Fax: 91 5652922
azteca@aztecadist.es

VENTA A BIBLIOTECAS DE ESPAÑA Y EL EXTRANJERO

Puvill
Tel: (34-93) 2988960 - Fax: (34-93) 2988961
Correo electrónico: info@puvill.com

EDICIONES IRREVERENTES, VENTA DIRECTA A LIBRERÍAS Y EMPRESAS
editor@edicionesirreverentes.com



Leguina, Borges, Legaz y Hernández Garrido en el fresco verano literario

Joaquín Leguina publica en la colección de Narrativa de Ediciones Irreverentes una de sus obras más interesantes, *Cuernos retorcidos*, en la que reúne lo mejor de su mitología personal; junto a él, Edgar Borges propone una falsa novela negra, metaliteraria, y Francisco Legaz una novela irónica e intimista sobre un negro literario; por último, uno de los autores españoles más premiados, Raúl Hernández Garrido presenta su nueva obra teatral. Un lujo para gozar junto a la playa.

Cuernos retorcidos, de Joaquín Leguina

Encontramos en *Cuernos retorcidos* la narración de infidelidades matrimoniales, un París soñado, los fantasmas de nuestro tiempo, vecinas incitantes, traiciones políticas, diputados de mujeres indiscretas, verdugos incapaces de perdonar a sus víctimas, el marketing como ideología política, y como no, la encrucijada española; o dicho de otro modo: cómo vertebrar un país en el que los elementos disgregadores actúan con más fuerza y capacidad publicitaria que los integradores. Los protagonistas de este libro, que reúne lo mejor del universo creado por Joaquín Leguina a lo largo de su obra, se llaman Marlene Dietrich, Winston Churchill, Malraux, Picasso, Darwin, Ernesto Guevara, Althusser, Giorgio Bassani, Jorge Semprún, Javier Reverte, Samuel Beckett o Fernando Arrabal. En *Cuernos retorcidos* se mezcla la narración, el ensayo y los recuerdos personales. Hay cuernos porque hay relaciones amorosas, y son retorcidos porque el autor

retrata una realidad de cornamenta rebotante de puntas y de intenciones sinuosas y agresivas, a la que se enfrenta con las amas dialécticas de la ironía, la sátira y el sarcasmo. El cosmos particular de Leguina queda concentrado, rebotante de humor, erotismo, y recuerdos de los viejos maestros.

Joaquín Leguina (Villaescusa, Cantabria, 1941) Es autor de una extensa y valiosa obra narrativa en la que destacan títulos como *La fiesta de los locos*, *Tu nombre emvenena mis sueños*, *La tierra más hermosa*, *El corazón del viento*, *Cuernos*, *Por encima de toda sospecha* y *El rescoldo*. Su obra ensayística, de gran prestigio, cuenta con títulos como *Conocer gente: Recuerdos casi políticos*, *Ramón franco; el hermano olvidado del dictador*, *Años de hierro y esperanza*, *El Chile de la unidad popular, 1970-1937*, *Malvadas y virtuosas: retratos de mujeres inquietantes*, *Defensa de la política*, y *Los ríos desbordados, un ensayo político*. Leguina ha sido doce años Presidente de la comunidad

de Madrid, diputado desde 1996 hasta 2008, y Presidente de la Comisión de Defensa del Congreso.

Los sueños de la ciudad, de Hernández Garrido

Los sueños de la ciudad, obra ganadora del II Premio El Espectáculo Teatral, es una inquietante historia de incertidumbre, misterio y terror, un sueño oscuro; las vivencias de alguien que padece una soledad profunda, un hombre de cualquier gran ciudad de hoy, alguien entre la alienación y el ensimismamiento. En estos tiempos de atentados suicidas y masacres escolares, descubrimos la presencia desasosegante de los que a nuestro lado andan inadvertidos, que se mueven por los mismos entornos de la ciudad que nosotros, y tememos sus sueños. El Metro se ha convertido en las catacumbas actuales; sus habitantes amenazan con hacer desaparecer nuestro sentido de la seguridad mientras pasamos a su

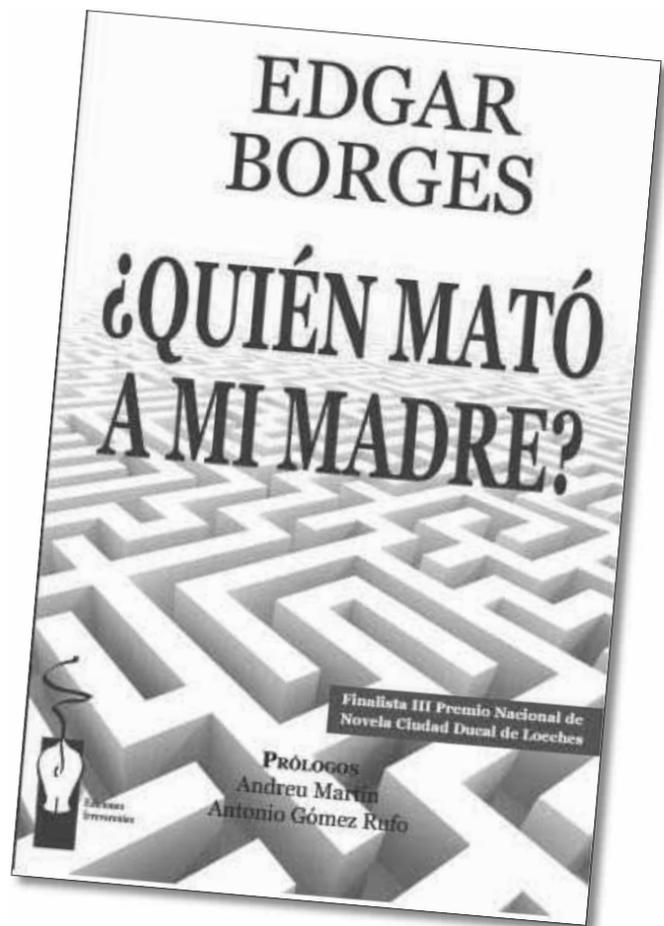
lado. Vivimos la incertidumbre que los viajeros del metro de Madrid comparten con sus iguales en Londres, París, Moscú o Nueva York. Y lo vivimos a través de Benito, un tipo con la psicología dañada del hombre incompleto y fragmentario. El personaje relata sus vivencias terribles a oyentes invisibles de su entorno, que pudiéramos ser nosotros. Benito es un ser rapaz, que confundirá amistad y comestibilidad, amor y lascivia, tierra e infierno. Benito tiene algo de Max Estrella y de caníbal de Milwaukee... y nosotros pisamos el mismo suelo que el monstruo.

Raúl Hernández Garrido (Madrid, 1964) es uno de los principales exponentes de la nueva dramaturgia española. Obtuvo el Premio Lope de Vega con *Los engranajes*; el Premio Rojas Zorrilla con *Los restos: Agamenón vuelve a casa*; el Premio Calderón de la Barca con *Los malditos*, el Premio Ciudad de Alcorcón por *De la sangre sobre la nieve* y el Premio de Teatro Born con *Si un día me olvidarás*. Ha sido finalista

del Premio Nacional de Literatura Dramática por su obra *La persistencia de la imagen*, producida por el Centro Dramático Nacional. Sus textos han sido traducidos a una decena de idiomas y representados en Europa y América.

Trazo blanco sobre lienzo blanco, de Francisco Legaz

En *Trazo blanco sobre lienzo blanco*, una atrevida propuesta narrativa en que realidad y ficción se entremezclan magistralmente, el protagonista, un hombre solitario que lleva dando tumbos por su propia vida desde hace tantos años, que ya ni se acuerda de lo que es tener familia o raíces de ninguna clase, en un intento desesperado por darse forma a sí mismo, como una forma de terapia para sus males, pretende crear una historia partiendo de la más absoluta nada. Poco a poco va creando a una mujer, a la que dota de vida, decepciones e ilusiones que, como las suyas, se van viendo frustradas con el paso



Sobre ¿Quién mató a mi madre?



Por Andreu Martín

Enfrentado a un crimen, a la llegada de dos misteriosos investigadores y a un interrogatorio que prácticamente monopoliza el desarrollo de la obra, Andreu Martín autor de novelas negras como *Prótesis* o *Juez y Parte* o *Piel de Policía*, obsesionado por el realismo y la verosimilitud, topó con un texto que se resistía a encajar en los moldes previstos. Hasta que la magia del texto se impuso y el lector fue sustituido por otro Andreu Martín, el autor de *Por amor al arte*, *Por el amor de Dios* o *Vampiro a mi pesar*, el habitante de Cadaqués, tocado de tramontana y apasionado del surrealismo, el que distorsiona personajes y crea situaciones incoherentes para mejor contar la coherencia del mundo y, con ese nuevo pincel daliniano repintó la obra y, por fin, la comprendí y me zambullí en ella para descubrir nuevos placeres, mucho más próximo (supongo) a las intenciones del autor.

La novela me elevó, así, por encima de la realidad para llevarme a un fascinante mundo de sugerencias, insinuaciones y reflexiones donde no se trata de partir de enigmas para encontrar respuestas sino que directamente se parte de las respuestas para perderse entre enigmas. En la novela *¿Quién mató a mi madre?*, de Edgar Borges, el placer deriva precisamente de verse perdido y de cerrarse salidas, de manera que incluso la solución final es un triple o cuádruple portazo para terminar con la promesa «de que regresaría puntualmente en dos semanas» y de ello no se desprende una sensación desasosegante sino, desde mi punto de vista, una alegre predisposición de volver a empezar el juego con ánimos renovados.

Cuando entramos en casa de los Rivera, ésta queda descrita como un decorado, una realidad manifiestamente distinta de un exterior que estamos dispuestos a ignorar. Nos instalamos en un decorado que queda fijado como una caja de luz flotando en medio de la nada, ajena a la realidad exterior. A partir de ahora, los personajes actuarán a su manera, levitarán, se moverán

en apartes imposibles, hablarán entre signos de exclamación, el marido se disfrazará de la mujer, se nos hablará con naturalidad de agencias donde encontrar clones de sí mismos, el revólver del asesinato se alquila, serán hallados papeletos doblados invisibles para todos menos para uno aunque se encuentren en los lugares más visibles, convenciones todas ellas que me llevan al mundo onírico como los de Dalí, Chirico o Magritte. Microcosmos platónicos donde los interrogadores son como ángeles, ni policías ni periodistas, detectives contratados por la muerte y sus interrogatorios devienen diálogos en espiral sobre la locura y la vida. Lo que en una novela realista y convencional sería psicosis en este relato de género inclasificable se convierte en metáfora que nos lleva a la reflexión, a la paradoja, a la síntesis, a veces a la risa más desternillante, siempre a la sorpresa. Insisto en que, durante la lectura, he estado envuelto de esa sensación tan intrigante y desconcertante que provocan en el espectador los relojes blandos o el Ángelus de Millet repintado por el genio ampurdanés, las estatuas con cara de perro y las columnas truncadas en eriales calcinados de Chirico, el hombre del sombrero hongo de Magritte, el Rinoceronte o la Cantante calva de Ionesco. El sillón que ocupa el lector poco a poco será diván de psicoanalista donde cada una de las situaciones, réplicas, palabras del texto resultarán ser reinterpretaciones deformadas de la realidad que evocarán inevitablemente vivencias cargadas de significado y de sentimientos.

La novela se lee con gran facilidad, incluso diría que pasión aun cuando no recurre al truco habitual en la novela policíaca de plantear un enigma para capturar y retener la atención del lector. La pregunta ¿Quién mató a mi madre? sólo está en el título. En cuanto se inicia el interrogatorio, el lector percibe de inmediato que no se va a seguir un método policial de persecución de la verdad sino que se va a encontrar con un

largo diálogo platónico que lo llevará más allá de lo policial para sumergirlo en la filosofía.

He dicho al principio que me instalé en casa de los Rivera como si fuera un escenario de teatro. Efectivamente, el autor nos sitúa con una descripción parecida a la que se utiliza para iniciar las obras dramáticas: el balcón enfrente; entre la mesa y el balcón, hacia la izquierda, está Manuel... Detrás de la puerta, la única pared azul de la vivienda... Más adelante, cuando nos hable de las sorprendentes cenas poéticas de la familia Rivera, se nos explicará cuál es exactamente la posición que ocupa cada uno de los miembros. Los ruidos que vienen del exterior me parecen efectos producidos por anticuados tramoyistas, Dios mío, los golpes que propina Dina a su ordenador cuando trabaja: se va a cargar el disco duro! No sé por qué (pero es virtud de esta novela inducir a pensamientos que se dirían ajenos a ella sin serlo), la situación de la novela me lleva a un decorado delirante que existe en el Museo Dalí de Figueras: aquella habitación que es un retrato de Mae West. Hay una chimenea, dos cuadros, un sillón, entre los cuales se puede caminar... Y, cuando se mira a través de un cristal distorsionador, se descubre que el sillón rojo son los labios, que la chimenea es la nariz, que los dos cuadros son ojos... Éste es el sabor que retengo en el cerebro después de la lectura de la novela *¿Quién mató a mi madre?*, de Edgar Borges. La constatación de que el concepto surrealismo no viene de sub-realismo, como el mal uso de la etimología nos podría llevar a pensar sino de la palabra francesa sur-realismo que quiere decir super-realismo, es decir, mirada desde arriba, desde lo alto, mirada de aquel que sobrevuela (de ahí que haya comparado los investigadores con ángeles) y que, desde el cielo, puede verlo todo con una distorsión que lo acerca mucho más a la verdad, puede verlo todo tan bien que incluso descubre que en el Ángelus de Millet había enterrado un cadáver.

del tiempo, que no perdona a nadie. Completamente alejado de la realidad y sin darse cuenta, se enamora de su personaje y descubre que, en lugar de mejorar y salir adelante gracias a la escritura, se encuentra asomándose al abismo de su propia conciencia, cada vez más oscuro e incomprensible. Junto al amor literario, hay un real, ambos se entremezclan. La vida cotidiana entra en la novela de una forma sorprendente. ¿Llegará a saber el uso que se está haciendo de lo que escribe? ¿Sabe que está siendo manipulado? Legaz llega a su madurez narrativa con un estilo que recuerda al Tabucchi más intimista, aunque con un imaginario propio y seductor, con esta obra que fue finalista del I Premio Irreverentes de Novela.

Francisco Legaz Nieto (Madrid), es Licenciado en Filosofía, experto en terapia psicoanalítica grupal, y Master en Bioética. Su actividad como escritor se remonta a los años ochenta, cuando presentó su primera novela: *La memoria vacía*. Desde entonces ha escrito de forma constante, presentando novelas como: *Mujeres de Otoño*, *Colóquese siempre en posición horizontal*, *Palabras encadenadas*, *El horizonte está en la escalera*, y *Un viaje hacia el abismo*, publicada por Ediciones Irreverentes en el 2006. Actualmente dirige y presenta el programa radiofónico dedicado a la literatura *El bosque de las palabras*.

¿Quién mató a mi madre?, de Edgar Borges

“España está viviendo un momento en el que nada más interesa la novela de diversión, la novela sin compromiso; una obra como *¿Quién mató a mi madre?* que desde postulados formales de literatura negra pretende hacer literatura dentro de la literatura tiene una salida difícil, porque es para lectores que buscan una

obra consistente. Por ello, ser finalista del III Premio Ciudad Ducal de Loeches ha sido para mí muy importante, porque un jurado ha valorado mi novela sin basarse en criterios comerciales, sino de calidad”, afirmó el escritor venezolano Edgar Borges al presentar en Madrid ante medios de comunicación su novela “¿Quién mató a mi madre?”, una obra que es más que una novela de intriga. Dos detectives llegan al apartamento de los Rivera para investigar un crimen: ha sido asesinada la madre de la familia; los sospechosos son el esposo y los dos hijos adolescentes. El primer reto de los protagonistas será descubrir al asesino, y el último, lograr salir de un apartamento que en realidad es un libro. Antonio Gómez Rufo afirma que “en la novela de Edgar Borges, la utilización de la literatura como personaje me parece original y eficaz, crea una novela de las que llamamos *novela-excusa*, porque, en realidad, lo que hace es obligarnos a pensar en el destino, el azar, la naturaleza humana y el sentido de la vida y juega con una trama policíaca sustentada en la vida propia que tiene el universo de la literatura de una manera muy distinta a como lo hiciera Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, otra novela con un parecido planteamiento creador”.

Edgar Borges, (Venezuela, 1966)

Autor de *Sonido Urbano, calle, salsa y cuentos* (Caracas 1992); *Sueños desencantados* (Caracas 1994. Relatos); *Mis días debajo de tu falda* (Caracas 1996. Relatos); *La monstrea, la mujer que jamás invitaron a bailar* (Bogotá 1999. Novela); *Aquiles, el último fugitivo de la globalización* (Caracas 2001. Relato); y *El vuelo de Caín y otros relatos* (Madrid 2005 y Caracas 2007). Participó en las Antologías, *Microveus*, *La culpa de Nicanor* (Barcelona, 2007) y *Narradores del Grupo Búho, El último aniversario* (Madrid 2005).



Soledad

m

ires para donde mires, las piernas flaquean, el corazón palpita, las tri-

pas se te arrugan como uvas pasas, hasta que la razón comienza a nublarse y, por fin, se abre la espita de la ansiedad y el abismo, que anuncia la tragedia en ciernes. La alegría, la ilusión, la esperanza... palabras huecas que penden en una sima profunda. Sientes que el corazón explota como un globo, y, de repente, se produce el vacío. No existe peor soledad que la compartida, o la indiferencia del olvido sin perspectivas de cambio. No hay dónde aferrarse, porque eres como un corcho a la deriva en un mar sin esquinas. Un paso y luego otro y otro, hasta llegar al fondo de la habitación y nuevamente a empezar volviendo sobre tus pasos. Una locura.

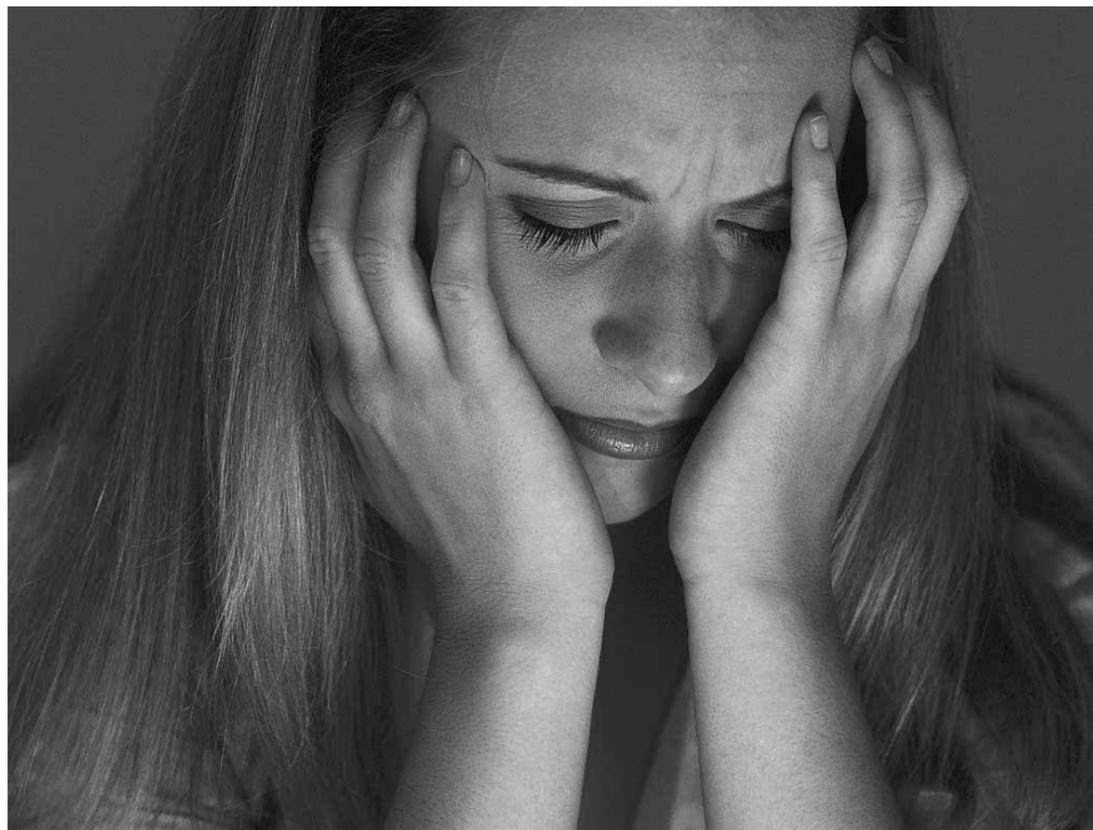
o existe recoveco en el mundo en el que hallar acomodo. Te ríes aferrándote al vano subterfugio de la ironía; pero no, no estás loco, sólo hastiado, que no es lo mismo. Giras sobre ti mismo, pero nada te llama especialmente la atención; todo te parece claustrofóbico e insufrible. Te derrumbas. Estás nadando sobre ese pozo sin fondo llamado "monotonía". Pero la debacle es mucho más profunda; lo sabes. En realidad el pozo sin fondo está dentro de ti, es decir, en tu alma. Y te acabas por convencer del axioma que, por evidente, no es por ello menos escurridizo: No puedes ayudar a los demás, si no te ayudas a ti mismo.

Ya no tienes fuerzas ni agallas suficientes para diseccionar tus pensamientos y labrar sobre ellos los proyectos

tiemblas, te rebelas y contraatacas, pero el cáncer de la apatía está devorando las pocas fuerzas que te restan. La sensación de indefensión y vulnerabilidad te convierte en un blanco fácil. Lo intuyes, te estás desplomando como un castillo de arena sacudido por el embate de una ola asesina. Ya no tienes nada, y, lo que es peor, nada eres. Estés donde estés no hay nada que te arraigue y te entretenga, o al menos te detenga. Te desesperas. El caos se apodera de tu existencia. A eso se le denomina "alienación". De repente un zumbido agudo



José Antonio Rey



Eres una especie de anamorfosis de lo que quisiste y no pudiste ser, una distorsión en el abismo que tú mismo fabricaste para asesinar tus propios sueños.

te despierta; hay alguien debajo de tu cama. Hasta la respiración es un auténtico suplicio. Intentas incorporarte, pero no puedes. Un poderoso imán, que no ves, únicamente oyes y sientes, te aferra al somier como la pintura al cemento, como la arena a la playa. El magma de la desazón embadurna tu mente confundiendo todo. A eso se le denomina "depresión". Sí, pero tú ya no tienes fuerzas ni agallas suficientes para diseccionar tus pensamientos y labrar sobre ellos los proyectos, que son la sal de la vida, los ladrillos de un futuro que se te antoja inalcanzable. No hay techo; no hay perspectivas.

te falta determinación y te sobra desidia. El cuerpo pesa una tonelada, las palabras reverberan huecas en tu cerebro como pelotas saltarinas moviéndose a cámara lenta, mientras te miras en el espejo y no te reconoces. Eres una especie de anamorfosis de lo que quisiste y no pudiste ser, una distorsión en el abismo que tú mismo fabricaste para asesinar tus propios sueños. Te has convertido en un caníbal

devorándote a ti mismo. Y eso, amigo mío, no te gusta.

Calma tensa en forma de ingravidez. Lo intentas una vez más, pero el cuerpo no responde. Impotente, utilizas la última triquiñuela que te queda en la mochila de impostor: Cierras los ojos y suplicas e imploras que suceda algo que te haga salir del letargo. Sin embargo, por mucho que indagues y barruntes, no hallas ningún adminículo capaz de romper las cadenas que te atan a la postración más absoluta, concretizada en un colchón, un somier y cuatro paredes, a modo de cárcel perpetua, que ahoga cualquier protesta, quejido o súplica.

llorando. Incapaz de mover ficha, lo dejas todo al albur de la contingencia. Te encuentras absolutamente solo; la desazón acaba por carcomer todo atisbo de resurrección; hasta que, finalmente, te hundes. Fin de la pesadilla.



Último libro del autor:

- Cuentos apócrifos
- Un instituto con vistas



El auténtico Rey de España
El escritor con más pegada del reino



Gente importante

Salió del prostíbulo de carretera ajustando los pantalones a la cintura con gestos toscos y un abobado aire de felicidad en el rostro. Se detuvo frente al camión y disfrutó del aire fresco de comienzo del otoño mientras se pasaba las manos por el escaso pelo ralo de la cabeza. Se dijo que no había estado mal lo de aquella muchacha de las bragas rojas y los senos menudos. A lo lejos, distinguió un coche patrulla de la guardia civil, que pasó a gran velocidad.

“Cabrones” farfulló y escupió en el suelo. Su gesto parecía indicar duda cuando se pasó la mano por la cara mal afeitada y miró primero al camión y luego al pueblo de mala muerte, cuyas afueras no estaban a más de doscientos metros. “Las once” dijo al mirar el reloj y volvió a girar la cabeza hacia el camión y hacia el pueblo.

—Me comía yo ahora un pollo con patatas y me bebía una botella de Valdepeñas. —Se dijo a sí mismo. Tras veinte años en el camión, viendo miles de veces las mismas carreteras, sólo hablar consigo mismo le había salvado de la locura. —Después de echar una canita al aire, pa’ quedarse tranquilo, lo mejor es llenar la tripa... Y luego, un purito.

Las mujeres, rumanas, polacas, algunas kosovares y dominicanas, seguían con su sucio trabajo dentro del local, aguantando olores repugnantes y presencias más inmundas aún, cuando el hombre se dirigió hacia el camión.

—Por nada del mundo me andaba yo ahora hasta el centro del pueblo. Dejo el camión en la plaza y me meto en el bar.

Se acercó hacia el vehículo, pasó por delante y echó una mirada rápida, instintiva, al inmenso crucifijo que llevaba colgando y a los calendarios con chicas desnudas que presidían la cabina. Volvió a escupir y, casi sin comprender qué había sucedido, un hombre joven y fuerte, de acento extraño, le cogió por la barbilla con una mano poderosa y con la otra hizo volar la navaja que dio un tajo preciso en su yugular. Sólo pudo emitir un gemido gangoso y terrible mientras la sangre manaba a borbotones y casi no tuvo tiempo de llegar a comprender que estaba tan muerto como un cerdo en san Antón, la fiesta de su pueblo que jamás se había perdido. Su cuerpo se desplomó y dio unos últimos botes convulsos antes de que el alma desapareciera. De él sólo quedó un cuerpo feo y lleno de sangre cuyos últimos estertores se iban agotando.

—Dame las llaves, cabrón, que no te sirven ya. —Le susurró su asesino, mientras buscaba en sus bolsillos, como si pudiera escucharle. —Heredia, toma y abre.

Un tipo moreno y achulado, con el pelo lleno de gomina y el rostro canalla, cogió el llavero al vuelo. Abrió la puerta de la cabina, buscó algo. Pasado un minuto, salió hacia la parte trasera y abrió las puertas del camión, mientras su cómplice arrastraba el cuerpo inerte hasta dejarlo tras unos setos. El llamado Heredia apenas le dio tiempo a volver y a lavarse las manos; como si supiera bien dónde encontrar aquello que buscaba, apareció rápido con una caja abierta y sonriente.

—Ya lo tengo. Vamo p’ar coche.

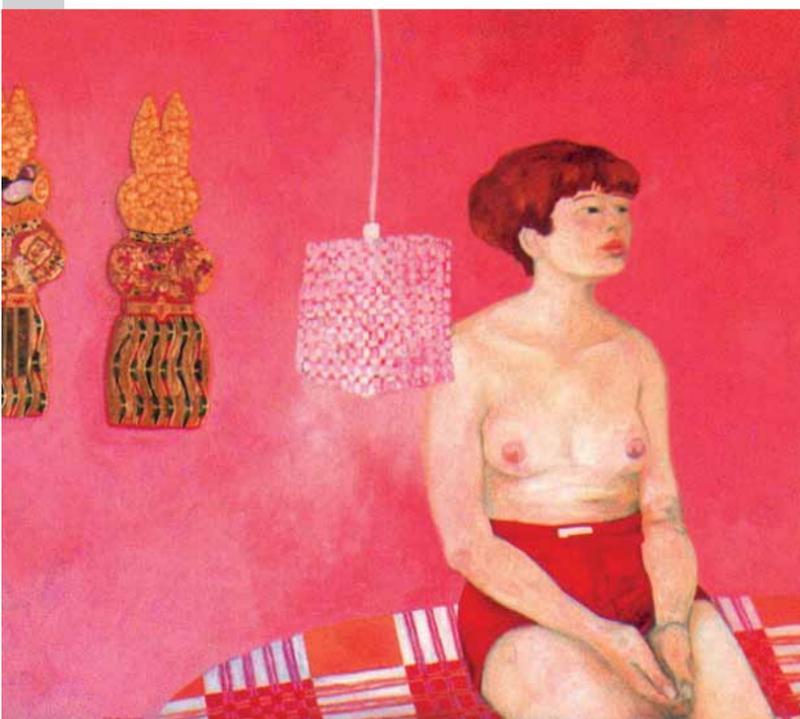
Encendió un cigarro y miró inquisitivo hacia los lados. Subieron aprisa al coche alemán, de ocho cilindros en V y trescientos veintisiete caballos, tras guardar la caja en el maletero. El tipo rubio y frío miró hacia algún lugar perdido tras los matorrales.

—La muerte se lo ha llevado como quien saca a un inválido de una silla de ruedas.

El acanallado le miró con la extrañeza propia de las ocasiones en las que no le entendía, con esa maldita forma de hablar en extranjero.



Miguel Angel de Rus



como si quisiera que el veneno llegara lo antes posible al cerebro.

Un tipo salió del prostíbulo, claramente ebrio, empujado por una mujer basta, de mirada animal y gesto de hastío. Se sentó en el escalón y antes de que el coche arrancara ya se había dormido. Una mancha de humedad se hizo entre sus piernas. Parecía roncar feliz.

—Nos vamos, que nos esperan en el kilómetro cien.

Una pareja se besaba, ajena al mundo, en un automóvil viejo aparcado a los lejos. Parecían no enterarse de cuanto sucedía a su alrededor.



MARCELA BÖHM



Últimos libros del autor:

- 237 razones para el sexo, 45 para leer
- Donde no llegan los sueños
- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos Irreverentes
- Bäsle, mi sangre, mi alma

<http://perso.wanadoo.es/miguelangelderus> • <http://miguelangelderus.blogspot.com>

—Mentira parece que los camioneros estos no aprendan que es peligroso sacarse una propinilla trayendo la cocaína. Luego se quejarán si les pasa algo.

El rubio asintió a las palabras del llamado Heredia. Era el cuarto tipo al que daba pasaporte al más allá en dos meses, y no parecían extraer ninguna enseñanza.

—España es un buen lugar para trabajar. En cuanto mi país entró en vuestra Europa, me dije; vete al sur, que allí se hace negocio. Los países del sol son buenos. Con el calor a la gente le es todo igual; en mis tierras no había tanto futuro. —Sacó un cigarrillo, lo encendió y aspiró

El coche salió quemando neumáticos, con la chulería propia de quien se cree eterno. Detrás, el edificio feo y envejecido mostraba sus alegres neones rojos y amarillos. Con una mínima diferencia de tiempo, no más de medio minuto, se detuvieron dos coches. De uno de ellos bajó un par de chicos jóvenes, rústicos, de sonrisa tosca y animal. El otro se quedó en una esquina del aparcamiento. Los jóvenes entraron como quien entra en un bazar de saldos de la felicidad dispuestos a vivir una aventura nocturna.

Heredia había puesto música flamenca, canciones gritadas con dolor de agonía por un gitano que había muerto unos años antes debido a la heroína. Conducía con una mano y con la otra se golpeaba en un muslo.

—Nunca he entendido por qué te golpeas cuando escuchas eso.

—Marco el compás.

—Tampoco entiendo el flamenco, ni que haya alguien a quien le pueda gustar.

—Es la esencia de España. El lugar al que has venido a ganarte una vida mejor.

Extrajo un nuevo cigarrillo de la cajetilla. La mirada del otro tenía algo de brutal y no le apetecía responder. Lo encendió y cerró los ojos. Quedaban sólo diez kilómetros para entregar la mercancía y el aire que entraba por la ventanilla era aún cálido.

La oscuridad de la carretera apenas quedaba rota por el ocasional enfrentamiento con las luces de algún camión y por las ventanas del

La muerte se lo ha llevado como quien saca a un inválido de una silla de ruedas.

bar hacia el que se dirigió el coche al salirse del camino. Al lado estaban construyendo una plataforma de cemento en la que se erigiría, probablemente, una gasolinera. Aflojaron la marcha y se detuvieron frente a un coche grande y blanco del que salió un muchacho de labios finos y mirada ausente cuya frente era atravesada en su mitad por dos líneas verticales y profundas. A pesar del aire caliente de la noche llevaba una chaqueta.

—¿Lo tenéis? —Fue lo único que dijo.

—En el maletero.

Se encaminó a la parte trasera del coche. Abrió y extrajo la caja. Tras comprobar su contenido, miró a los dos con un gesto de satisfacción que les hizo sentirse menos tensos.

El muchacho de ceño continuamente frunciendo extrajo con calma algo de su chaqueta. Una pistola con silenciador que le metió a cada uno una bala en la cabeza. El chico era un buen profesional, porque se acercó, cuidadoso, a darles el tiro de gracia.

—Heredia, lo siento por ti, pero ya ibas sabiendo demasiado. Sé que los de tu raza le echáis mucho folclore a lo de la muerte, pero no te preocupes, que tu adiós quedará a los ojos de tu clan como digno.

acarreó la caja hasta su coche y la dejó en el maletero, sin especiales precauciones. Extrajo una botella que contenía algún líquido y lo vertió sobre los dos cadáveres. Prendió con un mechero una hoja de un periódico y la dejó caer dentro, sobre los cuerpos empapados. Salió corriendo mientras una llamarada brotaba repentina. Aceleró y el coche de los dos cadáveres formó una bella tea de color rojo, naranja, azul. Cuando explotó, el discreto muchacho de la chaqueta estaba lo suficientemente lejos. Nadie de cuantos salieron a la puerta del bar a contemplar el espectáculo pudo verle. En todo



caso, tenían suficiente entretenimiento como para mirar hacia otro sitio que no fuera el coche incendiado. Quién les iba a decir, cuando estaban aquella mañana trabajando en el campo, o en la obra, que el día acabaría por tener algo que contar.

-¿Pero es que nadie va a llamar a la Guardia Civil? -dijo una mujer rechoncha mientras se secaba las manos en el delantal.

Ninguno de aquellos hombres pareció prestarle atención. Finalmente, uno de ellos, con pelo cano y gesto de resignación, se dirigió al interior del bar. Cogió el teléfono mientras se decía -A ver si al menos viene más gente por el morbo y hacemos más caja. -La persona que atendió su llamada no comentó nada; podría haberle informado que unos kilómetros más arriba había otro incendio, entre los matorrales cercanos a un puticlub de carretera, pero no estaba sentado junto a un teléfono como servicio de información, sino para recibir llamadas. En todo caso, hizo rápido su trabajo y enseguida salieron hacia el nuevo incendio un coche patrulla y los bomberos.

En dos pueblos, la gente sencilla tendría de qué hablar las semanas siguientes. Quizá toda la vida. No hay muchas distracciones; el carajillo de la mañana, el dominó del mediodía, las chicas del club, la misa y la televisión, con esas cosas que cuenta de la ciudad.

Las dos niñas, rubias, de piel blanca, limpias, vestidas casi como princesas antiguas, dieron palmas y emitieron grititos cuando el abuelo, de sienes blanquecinas, vestido con bata de seda y con olor a perfume inaccesible para la mayoría, hizo que la marioneta de la mano derecha, un cerdito, pegara con su bastón a la marioneta izquierda, un lobo.

-Por malo, ya no volverás a intentar comerme, lobo malvado y feo.

Las niñas reían y miraban con ojos desmesurados. Callaron, como las chicas buenas que eran, cuando entró el ayudante de su abuelo y le dijo que tenía una llamada urgente.

-Perdonadme, niñas, pero tengo que trabajar. Os doy un besito, os tapo y a dormir. Que es muy tarde. -Emitieron gemidos de queja. -No vale hacerme guerrilla psicológica. A las diez teniais que estar durmiendo.

Las besó. Apagó la luz y salió con gesto hosco. Alguien le dijo, desde algún sitio, que el nuevo había cumplido las órdenes a la perfección y que el material estaba ya en el lugar adecuado. Estaba todo y valdría en el mercado lo pactado.

-¿Y las mulas? -preguntó, ceñudo y tenso.

-No queda nada de ellas.

Sonrió complacido. Se acercó al ayudante, casi escondido en la penumbra de una esquina del gran salón.

-Llama a la galería de Leo Castelli. Dile que ya puedo pagarle los cuadros, que recibirá una transferencia mañana, pero que no me los envíe; los puede preparar para mandarlos directamente a Christies's. Habla con ellos mañana al mediodía y diles que los apunten en mi ficha y que salgan en subasta pronto, lo antes posible.

Se sentó en un moderno y confortable sillón -diseñado por un arquitecto tan conocido como controvertido- delante de un inmenso monitor de televisión, alto como una persona. Por detrás del electrodoméstico se podían ver pintadas dos cabezas rubias, dos cuellos que inducían a la glotonería y la carnalidad, hombros desnudos y apetecibles, en un cuadro que permanecía a medias castigado tras aquel armatoste.

-Dile a mi mujer que venga. Y que nos traigan dos cervezas belgas bien frías y algo para acompañar.

Apareció el logotipo de la CNN en una esquina de la pantalla. Un busto con forma aparentemente humana y capacidad de hablar desgranaba en un inglés masticado las noticias del día. Soldados norteamericanos paseaban entre el reguero de sangre que unos cuerpos habían dejado en un mercado de Irak; un

MARCELA BÖHM



No hay muchas distracciones; el carajillo de la mañana, el dominó del mediodía, las chicas del club, la misa y la televisión.

helicóptero de una cadena de televisión se había estrellado mientras grababa una persecución policial al coche de unos delincuentes; el tráfico había quedado cortado en aquella carretera de alguna gran ciudad norteamericana.

La esposa y la camarera llegaron prácticamente al mismo tiempo. Hacia una brisa suave en aquella urbanización de lujo en las afueras de Madrid. En verdad era un día grato.

-Mujer, en cuanto saque unos cuadros a subasta, podrás tener una cierta cantidad para donar a una de esas organizaciones en favor de las mujeres maltratadas, o de las madres solteras, lo que prefieras. El uno por ciento de los beneficios. Pero recuerda, que sean agradecidos y hagan un pequeño acto público, con fotografías, nota de prensa, en fin, lo habitual.

-Eres muy bueno. ¿Se han dormido bien las niñas?

-Sí. Nuestro hijo cree que somos sus niñeras. Cuando nosotros nos casamos no volvimos a salir en unos años, porque no dejábamos los niños a nuestros padres. Vive en el mejor de los mundos y no se da cuenta.

-Mañana tienes reunión con el Ministro. A las diez. Recuerda que has quedado para desayunar con él en el Palace.

-Siempre obligaciones. Y como siempre, quedará pedirme dinero para el Partido. Son unos malditos mendigos.

-Lovely, pero son muy serviciales, no le trates así. Ayer vi unos complementos muy monos en Paco Rabanne. ¿No te importa que los compre?

El gran hombre sonrió.

-Mujer, claro que no. Esas compras son siempre buenas inversiones.

Era un salón para perderse en él y disfrutar viendo la acumulación de pequeñas maravillas; la gran mesa y las sillas diseñadas especialmente para la familia, los jarrones, las estatuas de alabastro que presidían las entradas a las alas acristaladas de la gran casa, las telas, diseñadas exclusivamente por Gastón y Daniela, haciendo juego con el mobiliario. Desde cualquier ventanal podía verse el jardín cuidado y exuberante, que daba tanta paz interior, imitación de un bosque inglés. Era comprensible que aquella madura pareja se sintiera en el mejor de los mundos.

En los diarios, los dos incendios de la carretera que habían tenido lugar el día anterior apenas ocupaban un cuarto de página en la sección de sucesos. Pasó sin demasiado interés al horóscopo, que preveía buenas noticias provocadas por un desconocido, y de ahí a las cotizaciones de Bolsa. El maldito gobierno no parecía saber qué hacer.

-Crisis, crisis. Lo que sucede es que son unos incompetentes. Han bajado mis acciones en constructoras, en eléctricas, la seda. Cuando les cedimos el poder político a cambio de mantener nosotros el poder económico, nos equivocamos. Tendríamos que habernos figurado que tomarían decisiones equivocadas que afectarían a la economía. En fin, ya no tiene solución. Tendré que darle un aviso al Ministro, si se deja; el pobre es de los que creen que en realidad mandan en algo.



Al entrar su mujer en la habitación, luminosa con su elegante traje de mañana, con un suave olor a colonia fresca, el gran hombre se ofreció para llevarla a Madrid. Pero la respuesta le sorprendió.

-No, lovely. Ve tú, que tendrás muchas cosas en las que pensar. Ya cogeré el coche pequeño. Si te acompañó me pondrás la cabeza a explotar con tus negocios y tus cosas políticas.

Sonrió y la besó. Le resultaba agradable que ella no se entrometiera en sus negocios. Conjugaba la elegancia con un aristocrático desprecio por lo material. Y era comprensiva con sus costosas veleidades carnales. Toda una reina.

-Te quiero. Procuraré volver pronto esta tarde.

-Te voy a echar mucho de menos. -Dijo ella con un tono elegante

nunca había estado en una casa como aquella, con una gran mesa y sillas diseñadas especialmente para la familia, con valiosos jarrones, estatuas de alabastro que presidían las entradas a las alas acristaladas, con telas de Gastón y Daniela haciendo juego con el mobiliario, con cuadros de gran valor, quizá inmenso, pero que parecían ser normales a los ojos de los dueños, porque alguno de ellos se perdía detrás de un televisor grandioso. Mi empresa de comunicación siempre había tenido clientes modestos; pequeños empresarios, alguna asociación profesional, quién me hubiera dicho que mi primer gran cliente estaría muerto y que trabajaría para él contratando sus necrológicas y sus esquelas en los periódicos.

La señora de la casa, radiante incluso con aquel pañuelo negro al cuello que hacía la función de luto, me trató muy correctamente, a pesar de que supuse que estaba transida por el dolor. Me cedió un despacho, el número de cuenta de su banco, la clave de acceso para que hiciera las transferencias necesarias, y las órdenes para que apareciera su necrológica y la esquela en los más importantes diarios nacionales, y -algo que me llamó la atención- en los diarios de Nueva York, Washintong, París, Amsterdam y Roma. La cuantiosa paga que iba a recibir por un día de trabajo me hizo comprender que era mejor guardar silencio. ¿Qué más me daba dónde fuera conocido? Las esquelas debían tener al menos media página, mostrar claramente el dolor de la familia, exhibir el pesar a sus amigos repartidos por todo el mundo; las necrológicas debían destacar que había sido uno de los hombres que había hecho posible el cambio de Régimen y el paso a la nueva democracia, sus cargos de Director General de varias empresas del Estado, su filantropía y su condición de destacado coleccionista de arte que había acabado de redondear su fortuna gracias a sus inmensos conocimientos, comprando cuadros que se había revalorizado de un modo extraordinario.

El trabajo salió a plena satisfacción de la cliente. Apenas enterrado el cuerpo calcinado del marido en un extraño accidente de carretera cuando se dirigía a Madrid desde la lujosa urbanización, la prensa requerida había cumplido publicando necrológicas que hubieran logrado que el desconocedor tomara al muerto por un buen hombre, una lamentable pérdida. Las esquelas habían dejado claro en varios idiomas que aquel hombre había dejado de existir. Cientos de personas, muy formales, acompañaron el féretro en el entierro y contemplaron las decenas de coronas llegadas desde lugares insospechados.

No estuve en el funeral, por supuesto, pero resultó un auténtico espectáculo. Un cura de docta palabra, una coral, altas personalidades del Estado y miembros de algunas embajadas y de diversas sociedades filantrópicas, incluso las cadenas de televisión. Algunos reconocidos artistas hablaron del marido de mi cliente en todo halagador. Varios ministros lamentaron tan sensible pérdida.

Al día siguiente fui llamado a la casa, con el fin de pagar mis servicios. Fue la primera vez en

mi vida, todavía hoy es la única, en que me encontré con cuatro billetes de quinientos euros en las manos. No era en absoluto un mal pago por dos días de trabajo. La mujer tenía aspecto de ser fuerte; se mostraba íntegra a pesar del dolor.

Aunque iba abstraído, me llamó la atención un muchacho con barca, de labios finos y

Siempre había visto la realidad como un espectáculo, pero por una vez la había tocado.



<http://perso.wanadoo.es/miguelangelderus> • <http://miguelangelderus.blogspot.com>

mirada ausente cuya frente era atravesada en su mitad por dos líneas verticales y profundas, que tras salir yo de la finca se acercó a la puerta principal y llamó al portero automático. Me quedé unos instantes sentado en el coche, sin arrancar, hasta que entró. Tenía un aspecto siniestro; como si transmitiera frío a su alrededor. Pensé que era mejor no pensar en lo que no me importaba y salí de aquella calle de edificaciones lujosas rumbo a mi oficina, en un barrio pobre.

Volví a mi rutina; trabajos comunes, pagos escasos, aburrimiento, pero por alguna razón en ciertos momentos me volvía a la memoria la imagen de aquel muchacho extraño, desasosegante. Poco a poco desapareció, o al menos lo creí.

Seis meses pasan rápido, y llegó el mes de abril; ya habían pasado, un año más, los brotes de los almendros, de los cerezos, de los castaños, las hojas de los árboles eran aún de color verde claro y sólo una suave brisa mitigaba el calor de aquella tarde en que un cliente quiso invitarme a tomar una cerveza en la terraza del hotel Ritz para hablar de un trabajo que quería encomendarme y que, afirmaba, debía ser tratado con una cierta confidencialidad.

-Si le soy sincero, no me fío ni de mi secretaria.

-La confidencialidad está asegurada. -Le respondí y en aquel momento, cuando mi cliente comenzaba a hablar, me sorprendió una extraña pareja en una mesa retirada; él, muy joven, con barba, tenía labios finos y mirada ausente, y su frente era atravesada en su mitad por dos líneas verticales y profundas. Había puesto su mano derecha sobre la mano izquierda de la mujer, muy elegante, pero claramente mayor que él, unos treinta años. Parecían una de esas raras parejas que últimamente se han puesto de moda, de mujer rica con joven cubano fornido, pero ella no era una de esas hembras aloca-

das, era la mujer que me había contratado por la muerte de su esposo y él, él era el joven de aspecto gélido que entraba en la finca.

Volví rápidamente la mirada hacia mi nuevo cliente.

-¿Se siente mal? De repente está lívido y ha comenzado a sudar. ¿Puedo ayudarle en algo?

era un hombre correcto, sin duda. Entre balbuceos dije algunas palabras que pretendían ser tranquilizantes y le pedí que continuaría. Tomé notas, con el gesto más serio que pude componer y al despedirnos me mostré todo lo cordial que pude.

Y anduve despacio por el Paseo del Prado, hacia Atocha, intentando relajarme, a un lado el Jardín Botánico, al otro lado la locura de los coches, de los grupos de extranjeros que miraban todo con gesto de sorpresa y grititos de ilusión. La señora y el muchacho, la señora y el muchacho, me decía y me quedé parado, junto a la gente que esperaba que el semáforo se pusiera en rojo, dando vueltas a los dos nombres. Todos echaron a andar, pero yo me quedé parado. Había recordado unas palabras que me había dicho mi padre hacía más de treinta años; "detrás de toda fortuna hay un delincuente o un asesino; puede ser un delincuente cercano o varias generaciones atrás, pero lo hay. No admires nunca a nadie por sus riquezas, porque tiene al menos un cadáver

escondido". Entendí de forma súbita la profundidad de aquellas palabras. Siempre había visto la realidad como un espectáculo, pero por una vez la había tocado. La señora y el muchacho, volví a decirme y repentinamente me pregunté si además de aquella muerte tan aireada en la prensa nacional e internacional, habría otras muchas muertes más, de cuántos cadáveres constaría aquella riqueza.

Desde aquel momento, miro siempre a ambos lados al cruzar la calle, vuelvo la cabeza al andar al escuchar el más mínimo sonido de pisadas, mi mujer y mi socio se quejan porque, dicen, me he vuelto un paranoico de la seguridad. Pienso seriamente en retirarme de este mundo lleno de honrados asesinos, de delincuentes con secretaria o amiguito. No quiero ser el próximo en caer para que la cuenta de alguien se llene aún más. Mi esposa dice que debo ir a un psicólogo, pero ni un profesional podría quitarme de la cabeza que tras cada hombre decente está escondido un depredador mucho peor que cualquier fiera, superior a la mantis religiosa, dispuesto a matarnos o dejarnos morir, porque quiere más, un poco más, siempre un poco más.

ayer me llamó la señora; se han sustituido dos cuadros de la colección de su marido y, como siempre, va a donar el uno por ciento de los beneficios a una entidad benéfica. Quería que me encargara de que la noticia saliera en medios de comunicación. He sentido calor y sudor frío, he pretextado una enfermedad y he renunciado a ganarme cuatro billetes grandes y en negro. He venido a casa y he preparado rápidamente la maleta. Dejaré una nota a mi mujer y me iré. Una temporada. Sí, sólo una temporada, hasta que se olvide de mí. Nunca más volveré a relacionarme con gente importante.



Dedicatoria automática

El pasado 10 de mayo estuve firmando ejemplares en la Feria del Libro de Sevilla, en concreto, en la caseta de la librería Anabel. Al cierre la jornada, con la muñeca derecha a punto de la dislocación y el segundo bolígrafo casi sin tinta, propuse a Manolo, el librero, irnos a tomar unas cervezas. Tras un esfuerzo continuado de más de tres horas, en las que no paré un instante, queridos seguidores de mi escritura, en atenderos como merecéis y él no dio abasto en venderos volúmenes y en reponer un mostrador que se vaciaba a cada instante, merecíamos ambos un rato de respiro y de relajación. Con las primeras cañas comentamos las peripecias que suelen acontecer en este tipo de actos. Y en este intercambio de anécdotas, Manolo me contó algo que me causó, primero, hilaridad, y luego, inspiración.

Y es que días atrás, estos mismos delegados del grupo editorial a quienes antes me referí quisieron gastar una de las bromas por las que en Sevilla se han ganado fama de cachondos. Con el encargo de que la leyese por megafonía cada diez minutos, le pasaron la siguiente nota a la azafata del stand de información de la Feria: Atención, atención. Se comunica a nuestros visitantes que, desde estos momentos y hasta las nueve de la noche, el escritor D. Antonio Machado firmará ejemplares de su libro *Campes de Castilla* en la caseta número 27. Y, en efecto, anuncio tan insólito se escuchó de diez en diez minutos por los altavoces del recinto hasta las nueve en punto, hora a la que el espectro del poeta debería regresar al universo de los muertos. Manolo y yo reímos hasta las lágrimas y los retortijones de diafragma. Sobre todo sabiendo que hubo quien se molestó por esa chanza inocente y hasta amenazó con retirarse de sucesivas ediciones de la Feria si se permitían tamaños ataques a la rectitud.

pero aquello activó un mecanismo inconsciente en mi red de neuronas. Regresaba a Málaga en el AVE, sonriendo para mis adentros con la evocación del episodio, cuando comenzó a fraguarse en mi cerebro una idea más que brillante. Para acabar de explicároslo, amados tontines, he de retroceder a la mocedad de mis dieciocho añitos. Por entonces me dio por estudiarme casi todos los títulos de la colección *Otros mundos* que editaba Plaza & Janés: *Nostadamus descifrado*, *Platillos volantes aquí y ahora*, *La rebelión de los brujos*, *Quirología*, *El tarot...* No creáis, por los clavos de Cristo, que yo profeso la menor fe en la parapsicología. Mi condición de matemático no me lo permite pues la matemática es la ciencia de la verdad. Pero también me dedico a la literatura, que se define como el arte de la mentira. Con ese ánimo, el del arte de la mentira, me enfrentaba a aquellos textos encuadrados en un género, para mí, fascinante, al caer a mitad de camino entre la ficción y el ensayo. A raíz de esos atracciones de espiritistas, fenómenos paranormales y disciplinas adivinatorias, me convertí en un experto. En mi círculo de parientes y amigos creció mi fama de pitoniso polifacético. Dejaba a todo el mundo boquiabierto con mi supuesta facultad para predecir el futuro. Igual de eficaz me mostraba leyendo la palma de la mano que echando las cartas. Calculaba designios astrales según cualquiera de los horóscopos. E incluso leía los posos de las tazas de té o de café con tanta facilidad como si se tratase de titulares del periódico. Y aunque yo mismo les advertía de que no había en ello nada de extraordinario, solo un poco de verborrea técnica, sicología, intuición y pericia para sonsacar datos de los



Alberto Castellón

propios examinados sin que ellos se percataran, los muy ilusos preferían desechar estos razonables argumentos y quedarse con la más atractiva explicación esotérica, la que me adjudicaba poderes sobrenaturales y el don de vaticinar su destino. Recordando en el AVE esta faceta crédula de los mortales, hilvané un interesante proyecto. Me haría pasar por un médium con los suficientes enchufes en el más allá como para dedicar, a través de la escritura automática, las obras maestras de cualquier autor clásico ya fallecido. Eso sí, habría de cobrar por ello. La gratuidad no contribuye precisamente a la verosimilitud. Esto me obligaba a solicitar en Hacienda un alta de licencia fiscal. Un dato para los curiosos: esta caterva de embaucadores se recogen en el epígrafe 881, Astrólogos y similares. Que no se diga: todo por lo legal. Por otra parte, se da la afortunada circunstancia de que la Feria del Libro de Málaga comienza un mes más tarde que la de Sevilla. Quizás estaba

será un bombazo: pero necesito saber si queda alguna libre. Pues sí, puede que sí: a última hora ha renunciado a participar la librería Luces. Magnífico, Fali: resérvame su stand entonces.

Solucionado el asunto, otro cabo sin atar se refería a mi aspecto. No habría más remedio que ocultar mi identidad bajo el disfraz de un augur profesional. Mi fama mundial de autor de primera fila podría llevar el experimento al fracaso si era reconocido por algunos de vosotros, adorados fieles de mi teclear. Dudaba entre adoptar el look de un arúspice romano o el de una espiritista de la Inglaterra victoriana. Al final me decidí por el faquir de turbante, torso desnudo y mirada láser. El mes de junio depara en Málaga un clima lo suficientemente benigno como para afrontarlo medio en pelotas, ataviado solo

por un taparrabos. Cada una de las mañanas en que se ha celebrado la Feria del Libro he acudido a que me atendiese la maquilladora de El Corte Inglés. Ha hecho un trabajo excelente. Mi enhorabuena para Paquita. Qué tono aceitinado tan verídico el que Paquita consiguió para mi piel. Qué arrugas más bien plegadas, indistinguibles de las naturales. Cómo logró que mi nariz recortase un perfecto perfil hindú. Barba postiza de pordiosero. Y sobre mis párpados superiores y la zona inferior de mis cejas dibujaba sendos pares de globos oculares, algo sanguinolentos, sin iris ni pupilas y rodeados de pestañas erizadas. De esa forma, cada vez que cerraba los ojos daba por completo la impresión de que los dejaba en blanco.

decoré mi caseta con parquedad. Un rótulo en el dintel: DEDICATORIAS AUTOMÁTICAS A CARGO DEL GURÚ ALBERHA'B KASTÚ. Un escueto cartel con las tarifas: Autores del siglo XX, 15 euros. Autores de los siglos I y XIX, 20 euros. Autores fallecidos antes de Cristo, 30 euros. Y en el mostrador, varitas de sándalo en combustión situadas entre

las hileras de folletos que edité ex profeso para el evento. En estos dípticos, aparte de mi falso currículum de espiritista, explicaba de qué iba eso de la escritura automática, ilustrando el fenómeno paranormal con algunos casos históricos. Por ejemplo, el de la vidente Pearl Curran, amanuense desde 1913 hasta 1938 del espectro de una tal Patience Worth, quien dictó a su secretaria viva, desde la otra dimensión, la novela *Hope Trueblood*. ¿Y qué me decís, zoquetes de mi alma, del clérigo William Stainton Moses, quien autografió una página nada menos que de Mendelssohn? Tales apelaciones a la historia resultaban la mar de convincentes.

La primera jornada, temeroso de que nadie osara acercarse a mi exótico tenderete, animé a unas cuantas amistades a que ejercieran de gancho. Pero no hizo falta el menor incentivo. A media mañana ya había algunas decenas de personas haciendo cola. Con cada libro que me encomendaban para firmar: ¿qué nombre pongo, caballero? Arturo, Arturo Menéndez, por favor: me entregaba al paripé del trance psíquico. Comenzaba despojándome de unos quevedos ahumados, modelo ciego del lazarillo de Tormes, para fijar la mirada en el infinito. Con las palmas de mis manos



Mi fama mundial de autor de primera fila podría llevar el experimento al fracaso si era reconocido por algunos de vosotros, adorados fieles de mi teclear.

todavía a tiempo de contratar un quiosco en el que instalar mi negocio. No había llegado el tren a Córdoba cuando llamé por el móvil a Rafael Martínez Madrid, uno de los miembros del Comité Organizador.

¿Y para qué demonios quieres tú una caseta, Alberto?, ¿acaso te vas a dedicar a vender tus propios libros? No, Fali, qué va, se trata de otra cosa, ya te lo explicaré con más calma:



Últimos libros del autor:

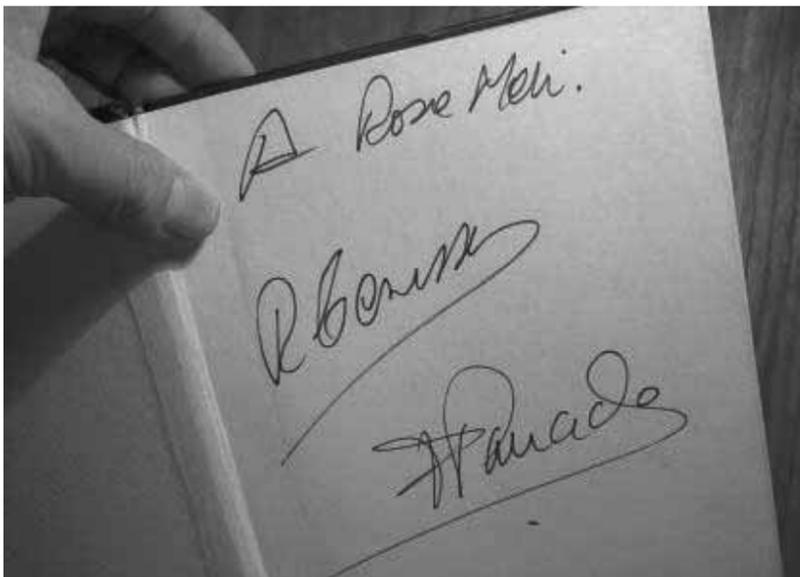
- Regina Angelorum
- Victoria y el fumador
- Tarta noruega

<http://albertocastellon.blogspot.com>

hacia adelante y los pulgares apoyados en los lóbulos de mis orejas, sacudía los restantes ocho dedos a modo de antenas, como queriendo sintonizar la frecuencia adecuada con la ultratumba. Oohhhmm, oohmm..., mascullaba a boca cerrada. Y de repente, sacudido por establecer la conexión, entornaba los párpados para mostrar mis córneas de pega en pleno éxtasis, así el bolígrafo con pulso párkinson, y garabateaba el texto afectado por estertores en todo mi cuerpo: Para Arturo Menéndez, simpático tocayo de mi personaje preferido, Gordon Pym, con amistad y afecto de E. Allan Poe. Aplausos. Vitores. Hurras. Exclamaciones de asombro. Y un cliente satisfechísimo que me abona los 20 eures y que se aleja emocionado sin perder de vista la grafía auténtica del escritor de su devoción.

Y la fila aumentaba por instantes. El boca a boca funcionaba paliando así el que no se mencionase mi iniciativa en la rueda de prensa de la víspera. Porque Fali se negó en rotundo a propagar ante los medios lo que él consideraba una superchería. A eso de las doce y media lo vi aparecer con la comitiva inaugural. La encabezaban el Alcalde y el Delegado de Cultura. Tras ellos caminaban sus respectivos séquitos. La policía municipal, a fin de facilitar el tránsito a las autoridades, procedió a despejar el gentío que se hacinaba ante mi stand. Hubo quejas, claro. Y más gritos de protesta se escucharon: eh, que se cuelan: cuando un concejal me puso sobre la mesa un ejemplar de *Viaje a la Alcarria*: qué cara tan dura, por qué no esperan como todos nosotros. Quedando el gerifalte muy complacido con mi dedicatoria por delegación astral, prosiguió su parsimoniosa singladura parque abajo. Fali se rezagó del cortejo para hablar conmigo.

Pero qué haces, Alberto, tomándole el pelo a estos capitostes, ¿tú estás loco, joder? No pasa nada, Fali, tranquilo, y habla más bajo, coño, que me espanta a la parroquia. Además, si todo esto es legal... ¿Legal? No me vengas con cuentos: el gurú Alberha'b Kastú: vaya un chapuz..., si lo llego a saber, pronto te iba yo a ceder esta caseta. Oye, Fali, que no me la has regalado, ¿eh?, y no es nada barata, que conste. Pero..., Alberto, ¿y si te denuncian por



<http://albertocastellon.blogspot.com>

estafa? Qué estafa ni estafa, Fali, ¿caso meten en la cárcel a los videntes de esas televisiones de chichinabo? Pero es que lo tuyo, Alberto, es claramente un engaño, empezando por el nombrecito que te has puesto y terminando por el dinero que te llevas. Te equivocas en todo, Fali: Alberha'b Kastú es mi apodo artístico, o es que Rappel, por ejemplo, se llama de verdad Rappel, ¿eh?, y tampoco me voy a lucrar con esto, que lo sepas: descontados los gastos, pienso donar todos los beneficios al GOCE, el Grupo Organizado Contra la Estupidez. Y otra cosa, Fali, hazme un favor, consígueme un dispensador de números, un rollo de esos con su soporte y un display electrónico para ir llamando por turnos. Anda, acércate por uno. Toma dinero. No, no me des nada, Alberto: hay que joderse: después me lo pagas. Querrás factura, ¿no? Por supuesto, Fali, tengo que hacer la liquidación del IVA.

aquello del dispensador de números fue mano de santo. Además, Fali, aun refunfuñando de mi insólita actividad, se portó. En la segunda jornada instaló unos bancos desde los que aguardaban la vez mis clientes. Un éxito. Qué queréis que os diga. Un éxito indiscutible. Cuando mi asesor fiscal cerró las cuentas al término de la feria, quedaron unos 85.000 euros con destino a las arcas del GOCE.

Si que quiero relataros, queridísimos míos, la batalla que tuve que librar con una escéptica empeñada en desmascaramme. Se trataba de una jovencuela que se acercó con regularidad por mi caseta. No hizo más que ponerme trampas. La primera consistió en entregarme para su rúbrica un librito muy viejo al que le faltaban la portada y las primeras páginas. En seguida me percaté de su treta. Intentaba ocultarme el título y el autor para probar el alcance de mis facultades. Mas reconocí de inmediato que se trataba de *La hoja roja*. Tras el ritual de marras, me puse de nuevo los quevedos y me disculpé: lo siento, señorita, pero este escritor, un tal Delibes según me han informado las almas de sus parientes fallecidos, todavía está vivo: no puedo firmar por él. Días más tarde, la muchacha se presentó con una Biblia. Aquello fue sencillo. La despaché con una frase insinuante: Para mi querida hija Carmen, por quien siento todas mis complacencias, y deseándole que profese una fe inquebrantable hacia mí y hacia todo lo sobrenatural, con el amor de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. La mozueta insistió el último domingo.

Por favor, ¿me dedica esta edición en ruso de *Los hermanos Karamazov*?, pero quiero que me escriba la dedicatoria en el mismo idioma, si es tan amable.

Horror. Confieso que no entiendo ni papa de ruso ni me desenvuelvo con el alfabeto cirílico. Aquí dupliqué el tiempo del trance. Me mantuve un buen rato entre enérgicos estertores mientras maquinaba una escapatoria:

-Has de perdonarme, Carmen, pero ahora mismo el espectro de Dostoyevski está ocupado firmando en otra feria del libro.

Por último, estimados acólitos, si alguno de vosotros se cuenta entre los que transitaron estos días ante mi stand, os presento mis más humildes disculpas por la suplantación. Eso sí, os queda el honor de haber contribuido, no solo a la lucha contra la estupidez, sino a la consecución conmigo de este interesante experimento. Hasta la próxima, amados incondicionales de esta página.

Victoria y el fumador y Regina Angelorum, de Alberto Castellón



Muy bien trabajada y estructurada para mantener el suspense, invita a continuar leyéndola. **Lucía Etxebarria (Escritora)**

Obra ambiciosa, novela de autor al margen de modas comerciales y con vocación absolutamente literaria, que mantiene la tensión en el relato durante toda la trama. Novela para escritores y críticos. Un acierto literario. Una agradable rareza. **McKenna (Crítico literario)**

Castellón, con una libertad para narrar al margen de la moda, consigue una escritora poderosa y sorprendente. **Hipólito G Navarro (Escritor)**

No son frecuentes los relatos en que los personajes centrales presenten tal capacidad para obtener satisfacción provocando el sufrimiento de los otros. Esta novela atrapa en la lectura. **Heraclia Castelló (Crítico literario)**



Con una prosa salpicada de humor, un lenguaje luminoso, una eficaz técnica narrativa, y con la intriga necesaria para interesar al lector, Castellón ha escrito en estas páginas tres cosas a la vez: una buena narración, un brillante texto de literatura erótica y un poema. **Pedro Aparicio (Periodista y escritor)**

El lector, una vez que está atrapado en un relato que le divierte y que cree que serpeará por la frontera entre el humor y el erotismo, se encontrará al cerrar el libro con que ha asistido a una reflexión profunda sobre la naturaleza humana. **José Manuel García Marín (Escritor)**

Una de las mejores novelas de contenido erótico publicadas en los últimos tiempos. **Miguel Ángel de Rus (Escritor y editor)**



El abogado (La idea, 3)

-No lo sé, ya se lo he dicho, no lo sé –reiteró él, pero al policía no le apetecía escuchar esa cantinela, se notaba. –No me jodas, –murmuró en voz baja, casi para sí.

Yo me había dirigido a la comisaría esperando encontrarme con el típico cliente, uno de esos desgraciados que me tocan siempre que estoy de guardia. Había dado por descontado que me asignaban un caso normal y me caía un caso insólito, y no sabía yo hasta qué punto. Por supuesto, antes del interrogatorio me habían puesto sobre aviso, pero creí, como la policía, que el detenido era espabilado y nos tomaba por ceorros.

-Y, ¿por qué has regresado?

-Tampoco lo sé.

-O sea, que no quepa duda a quien escuche la grabación –aunque no había grabadora alguna-, el acusado no sabe por qué desapareció ni por qué regresó.

el detenido hizo un gesto de desesperación, me clavó los ojos con una mirada que no dejaba lugar a dudas: Y me tenía que tocar un imbécil como tú. El policía, claro, no se sintió ofendido y continuó impertérrito:

-¿Acaso sabe el acusado donde ha pasado los últimos dos años? –usó el tono que os podéis imaginar.

Curiosamente, el cinismo prepotente del policía me sacó de mi letargo:

-Solicito entrevistarme a solas con mi cliente antes que prosiga el interrogatorio –más que como un mediocre abogado de oficio, me sentí como un gran defensor de causas justas, uno de esos de Hollywood empeñados en resguardar las libertades civiles.

El policía también reaccionó igual que en una producción americana, le acababan de propinar una coza en los testículos y juraba venganza con los ojos. Y yo no me apeé de Hollywood ni cuando finalmente me quedé solo con el polizón.

recordaba haber leído algún artículo en la prensa acerca del incendio. Hacía casi dos años que, a causa de una explosión de gas, se había derruido por completo el edificio del gabinete de abogados Lasierra e Hijos en el que Miguel Lasierra, a la sazón presidente de la entidad, había muerto calcinado. Y ahora me correspondía defender a un polizón procedente de las Américas que se identificaba como Miguel Lasierra de Lasierra e Hijos.

encontré sorprendente la declaración del apresado; y, por supuesto, no le di crédito alguno. De entrada, el detenido tenía pinta de polizón, no de abogado de altos vuelos. Lo más probable es que, de puro aburrimiento, el tipo hubiera leído algún viejo periódico perdido en las bodegas del barco y ahora utilizaba la información porque nada tenía que perder. Ni tan solo me hizo dudar que recitase una lista de nombres y de calles donde teóricamente vivían los diversos miembros de los Lasierra, los periódicos a menudo proporcionan datos irrelevantes; además, inventar es gratis. Incluso me recitó un número de carnet de identidad.

El tipo pretendía nada menos que pertenecer al clan Lasierra y, encima, haber resucitado. Nada encajaba: Uno esperaría otro comportamiento del que había sido el presidente del más



Carmen Matutes



Cualquier abogado de oficio hubiese dado el asunto por zanjado, más aún un quince de Agosto con un sol que achicharraba. Eso hice yo

prestigioso despacho de abogados de la ciudad –y, todo sea dicho, cuestionaría su habilidad para regresar del más allá-. Personalmente, jamás lo conocí, soy abogado de oficio, pero resultaba imposible concebir a Miguel Lasierra como un histérico, completamente fuera de sí, recitando nombres que a mí me sonaban exactamente igual que una canción pop. No, uno esperaría que demostrase con hechos de quién se trataba, cuanto menos que evidenciara poseer una sólida formación como abogado. En cambio, se comportaba como un charlatán enfermo, y bajo los efectos de alguna droga, una de esas que promueve la agresividad.

Cuando salí le dije al policía que mi cliente se mantenía en sus trece. Vuelva esta tarde y acabamos, ordenó, ya es casi medio día.

ni tan sólo puedo explicar por qué desde la comisaría me dirigí a la Avenida de la Reina Isabel, al número 32, lugar de residencia del delincuente, según él mismo había asegurado, en el momento de su muerte. Encontré bastante curioso que algunos detalles de la descripción que había dado fuesen tan acertados, la arcada de la terraza, el gran sauce de la parte frontal... No obstante, el polizón tenía un acento local, se habría paseado por allí con anterioridad, quizá habría entrado a robar. En cualquier caso, decidí llamar a la puerta.

Me abrió una doncella vestida de doncella. Se le notaba que era novata, o tendría ganas de conversar. A los efectos de esta historia, sólo

interesa que la señora de la casa no era viuda; la empleada ignoraba cuánto tiempo llevaban habitando la vivienda los señores González, pero me informó que ahí estaban ya instalados seis meses atrás, cuando ella entró a su servicio; no sabía tampoco si otra familia había ocupado antes la mansión; y los señores estaban de vacaciones, probablemente no regresarían antes de principios de Septiembre.

Cualquier abogado de oficio hubiese dado el asunto por zanjado, más aún un quince de agosto con un sol que achicharraba. Eso hice yo, y habría actuado del mismo modo aun bajo una lluvia refrescante. Me fui a casa, cociné el último paquete de espaguetis que quedaba y le eché por encima el último tarro de salsa de tomate. Después de comer me tumbé sobre el sofá, procurando olvidar que, en un momento u otro, habría de salir y toparme otra vez con un Lorenzo justiciero.

Yel polizón me amargó la siesta. ¿Y si la viuda se había mudado y el tipo efectivamente era quien decía ser?

El caso me podría hacer famoso... La fama potencial, sin embargo, quedaba en entredicho a causa de la evidencia: excepto los arcos de la terraza y el viejo sauce, poco encajaba. Hombre, me dije, después de un tiempo en la bodega de un mercante, incluso Miguel Lasierra tendría mal aspecto. Y, ¿cómo estaría yo de nervios intentando convencer a un policía de que soy yo, Héctor Cedilla Casas, DNI 44.437.408 Z, abogado de oficio, calle Padilla 40, Ciudad del Mar, y no un polizón cualquiera?

pero, ¿por qué se habría largado el tipo de su casa? Anda tú a saber... No sería el primero en esfumarse aunque en apariencia soplase el viento de popa, crisis de media edad..., esas cosas. Así con todo, este desaparecido había reaparecido de forma un tanto peculiar... Pero quizá tampoco en esto fuese el último. Tal vez añoraba a su esposa, o a sus hijos..., aunque alguien como Miguel Lasierra hubiera debido anticiparlo, o ¿no?

O no, pensé, y cogí mis bártulos antes de partir de nuevo camino de la comisaría.

Cuando me entrevisté con mi cliente por segunda vez, procuró contenerse y trató de convencerme a fuerza de detalles. O el tipo era un loco rematado o tenía mucha inventiva. Incluso me contó que antes de desaparecer había terminado el café que Esther, su esposa, había guardado en el congelador de la casa de campo. La mujer no lo habría olvidado porque hasta entonces tiraba los restos antes de marcharse; la última vez que estuvieron juntos en el chalé, Esther comentó que lo congelaría para que no perdiese el aroma. También me dijo que unos pocos meses atrás, durante la semana santa, Esther había llevado a los niños a esquiar al Tirolo con su hermana Eloísa, él los había espiado, entonces aún era rico. Y me dio muchos más pormenores que más tarde confirmé. Se extendió también sobre asuntos de dinero, cómo lo había gastado y cómo lo había perdido. En cambio, se mostró más bien esquivo cuando quise indagar por qué había desaparecido primero y reaparecido casi dos años después:

-Me fui porque la vida me brindó la posibilidad de ausentarme sin hacer ruido. Y volví porque ruido hay en todas partes, y tan molesto como aquí.

<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- Círculos Concéntricos
- De Cháchara
- Andrea(s)

Adiós a Juan Manuel González

ha muerto el amigo, escritor y periodista Juan Manuel González. En la actualidad era miembro de la Fundación del Español Urgente y profesor de Literatura en la Universidad de Valladolid, en el campus de Segovia. Poeta, novelista y crítico literario, contaba con numerosos galardones, como el Jaime Gil de Biedma que ganó en 2007 por su poemario *Tras la luz de poniente* (Visor), el Rafael Alberti, y el Premio Angel Riesco de León por *Madrigal de ausencia* de 1997. Con *La llama del brezno*, Premio Ateneo de Sevilla en 2002, completó el segundo ciclo de su labor poética, dedicado al amor y la muerte e integrado por los volúmenes *En el filo de la sangre* y *Luces inciertas*, por el que fue galardonado en 1999 con el Rafael Alberti. Su poesía reunida apareció en 2004 en una edición crítica e íntegra con el título de *Hacia el alba de nieve*. Contaba también, entre otras distinciones, con el premio de crítica Atlántida de Cataluña y el Internacional de Ensayo SIAL.

Este mismo año, en febrero, había sido reconocido con el VI premio de la crítica Castilla y León por su novela *El séptimo velo* y fue ganador del Premio Ojo Crítico de Narrativa en 1993 por *Cuaderno de combate azul*.

Juan Manuel González ha colaborado con sus relatos en el periódico Irreverentes y ha aparecido en la *Antología del relato español*, reconociendo su valor como uno de los más grandes escritores españoles de la actualidad. Nos ha dejado con 53 años

Así lo ha definido Antón Castro: "Juan Manuel González, con su pipa al viento, era un animal literario. Obsesivo y perfeccionista, tamizado con un barniz de desengaño y escepticismo. Buscaba como lo hacemos todos un golpe de éxito. Soñaba con él. Cuidaba sus textos, trabajaba su poesía de raíz simbolista y neorromántica con lentitud y paciencia, incorporaba un paisaje onírico, le interesaba la magia, el esoterismo, la filosofía, el pensamiento, acaso una cierta oscuridad. Decir ahora que no era feliz, es muy fácil. No diría yo que era infeliz sino que no estaba contento con su suerte literaria. Era un apasionado de la literatura de los otros, había entrevistado y reseñado a todo el mundo, era un clásico de las letras, había estado varias veces en casa de Günter Grass y publicó en un sinfín de editoriales. Por lo que respecta a los géneros, fue un escritor fronterizo: poeta, narrador, ensayista, articulista literario. Y por

PACO MANZANO



cierto, hace muy poco contó cómo intuyó que le iban a dar el Nobel a Camilo José Cela, se fue a su casa y fue él quien recibió la llamada de la Academia Sueca. Le llevó la suerte. (...) Me he

mudado hasta ocho veces de casa, pero en los cajones y en varios archivos tengo poemas y cartas tuyas. Borradores. La amiga que me llamó, que había sido una gran amiga también de Juanma, me dijo

que Juan Manuel González quiso morir por un invencible desamor y algunas de sus raíces: la soledad, el arrebato, la depresión..."

En *Literaturas* escribieron tras su muerte, "Juan Manuel era un tipo amable, callado y

**Hemos
tenido suerte
de compartir
café y
conversación
con un
clásico en
vida**

taciturno. Nunca hizo alarde de su poesía, buena persona y emotivo en sus afirmaciones. Una mala racha sentimental le había convertido en un hombre huidizo, externo al mundo literario de fastos, volcado en su docencia. La pérdida de Juan Manuel deja un hueco profundo en nuestros corazones. Se despidió el domingo 15 de junio en el cementerio de Carabanchel de todos sus amigos, el mismo día que terminaba la Feria del Libro de Madrid. Entra en el parnaso de los poetas suicidas. Descansa en paz poeta."

Hemos tenido la suerte de compartir café y conversación con un clásico en vida.

El bosque de las palabras

el novelista Francisco Legaz, reciente finalista del Premio Irreverentes de Novela, con su obra *Trazo blanco sobre lienzo blanco*, está envuelto en una vorágine literaria que le ha convertido en director y presentador del programa radiofónico *El bosque de las palabras*, en el que ha entrevistado a autores como José Luis Alonso de Santos, Raúl Hernández Garrido, Miguel Arnas, Juan Fernando Puebla Tejerina, Antonio López del Moral, Juan Patricio Lombera o Isabel Abellán; han hablado los espíritus de Neruda o Umbral, y cuenta con la participación de corresponsales volantes. Un lujo en negro sobre blanco.



¿Quién mató a mi madre?

el escritor venezolano Edgar Borges, al presentar *¿Quién mató a mi madre?* denuncia que la literatura en España se ha convertido en un simple producto de evasión. "España está viviendo un momento en el que nada más interesa la novela de diversión, la novela sin compromiso, en el que sólo puede triunfar la lectura fácil, la novela histórica, la novela de entretenimiento; una obra como *¿Quién mató a mi madre?* que desde postulados formales de literatura negra pretende hacer literatura dentro de la literatura tiene una salida difícil, porque es para lectores que buscan una obra consistente. Por ello, ser finalista del III Premio Ciudad Ducal de Loeches ha sido para mí muy importante, porque un jurado ha valorado mi novela sin basarse en criterios comerciales, sino de calidad", afirmó el escritor venezolano Edgar Borges al presentar en Madrid ante medios de comunicación su novela *¿Quién mató a mi madre?*

"La literatura en España se ha convertido en un simple producto de evasión, y los autores que venimos de Hispanoamérica sabemos que la novela debe ser un arma combativa, algo que te salga de dentro y cambie el mundo", finalizó Borges.



manos de visión, de Sasi Alami, se presentó en el Foro de la FNAC en Marbella, ante un nutrido grupo de seguidores de la narradora, poetisa y periodista. Sasi Alami, muy conocida en toda Andalucía por sus continuos recitales poéticos y por su prestigioso taller literario, ha logrado con *Manos de visión* un libro de poesía en el que muestra que a pesar de su juventud ha llegado a la madurez de su estilo. Se nutre del amor, del amor no sólo sexual, de todas las formas de amor, pero también del drama, del caos, de la tristeza.



El jardín de fuego

Era difícil acceder a aquel jardín, en la ciudad amurallada apenas nadie lo conocía, como si se tratase de un lugar para iniciados, personas introducidas en una peculiar filosofía sensitiva de la vida. Allí olía a humo y su alegría no tenía límites, como si fuera el perfume de una flor extraña, nueva en el jardín, obtenida con infinita paciencia.

El jardinero de aquel lugar descubrió durante el incendio de un bosque cercano que las raíces seguían ardiendo bajo tierra cuando se supone que el fuego ha sido apagado. Se propuso entonces sembrar un jardín de raíces inflamables y controlar con canales de humedad en la tierra los cauces subterráneos del fuego. De tal manera que como un ramillete de flores de fuego, las llamas brotaran a la superficie quemando los matorrales o los árboles que él designara.

Le gusta caminar por el jardín de incendios subterráneos, percibiendo con su piel el calor que fluía lentamente bajo el suelo.

Planea rutas, las controla. Riega aquí y allá los contornos de sus canales. Y cuando la flor de flamas finalmente se abre donde él lo desea, reconoce en la planta que se quema el dolor de la flor fugaz de su capricho ardiente.

La red de raíces que él no controlaba añadía una dosis grande de fuegos imprevistos a su cosecha. El calor corría por cauces insospechados y lo sorprendía al brotar donde él menos se lo esperaba. Entonces la belleza de sus flores se volvía convulsiva, brutal. Una súbita embriaguez se apoderaba del jardinero y el reflejo de las llamas se multiplicaba por el incendio de su mente.

Un día el jardinero se encontró por la calle con una mujer desconocida y se miraron con ojos de deseo. Hubo una chispa simultánea en sus pupilas y por la intensidad que tuvo esa chispa, comprendió el símil que se establecía entre su jardín y aquella pasión con la que se encontraba.

Pensaba en ese jardín cuando sentía en la piel el calor veloz de sus venas, cuando se acercaban lentamente los pocos centímetros que los separaban, pero ella lo hacía como si viniera de muy lejos y decidida, con todo su cuerpo conduciendo al calor más profundo que tenía y que, poco a poco, le devoraba entre las grandes flamas que eran sus piernas, que como en un incendio incontrolable, ayudadas por el viento, lo apresaban y le ataban a ella.

Pero aquello sólo ocurría cuando su jardín era el escenario de su amor, el lugar en el que sus cuerpos se encontraban. Necesitaban huir de los refugios entre techos y paredes, para ver aquella mágica realización fabricada por el contacto de sus pieles bañándose sobre el verde follaje y las plantas.

El jardinero tuvo una felicidad especial cuando una y otra vez encendía en sus ojos la alegría de poseerse, cuando de sus bocas salía un crepitar, cuando sus cuerpos desnudos fluían entre confieras de las que brotaban chispas. Y junto al tejo, en el culmen del placer, brotaba una llamarada que brillaba en la noche como un incendio de placer. Era el culmen de la vida frente a la sombra de la muerte, la memoria vigilante recogida entre las ramas de aquel árbol lento y centenario, junto al cual, acurrucados, les gustaba dormirse.

Cuando tras una noche de amor intensa el Sol besa el horizonte, el jardinero piensa que él sembró ese incendio en el cielo. Que una imprevista e invisible raíz aérea conduce hasta las nubes su fuego y termina volviéndolas llamas quietas, brasas y finalmente carbón.



Pedro Antonio Curto

Creyó descubrir que la noche era eso, un inmenso carbón. Y que las estrellas eran recuerdos diminutos del fuego incrustados en la gran bóveda del carbón. Flores fosilizadas. Pensaba entonces que se requerían millones de años y millones de jardineros que cuidasen su jardín para que sus propias flores de fuego brillasen cada noche por sí solas.

Cada vez que el jardinero sembraba, regaba y alumbraba, sabía que hacía brotar en el mundo una chispa inesperada; aquel jardín podía convulsionar imperios, aunque estos fuesen los de su piel, los de sus pasiones. Un atardecer, en las horas que anteceden a la noche, se refugiaba debajo de un granado y probaron uno de los frutos que pendían de aquel árbol.

Los granos rojizos se expandían por sus cuerpos, se refugiaban entre sus pliegues y rincones ocultos, pero producían una extraña sensación. Algunos granos parecían calientes como brasas, contenidos por un fuego del que saltaban chispas, especialmente cuando estos se encontraban en rincones de intensidad sensitiva. Pero otros granos eran heladores y fríos, tenían sabor de muerte, los percibían como elementos extraños que se apoderaban de ellos, arrancándoles momentáneamente el deseo y la pasión. Se trataba tan sólo de unos instantes, pero en el jardinero cobro vida la idea de que aquel fruto tenía el enigmático poder de ser ambivalente. Luego, cuando la noche llegaba, se amaban en el jardín, entre la suavidad de hojas carnosas, el aroma de lavandas y tomillos, el roce herido que producían las palmeras, el frío sombrío de las camelias, las chispas que brotaban de los cuerpos al contacto con la tierra.

Una madrugada el jardinero despertó con la luz del amanecer, habían pasado la noche bajo un magnolio, al lado de unos jazmines, invadidos por su aroma que los envolvía como un manto. Se cubrían del frío nocturno con unas sábanas, que a la mujer la tapaban completamente a excepción de su sexo, que él veía desde atrás, dormido como un fruto apacible, diminuto como el corazón de media manzana. Estaba enmarcado perfectamente por la forma más redonda de su cuerpo desde el ángulo en que la veía. Pensó que era su manzana, su huerto de tranquilidad, su jardín más íntimo. Y quería estar ahí dentro plenamente, feliz como en un diminuto huerto improvisado. Era extraña la sensación que emanaba de ese momento, una calma que despertaba el deseo de seguir contemplándola. El jardinero fantaseó, quería montarse al viento con sus sueños y crear lo inesperado de su cuerpo. Así, cuando ella abrió los ojos y se encontraron las pupilas, le preguntó: "¿Imaginas que yo sembrara en ti una pasión que resuene cuando me acerco?"

El jardinero percibió que hay pocos momentos en la vida que el cuerpo exulte con la

simple felicidad de estar, de vivir, se llene de alegría con el simple hecho de su presencia en el mundo, de la mutua compañía. Eran aquellos momentos los que se van acumulando en la vida, configurando la memoria de ese ser que algún día se enfrente a la muerte sin poder evitar estar solo. Pero sabía también que con aquella pregunta que la mujer recogía como una caricia de su amante, se acercaban al culmen de una pasión, y que luego sólo quedaría el descenso.

fue así como unas días después el jardín parecía envuelto en llamas, como un bosque alcanzado por un rayo. Los dos amantes estaban envueltos en una

pasión desatada, convulsa. Existía quizás algo voraz y animal en esa forma de hacer el amor, un sentido que buscaba dominar y poseer al otro, encendiendo así los fuegos de las raíces subterráneas. Ni siquiera se daban cuenta de que todo estaba incontrolado, de que algunas plantas yacían quemadas por el abrasador calor, que el florecido granado sucumbía marchito, solo quedando sobre el suelo algunos de sus frutos.

Esa noche regresaron a la cama, refugiados bajo un techo, la intemperie podía ser demasiado peligrosa. Cuando despertó al día siguiente, el jardinero comprobó que estaba otra vez solo; no podía buscar un fruto en el que cobijarse, en el que ser plena-

mente feliz. Sólo quedó un suave perfume a abandono y una nota sobre la mesilla de noche: "Cuando todo ha ardido, sólo queda el descenso, lo falso, yo no quiero vivirlo."

El hombre pudo comprobar cuando salió a su jardín y contempló con su nueva mirada, la íntima devastación de las plantas, las flores alicaídas, los rosales desnudos en primavera, las granadas caídas por el suelo. Abrió una y esparció los pequeños granos por su mano, no sintió nada, no saltaban chispas, pero tampoco aquel frío; eran simplemente un fruto más.

el jardinero empezó a reconstruir su jardín, que durante aquella breve pasión, parecía fruto del abandono, pues ortigas, zarzales y malas hierbas, crecían libremente por todos los rincones. Quizás fuese que ambas pasiones no pudiesen convivir juntas, o también que era precisamente esa pasión quien conducía al jardín a convertirse en un bosque.

Pero esta vez el jardín renunció a las raíces inflamables, a los fuegos subterráneos, a las llamas que podían brotar a la superficie cuando él quisiese. Fue así como se limitó a pequeños setos de bog que se desnudaban en invierno, a un tranquilo jardín japonés que huyese del fuego y reinventase el lento placer del instante, de los leves deseos. Esos serían a partir de entonces, los únicos que habitarían en su cuerpo y su jardín.



Cuando todo ha ardido, sólo queda el descenso, lo falso, yo no quiero vivirlo

<http://www.curtoescritor.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

Sífilis en las encías II: Doctores tiene la iglesia

todavía me estoy riendo. Recibo el otro día un email de mi admirado y nunca suficientemente ponderado editor y amigo Miguel Ángel de Rus (espero que me pagues pronto mis misérrimos derechos de autor, cabrón), en el que me cuenta que un tal doctor Castillo, presidente de no se qué asociación de galenos (ya saben, esos tipos que en su versión urólogo te miran la polla con asco, te la cogen con desprecio, y te cobran como si te la hubieran chupado), ese tipo, ya digo, se mostró, al parecer, escandalizado con mi artículo anterior, el que llevaba por título *Sífilis en las Encías*. No pensaba hacer una segunda parte, pero oye, esto de escandalizar se pone más interesante cuando hay gente dispuesta a abrirse de piernas. Así que, doctor Castillo, supongo, va por usted.

Los bares siempre abrían, los bares aguardaban bajo sus reclamos, como en esa película de Jack Lemmon, *Días de Vino y Rosas*, los bares me recibían con alfombras de cáscaras de gambas y palios de periódicos pasados, en los bares nadie leía periódicos pero todo el mundo hablaba de política, de economía, de sexo ramplón y de dinero, en los bares, o sea, se trataban los temas fundamentales de la literatura, se tocaban todos excepto el amor, porque el amor sobraba en estos lugares a los que la gente acudía a buscarlo, pero también a huir de él.

Tomé un par de botellines con Ulises el Cubano y fumamos unos porros, y jugamos unas partidas de chinos, y luego apareció Perico con su traje de siempre y sus extintores y sus tarjetas falsificadas, y después de un rato decidimos ir a comer a El Caldero de Chamberí. Teníamos varios locales preferidos, un par de chinos, un asturiano, por supuesto el Pipol, el argentino con olor a orégano donde se comía la mejor carne que he probado nunca, El Viejo León, y El Caldero de Chamberí, en el que te servían desde un cocido madrileño a un soufflé perfecto, a precios nada perfectos, pero qué importaba. Nosotros vivíamos más allá del dinero y de los límites, estábamos acostumbrados a no pagar, o a pagar en cocaína, a salir corriendo, o a dejarlo todo en manos de Perico, que fue lo que hicimos aquella vez.

- ¿Qué van a tomar?
Vino, desde luego, tinto gran reserva, que, en aquellos días en los que carecíamos de cultura gastronómica, era siempre el más caro de la carta. El camarero la dejó delante de nosotros, yo pedí algo que debía ser un tournedó, Perico pidió como siempre ostras, a pesar de que en El Caldero de Chamberí no se servían.

- Perico, joder, no pidas ostras aquí, que no es el sitio... -le reconvine.

- Coño, compadre, tú no tienes savuafé... -añadió el Cubano.

así que se decantó por un solomillo, y no hubo manera de convencerle de que no lo pidiese "muy hechito, que si no luego, con la carne, me cogen ascos". A Perico le faltaba mundo y le sobraba tiempo y dedicación, pero el mundo también me faltaba a mí, el mundo me quedaba grande y aún tenía que descubrirlo. Perico, Ulises el Cubano y yo, formábamos una especie de triciclo sin rumbo, una santísima trinidad de última cena, en la que Jesucristo se había largado harto de todo y Judas, borracho, se dedicaba a partir el pan. Porque las cenas siempre parecían las últimas, comíamos despacio



Antonio López del Moral

y hablando en voz muy alta de nuestras cosas, nuestros asuntos de putas y cocaína, nuestras deslavazadas existencias de cristal y humo.

Corté despacio mi tournedó, y a nuestro alrededor las conversaciones bajaron un poco más de tono, como solía ocurrir cuando los tres entrábamos juntos en algún sitio. El Cubano vestía trajes carísimos y usaba gafas oscuras incluso de noche, Perico solía ponerse trajes completamente pasados de moda, y tenía los dientes podridos, tan destrozados por la caries, el alcohol, las drogas, y (a pesar del doctor Castillo), la sífilis, que por algunos sitios se le caían literalmente a pedazos. El padre de Ulises, que trabajaba como protésico dental en su minúsculo pisito de la calle Virtudes, siempre le prometía en los momentos álgidos de sus borracheras que le iba a poner gratis una dentadura.

- Los piños son la carta de presentación de un hombre, compadre. -solía decir- Para saber de qué pie cojeas, tú sabes, enséñame la piñata.

Así que, a tenor de su dentadura, Perico, más que cojear, debía arrastrarse sobre muñones. Era una de esas personas de las que suele decirse que si buscas en una enciclopedia la palabra "buscavidas" aparece su foto. Carecía de estudios y de preparación, no hablaba idiomas ni tenía oficio ni beneficio, no sabía hacer nada, pero se las apañaba para salir adelante, comer caliente todos los días y beber y fumar de balde. Hace pocos días volví a verle. Habían pasado casi dos décadas, y estaba como siempre, pero después de charlar un rato con él, me di cuenta de que nada era lo mismo: toda su familia había muerto, y él estaba a punto de ser desahuciado de su casa, y cobraba el Ingreso Básico de Integración. Nada de brillo, nada especial en él. La vida estaba en otra parte, y Perico, como siempre, aguardaba que volvieran unos buenos tiempos que nunca existieron.

pero, veinte años antes, que es cuando transcurre esta historia, entramos en El Caldero de Chamberí, comimos tranquilamente, charlamos de nada y de las cosas, pedimos postres, cafés y montañeses, y a la hora de pagar comenzamos a representar la parafernalia. La deuda glorifica al deudor, decía Henry Miller, pero en ese caso yo tendría que estar en el Olimpo, si la deuda es un arte, yo guardo un museo en mis bolsillos vacíos.

La parafernalia consistía en un teatrillo que solíamos montarnos entre el Cubano, Perico y yo, ya sabes, pago yo, no, no deja, ya me ocupo

yo de la cuenta, que no, coño, que sí, déjame a mí, y al final nos marchábamos dos, y se quedaba Perico a solas frente a la deuda. Después de pedir otra copa y terminar de fumarse un puro, fingía que le habían robado la cartera, o que la había perdido.

- ¡Por Dios, por Dios, qué vergüenza, y ahora qué hago, Dios mío!

- No se preocupe usted. ¿No puede llamar a nadie?

Perico fingía hacer un par de llamadas que lógicamente nadie respondía, y luego, consternado, ofrecía una alternativa.

- Me acerco un momento al despacho, que lo tengo aquí al lado, y le traigo el dinero.

El truco consistía en que, al escoger siempre restaurantes carísimos, los maitres preferían hacer como que se tragaban el cuento antes que propiciar un escándalo que les hubiera perjudicado más. En aquel mundo de apariencias, era preferible perder tres comidas que la reputación por una bronca. El Cubano y yo esperábamos en algún bar de los alrededores tomando una copa, y al cabo de unos minutos aparecía Perico sonriente, con el traje impecable y los dientes podridos, echando humo y juramentos, convertido en silueta de sí mismo, en copia al carbón, en ectoplasma de alcohol y tabaco envuelto en un traje de espiguilla que probablemente también había obtenido sin pagar.

¿Pagar? La realidad era gratis, el mundo

estaba ahí, tan auténtico, tan palpable, tan a tiempo. Como me había dicho unos años antes Omar, el hijo de un diplomático libio que vendía heroína en los bajos de Argüelles:

- Las casas, los coches, la pasta, las joyas, están delante de nosotros. Sólo hay que alargar la mano y cogerlas.

Omar terminó en la cárcel, primero, y en un centro de desintoxicación, algo después, pero en esos momentos encontraba su filosofía perfectamente aplicable, era como un materialismo no ya dialéctico, sino didáctico, real, cotidiano y puro, alargar la mano, tocar, coger, robar, empapar-se, o su aplicación más práctica para nosotros: largarse sin pagar.

Aquel día salimos del Caldero de Chamberí dejando dentro a Perico, nos refugiamos en el bar de enfrente a tomar café y le esperamos. Pero en esa ocasión no vino, Perico no apareció, como estaba previsto, a los quince minutos, Perico se perdió. Un rato después le vimos escapar a la carrera, perseguido por los vociferantes camareros armados con palos y cuchillos. Sus trucos de viejo estafador comenzaban a flaquear.



Esto de escandalizar se pone más interesante cuando hay gente dispuesta a abrirse de piernas.



Últimos libros del autor:

- *El espejo*
- *Cuando fuimos agua*
- *El cuaderno de los reflejos rotos*



La novela ha muerto

en el pasado, nadie lo discute, han ocurrido muchas cosas. Algunas fueron malas y otras fueron muy buenas. Casi todo el mundo está de acuerdo en que para construir el presente necesitamos del pasado como un material imprescindible. Pero ocurre que muchos se encuentran siempre al borde del desengaño y el desencanto, debido a que ven en lo pretérito, el modelo al que el presente tiene que copiar o emular, y esta forma de pensar, constituye la clave de un error. El pasado no es un modelo a seguir, sino que es una referencia con la que imaginar el futuro. El modelo perfecto aplasta e incapacita, y no nos sirve para salir o escapar de la realidad, que se convierte así en una condena, ante un objeto inalcanzable.

La novela del siglo XIX es pasado indiscutible, pero hoy estamos en el siglo XXI. Los que hablan de la muerte de la novela se quedan cortos en la expresión de su pesimismo. Deberían añadir “de la novela del siglo XIX”, que sirvió y que todavía sirve para conocernos, hoy mismo incluso, mejor como escritores. Aún quedan retazos de esta forma literaria decimonónica en los confines del sistema, pero en lo que hoy llamamos occidente, estamos ya en otra onda, para mal o para bien.

Para conseguir lo posible hay que aspirar a los imposible

Lo que hoy se escribe puede compararse con lo que se escribía entonces, pero si lo que intentamos es cruzar los modelos o las referencias, lo único que obtendremos será confusión. Y es una pérdida de tiempo pensar en el futuro, si previamente no aceptamos, intentamos comprender y ponemos en orden el pasado. La literatura tiene mucho de investigación, por lo que se encuentra muy ligada al presente, y el presente de aquellos años, hoy es algo que ya pasó, porque el presente de hoy es hoy.

nuestra obligación, la obligación de los escritores actuales será pues la de explorar lo posible, aunque tenga que ser en los laterales sombríos de la realidad que tenemos delante de nuestros ojos. Max Weber decía que: “para conseguir lo posible hay que aspirar a los imposible”. Y para los desencantados y desengañados de todo, de la política, o de la literatura, lo que ya no es, es imposible. Para muchas personas el mundo es algo ya terminado y clausurado, y sólo cabe esperar su amarga disolución.

Estas ideas, son ideas de muerte y de final absoluto. Elias Canetti en la “La conciencia de las palabras” y ya con este título, con haberlo encontrado y leído, me doy por satisfecho para muchos años, nos habla de la muerte como el hecho primero y más antiguo;



Francisco Legaz

como el único hecho real, ya que el nacimiento, no es más que la puerta a un sueño, aún por realizar. Y volviendo a las palabras del autor, dicen así: “mientras exista la muerte toda opinión será una protesta contra ella”. Los Antropólogos, un poco más optimistas que Canetti, nos cuentan que los tres hechos fundamentales de todo ser humano son: el nacimiento, el coito y la muerte.

Si la novela está muerta, no caben entonces demasiadas alternativas. Ha ocurrido, según los que esto afirman, por fin el hecho que anuncia Canetti, y por lo tanto no hay más que investigar, ni más que decir. Ya no hay palabras posibles para describir nada, y las pocas que brillan, no son más que fuegos fatuos o de puro artificio inútil. Se acabaron los tiempos en los que todo estaba por decir. Había que



Una casa sin libros es una casa sin dignidad

decirlo y ya se dijo por fin. Hoy, y de aquí en adelante, poco más se puede hacer que lo que vamos haciendo como buenamente podemos, y es casi nada. Y encima, como si el cadáver de la novela no apestase suficiente, también la imaginación se nos está pudriendo, según anuncian todos estos agoreros de la muerte, por el hecho de que según nos amenazan, disponemos de tantísima información, que es excesiva y estamos, como decía Ramón Llull, tristes de tanta abundancia de pensamiento. En el grabado de Dürero llamado “Melancolía”, (mírenlo por favor), podemos ver a un ángel sentado con el puño izquierdo sujetándose la mejilla. En su mano derecha tiene un

compás y, como les pasa a todos los ángeles, en su espalda hay unas alas. A sus pies hay un tintero, una escuadra, una esfera, un cepillo, una sierra, una regla, y qué sé yo que más cosas. Un ángel mujer que lo sabe todo, que quiere saberlo todo, o quizás crea que ya lo sabe todo y de ahí le viene esa profunda tristeza, esa melancolía.

pero en fin, no hay que extrañarse, porque nosotros, habitantes de este siglo, también nos creemos en poder de esa enorme sabiduría del ángel de Dürero. En las casas ya no existen aquellas inmensas bibliotecas, y los niños se pasan las horas frente al televisor. Ni siquiera las enciclopedias de nuestra infancia tiene hoy sentido, y han desaparecido también de las casas, y las librerías no hacen otra cosa, que planear su cierre o reconversión en otra clase de empresa más rentable. Y eso que Edmundo de Amicis lo advertía hace 100 años más o menos: “UNA CASA SIN LIBROS ES UNA CASA SIN DIGNIDAD”. Será que ya hemos aprendido, y que ya no necesitamos de todos aquellos grandes relatos, que nos explicaban el mundo y a nosotros mismos.

pero hay una circunstancia que de momento sigue siendo verdad única. Nosotros, los seres humanos, vemos por las palabras. Ellas son nuestros ojos, y sólo el lenguaje nos permite tener tratos con la experiencia. El conocimiento no nos puede llegar de otra manera que no sea a través de las palabras. Y no hay silencio, por inmenso y cruel que sea, capaz de sustituir al chorro de palabras que constantemente fabrica nuestro cerebro. Por eso el filósofo Wittgenstein, estaba empeñado, en que nuestra única solución, nuestro único futuro, no era otro que arremeter contra los límites del lenguaje, para intentar agrandar nuestro mundo, rompiendo nuestras fronteras, y así poder nombrar aquello que aún no hemos nombrado, porque es de lo que, de momento, no se puede hablar. Y esto, si no me equivoco, también es el territorio de la literatura. Y ahí es en donde tenemos que trabajar, ampliando así nuestro pequeño horizonte. Es nuestra única salida.

así es que pido por favor a todas aquellas personas que se dedican al noble arte de la escritura, que arremetan contra las fronteras de nuestro lenguaje, que lo enriquezcan y lo amplíen, y que hagan lo posible, para que descubramos todos esos horizontes que aún nos faltan por descubrir, y que están allí guardados entre las páginas de las novelas que aún no hemos leído, y entre las que están por escribir.

La novela no ha muerto. Lo que pasa realmente es que aún no ha hecho más que empezar. Qué ciegos somos a veces. Qué ciegos somos siempre.

<http://franciscolegaz.blogspot.com>

Francisco Legaz
Trazo blanco
sobre
lienzo blanco



Últimos libros del autor:

- Trazo blanco sobre lienzo blanco
- El horizonte está en la escalera
- Un viaje hacia el abismo

**Trazo blanco sobre lienzo blanco, la imaginación es la base de la vida
Al leerla, la realidad nunca será igual**

Francisco Legaz
Trazo blanco
sobre
lienzo blanco

Historia Sagrada: Combates contra la especie La causa perdida de la masturbación

La masturbación (del latín “manus turbare”), autosatisfacción o ipsación es, como sus múltiples nombres indican, una forma de tomarse la justicia sexual por propia mano. Sin embargo, en las sociedades complejas este deporte o hobby ha sido fuente de innumerables conflictos entre el usuario y la autoridad, llegando a extremos patológicos en el caso de la cultura cristiana.

En el punto 63 del documento oficial “Teología y secularización en España”, de 30 de marzo de 2007, se afirma expresamente que “La Iglesia considera pecados gravemente contrarios a la castidad... la masturbación, la fornicación, las actividades pornográficas y las prácticas homosexuales.”

¿Por qué motivo las autoridades católicas han decidido que la masturbación constituye un grave pecado mortal? Desde luego no porque lo afirme la Biblia, que en ningún pasaje dejó escrito algo como “no te masturbarás”. La clave debe buscarse en otra parte.

La explicación tiene que ver con el hecho de que este mundo está perfectamente regulado en el diseño divino, de tal modo que cada herramienta, incluido el aparataje sexual, está para lo que está, y no para el recreo del usuario: “El uso deliberado de la facultad sexual fuera de las relaciones conyugales normales contradice a su finalidad, sea cual fuere el motivo que lo determine”. Quiere decirse que a uno no le han dotado de equipo sexual operativo para el disfrute ni para el cachondeo, sino, estrictamente, para reproducirse. Y si se aparta lo más mínimo de ese camino comete pecado mortal. Lo glosaba muy bien Samaniego:

*que el Espíritu Santo
maldice al hombre que con vicio tanto,
por su infame malicia,
en la tierra su jugo desperdicia
cuando, bien empleado en cuerpo humano,
quizás produciría
un obispo o pontífice romano.*

Católicos y protestantes no estuvieron solos en esta cruzada penitencial (de penitencia); la masturbación también fue considerada pecado grave en el Talmud, código judío que condenaba todos los actos sexuales que no condujesen a la procreación, incluso prohibiendo al hombre sostener su pene mientras orinaba, práctica lesiva para la higiene corporal pero prometedora para las habilidades circenses. No iba en broma: según los sefardíes, “el sabio Rabbi Yehuda ha-Nasi se llamó Santo Maestro por razón ke de sus días no se tokó de el onbligo para abaxo, kere decir tanto en lo ke era muchacho komo después ke estaba kazado.”



Rafael Domínguez

<http://rafaeldominguez.blogspot.com/>



Últimos libros del autor:

- Las aventuras de Dios
- La firma cristiana como marca
- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles



Sin embargo, los reguladores católicos se encuentran con el pequeño problema de que la gran mayoría de la población sana se masturba desde edades tempranas hasta el final de su vida. No en vano, la American Medical Association, con objeto de evitar manipulaciones pseudo científicas, declaró formalmente en 1972 que la práctica de la masturbación era algo inocuo y normal desde el punto de vista de la medicina. Quizá a los pastores católicos no les deprima mucho reglamentar algo que ni se entiende, ni se acepta, ni se cumple por las propias huestes, pero, con todo y con eso, no deja de ser un problemilla.

Los orientales siempre han enfocado este asunto de una manera más relajada, sin tener que ir por la vida contrayendo culpas por todo: en cuanto a la autosatisfacción de la mujer, los antiguos textos hindúes recomiendan los cuerpos orgánicos naturales, como frutas u hortalizas. Concretamente se propone el tallo de una planta que se hincha sumergida en agua caliente, adquiriendo una textura agradable y tibia.

Esa idea de un vegetal cooperante, que oficia al tiempo de consolador y cataplasma, resulta fascinante y conecta con alguna de nuestras poesías clásicas más directas:

*Tú, rábano piadoso, en este día
visopija serás en mi trabajo;
serás lugarteniente de un carajo,
mi marido serás, legumbre mía.*

Para dramatismos hay que volver a Occidente. Santo Tomás describió minuciosamente los contornos del pecado sexual: el adulterio o la violación, que eran pecados contra el prójimo,

resultaban menos graves que los pecados contra la naturaleza, como la masturbación. Es decir, según estos defensores del género humano que tenemos que soportar en casa, en la violación se falta al sujeto violado, lo cual no es muy cortés pero tampoco grave, pero en la masturbación se falta al orden natural, o sea, a Dios, y eso sí que es grave.

puestos a caer en el pecado comportémonos con astucia y, en lugar de ofender a los dioses con antinaturales pajas solitarias que alteran el orden del universo, ataquemos directamente a la vecina del quinto, pues tan sólo es nuestro prójimo y su mancilla jode si, pero no hace temblar el misterio.

En fin, si alguna vez, queridos lector o lectora, experimentáis la llamada del vicio solitario, y llegáis a sucumbir ante tal reclamo de la naturaleza, no os dejéis engañar por la aparente y neutral intimidad de vuestro cuarto de baño: detrás de esas paredes, invisibles a vuestros sentidos pero no por ello menos reales, una multitud de enfurecidos Dioses y Santos que ha abandonado sus importantes obligaciones os estará contemplando mientras vuestros rítmicos y procaces movimientos ponen en peligro el orden del Universo.

Arquímedes de Siracusa afirmaba que con una simple palanca y un punto de apoyo podría mover el mundo; un pecador solitario puede conseguirlo con una sola paja. De ahí la gravedad de su acto.

Y recordad que son esos dioses los que os pueden mandar al Infierno.

Los libros que el Ayatolá y el Papa no han conseguido retirar de las librerías

Dos alegatos ateos que harían santiguarse a Leo Bassi

Sólo Ediciones Irreverentes podía publicar algo así





Regresando al infierno

el silbo del tren era señal inequívoca de que éste se encontraba próximo a llegar. La benemérita 279, verde original, salvaba las últimas revueltas de la vía férrea buscando el terreno despejado, donde el insignificante apeadero parcheaba la inmensidad de la estepa. En el pequeño andén de madera, un hombre y una mujer esperaban expectantes a que el convoy apareciese.

Realmente, la locomotora sólo paraba si había pasajeros que recoger. El maquinista ni recordaba la última vez que se detuvo en el remoto poblado. Excepcional resultaba la ocasión por infrecuente.

Algunas estaciones del ferrocarril son como las edades: pasan de largo sin apenas advertirlo.

El matrimonio evidenciaba inquietud, sensación acrecentada cuando los resoplidos de la máquina desgarraron el sosiego de la estival y calmosa tarde.

La emoción que embargaba a la pareja parecía justificada: hacía mucho que no viajaban, a ninguna parte. Apegados al terruño que constituía el limitado espacio habitual, residían en una remota pero acogedora aldea enclavada al Oeste del país. En ella permanecieron después de que contrajeran nupcias, al calor del hogar y al del amor compartido.

prefirieron el aislamiento en el medio rural a la congestión urbana. Así, de mutuo acuerdo, desestimaron la precaria vivienda que les presentaba la ciudad populosa. La falta de alimentos básicos y la sujeción al racionamiento suponían inconvenientes añadidos y disuasorios. De sobra utilizaron los bonos que para la adquisición de artículos primarios, en especial agua y carbón, emitiesen los comités legales del frente popular; o el llamado "día del plato único", que crearan los nacionales intentando reflejar el carácter solidario de gobierno.

Gracias a un inquebrantable espíritu emprendedor y a la constancia, habían conseguido levantar la modesta hacienda que en el presente poseían. Nada quisieron conservar del pretérito.

La fachada principal de la construcción, de mampostería ordinaria y dispuesta en dos alturas, estaba orientada al sureste, quedando franqueada la entrada a través de un patio cerrado. En la planta baja realizaban las labores cotidianas, mientras que el piso superior lo dedicaban a estancia de descanso, incluido el dormitorio. Junto a la morada, un pabellón encalado preservaba al ganado vacuno.

Los árboles ayer plantados les daban hoy frutos, además de sombra. El río aportaba su venero fluente y la frescura ambiental. Con los productos cosechados en la huerta y la cría de los animales domésticos cubrían necesidades.

no pudieron propagar la especie debido a que el varón padecía determinadas limitaciones corporales que le impedían engendrar. Carecían, pues, de familia alguna; vivían solos, dentro de esa relativa felicidad que preside a la soledad repartida.

La falta de descendencia condicionaba que cierto sentimiento de desencanto anidara en los corazones del compenetrado matrimonio, sin que lo manifestasen de forma explícita para evitar que la pesadumbre afectara anímicamente al varón.

Se casaron cuatro décadas atrás. Ahora, casi sexagenarios, programaron realizar un viaje que diríase de placer. Lo consideraron conmemorativo de sus bodas de plata.

Durante años tuvieron que adaptarse a la



Álvaro Díaz Escobedo



penuria derivada del deterioro económico que la guerra causó a la nación; una posguerra que tanto vencedores como vencidos reconocerían más dura y sombría de lo imaginado. Fraguada en el fogón del antagonismo político y religioso, la lucha armada duró demasiado.

Sustentaban el ánimo amparándose en los preceptos de la fe católica, por diferentes que fuesen las actitudes personales ante los problemas de conciencia que la vida entraña: la de quien busca a Dios, anhelando descubrir un último sentido, ejemplo de la mujer; y la de quien rehuye encontrarlo, encerrándose en el agnosticismo, caso del hombre. Hasta lograr la paz anímica, sufrieron grandes penalidades. Y si bien el transcurrir de los días curó las profundas heridas que les infriese la contienda civil, éstas no cicatrizaron del todo.

Aunque el pasado nunca muere, han serenado el alma y olvidado los malos momentos habidos. No obstante, perduran las secuelas del fanatismo ideológico que diera lugar a la ferocidad de los hombres enfrentados. Todavía hoy día algunos dirigentes viven en esquizofrenia política y social, seguramente a causa de la propia confusión de miras.

Antecedentes y referencias al margen, la gira que proyectaron de recreo iba a convertirse en un auténtico infierno para el hombre, puesto que la esposa actuará de testigo ignorante del drama. Veleidoso es el destino.

ha quedado lívido, paralizado. Denótase la rigidez física y el trastorno mental. Entre metálica y gélida, su mirada impresionaba.

Y es que, al acomodarse, se apercebó rápidamente de la circunstancia: "Sanguinaire" ocupaba el asiento opuesto al suyo, a un metro escaso de distancia..., medio siglo después.

No existía equívoco, ¡era él!

Encorbatado y circunspecto, presentaba el rostro arrugado, resultado de los surcos que los años habíanle abierto en el físico. El pelo, otrora oscuro, oculto debajo de una gorra al desgaire colocada, lo tenía gris encanecido. Distinguió las mismas manos proclives a provocar dolor, a martirizar al prójimo por

Enjuiciamientos sumarásimos, ajuste de cuentas, la aplicación de la ley de fugas...

cultivar ese odio que incubaba la violencia.

Preso de angustia, propenso al ataque de nervios, recordó – como si hubiese sido ayer, a pesar de que sucediera mucho antes – que el médico militar le diagnosticase "neurosis de guerra".

Sí, se trataba del sujeto vituperable que convirtiera en vía crucis parte de su existencia; el mismo al que, de rodillas entregado y demandando el fin del sufrimiento, pidiese morir.

Fue sometido a inhumanos castigos, sin culpa ni condena previa, por mantener dogmas e ideas políticas antagónicas.

Rebrota la angustia, tal que el tiempo retrocediese de sopetón situándole de nuevo en el fragor de la batalla; en la tenaz contienda de falsos hermanos, hijos de un suelo natal al que con oscurantismo colectivo arrasaron.

La película retrospectiva, alojada en la cámara del propio intelecto, se proyecta sobre la reducida pantalla interior de sus sienes, mezclando el rodaje: las bombas de 25 y 50 kilos que los aviones arrojaban en las zonas estratégicas buscando objetivos que destruir, atemorizando a la población; mientras, los obuses, transportados encima de ruedas macizas, arrasaban campos ubérrimos hasta transformarlos en ruina vegetal; el estruendo de los proyectiles de los morteros y de las granadas de mano; el tabletear de las ametralladoras que portaban los auto-blindados B-6. Por otro lado, el irrumpir de los carros FT-17 que, dotados de un cañón de 37 mm, asolaban todo, al estilo de los filmes bélicos del cine norteamericano. Paradójicamente, la *Metro Goldwin Mayer* rodaba en los estudios cinematográficos de Hollywood la toma y planos secuenciales de "Lo que el viento se llevó".

A pesar del lógico trastorno emocional,

<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Esencia de mujer

durante las noches solía percibir voces y risas próximas al parapeto; algunas, muy estridentes, correspondían a gente que hablaba idéntico idioma, y también al enemigo enfrentado. Se le reventaban los oídos escuchando soflamas a través de la radio oponente; pero, asimismo, notaba dolor de cabeza soportando las arengas de la emisora partidaria enardeciendo el ardor guerrero de las tropas situadas en vanguardia.

Al amanecer y de seguido, los brutales combates a pecho descubierto, esgrimiendo el machete *Simson* calado en el fusil, a modo de bayoneta.

Todo este horror acrecentado bajo el torrente de agua que presidía el desconcierto de la retirada, en procesión de autómatas que, empapados y ateridos, chapoteaban en los barrizales o en las roderas que dejaban los vehículos pesados.

En ocasiones, el aguanieve de la noche convertía los cuerpos casi en témpanos, sin que las mantas de campaña sirvieran de presumible abrigo.

Sobrevolaban cazas o bombarderos, la impresión de miedo y desaliento era la misma. Tampoco importaba que los pilotos de aquellos pájaros de fuego, que hacían ensayos tácticos sirviéndose de cobayas humanas, fueran de países alineados junto a uno de los bandos contendientes. Vaya a saberse qué motivo les impulsaba a arriesgar la vida en cielos extranjeros. Es posible que sólo ambicionasen ganar dinero por miles, para transferirlo a lejanos y menesterosos hogares; o malgastarlo a cientos en bares y burdeles. Viéndoles cerca, lo único trascendente radicaba en cerciorarse de que pertenecían a la aviación adicta o a los contrincantes.

Contadas veces halla justificación la muerte, pese a que la lucha y la victoria se doren con revestimientos de cruzada o de salvación de la patria.

Ante sus ojos destaca, visionado de realidad, el convoy que le trasladase a la reclusión después de haber caído en poder del encarnizado rival. Advierte la proximidad de los guardias opresores, en especial la de aquél que apodaban – en voz baja – “Sanguinaire”.

Reaparecen otros trenes, y vagones de ganado hacinando a un centenar de prisioneros que, degradados espiritual y físicamente, son incapaces de resistir la sed y contener las deyecciones. Rememora que en ellos se destrozó las uñas intentando escapar.

De inmediato, la cárcel en que la barbaridad, traducida en torturas y vejaciones, será el denominador común. Quedaba la esperanza de recibir carta de los seres allegados, aun a sabiendas de que la correspondencia pasaría el filtro de la censura.

queriendo poner freno a los atormentadores pensamientos, fija la vista en la mujer que acompaña al despiadado verdugo de entonces. La conceptúa de talante apacible, acaso cándido. Por el reflejo de la cara aparentaba ser discreta y sumisa, como si en la relación conyugal no hiciese sino obedecer al severo marido. Fácil al diálogo, sus mesuradas palabras transmitían la sensación de que congeniaría con la generalidad de las personas. En consecuencia, las mujeres convirtieron el silencio en conversación animada, referida a los consabidos e invariables temas: la climatología, las ventajas de la tierra laborable respecto a la ciudad fabril, la familia y los gustos profanos por esto o aquello.

El hombre continúa reconstruyendo escenas en el teatro trágico de la mente. Tanto desmenuza y analiza el pasado que acabará inmerso en él: enjuiciamientos sumarísimos, ajuste de cuentas, la aplicación de la ley de fugas... El pánico se exacerbaba cuando los carceleros, lista en la mano, hacían acto de presencia e introducían a los de ventura adversa dentro de una de aquellas camionetas cuyo destino era inequívoco y fatal.

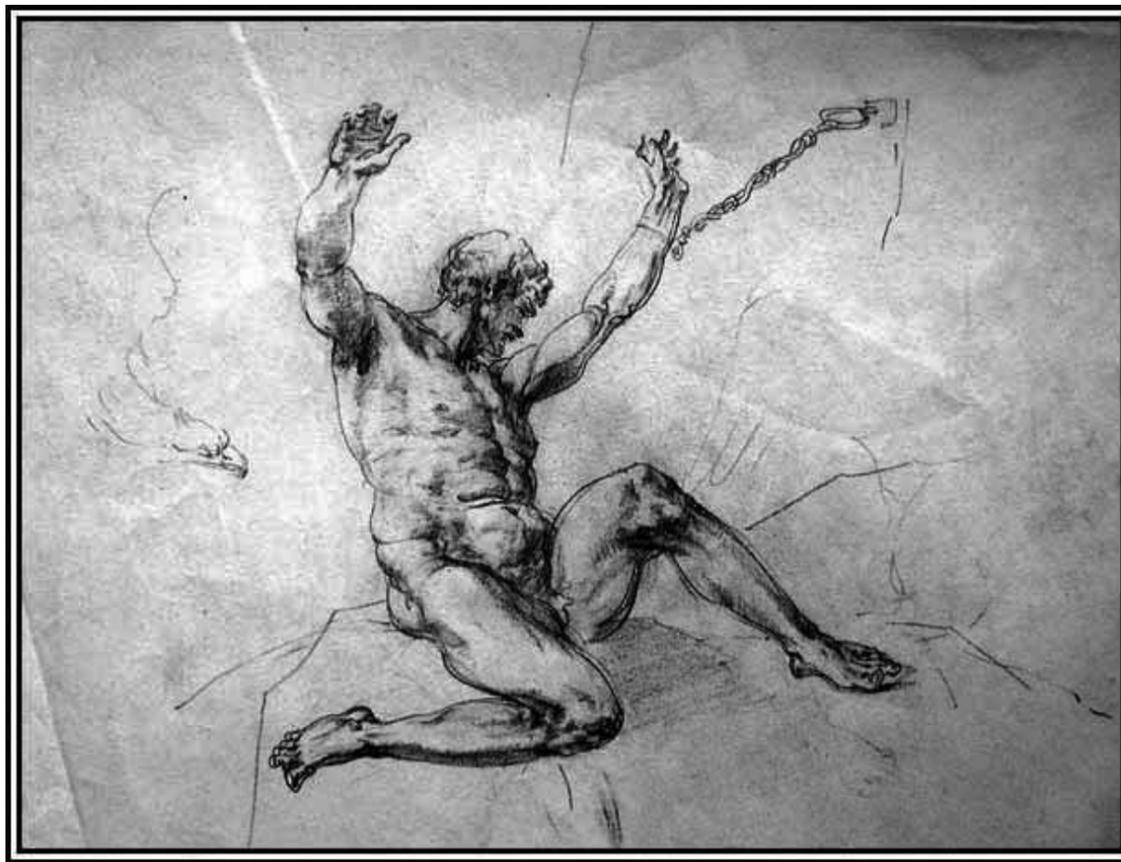
Recuperándose de los traumáticos recuerdos, un intenso e incontrolable deseo de desquite le invade.

tiene la oportunidad de cobrarse el mal irreparable que causáranle antaño, de materializar el anhelo vengativo que siempre anidó en su corazón. Podía resarcirse de las afrentas y de los golpes recibidos.

Al oír a la mujer de “Sanguinaire” que bajaban en la próxima parada, un velado rictus de complacencia le iluminó el rostro.

Consideró sería otro apeadero, lo que suponía, en buena lógica, que no habría público presente.

Se levantó del asiento mediante la excusa de ir al retrete. Buscaba algún objeto contundente con que consumir la agresión.



Tropezó con unas gruesas piedras. Redondas y semejantes a las que pule la cascada de los ríos, parecieronle idénticas a las que sirvieran para machacarle los testículos y convertirle en eunuco

a pesar de la infructuosa operación, superó el desaliento; incluso, aumentó su encono. Seguro que en la estación encontraría algo que sirviera para la maquinación. Y en el supuesto caso de que así no fuese, todavía poseía redaños que le asistiesen en el macabro propósito.

El odio es serpiente que reptaba a través del abrupto sendero de la venganza.

el tren aminoró la velocidad y sus compañeros de viaje decidieron incorporarse. Las mujeres se despidieron, deseándose suerte futura y un nuevo encuentro. ¡Qué incongruencia! Les siguió pasillo adelante, bajo la mirada sorprendida de su cónyuge. El dintel de la puerta

marcaba el camino del infortunio. Llegados a la escalerilla, la pareja descendió del vagón; les imitó, andando detrás, a pocos pasos de distancia.

Anochece y, además, la bruma cubría el andén y los alrededores, difuminándoles.

La fortuna se constituyó en aliada, hasta el punto de que tropezó con unas gruesas piedras. Redondas y semejantes a las que pule la cascada de los ríos, parecieronle idénticas a las que sirvieran para machacarle los testículos y convertirle en eunuco. Llegó a estremecerse recordando que, entre súplicas y ayes de impotencia, “Sanguinaire” le transformó en animal castrado.

Despejó las ideas perturbadoras situándose, sigilosamente, a un par de metros de su antiguo torturador.

Nada resulta más agobiante que el invisible abrazo del silencio.

De repente, el maquinista anunció que reanudaba la marcha. El estridente pitido de la locomotora paralizó la acción... y, también, puso fin al desvarío.

Empapado en frío sudor, supo reaccionar de forma conveniente. Volvió a la realidad; presto, retrocedió hacia el vagón que había abandonado. El convoy arrancaba. Aferrándose al agarradero, alcanzó la plataforma con dificultad.

Como en el rail de la vida, al final del túnel se hace la luz.

Cuando regresó, la esposa aún estaba temblorosa. Al verle, recuperó enseguida el ánimo.

Desconociendo lo ocurrido, no hizo preguntas a su marido; se limitó a acogerle en brazos, junto al regazo del enfaldo, y a acariciarle la nuca, según acostumbraba a hacerlo durante las crisis que éste sufría. Le comprendía sin necesidad de hablarle.

Al cabo del tiempo, el hombre alcanzó un estado de infinita tranquilidad, primero, y de concordia, después.

La fatiga que provocara el tremendo esfuerzo psíquico realizado habíale dejado exhausto. Era como si le hubiesen vaciado el cerebro y extraído el poso que el rencor fue fermentando. El ansia de revancha ya no poblaba su corazón, ni siquiera enturbiaba sus pensamientos.

jamás volvería a tener pesadillas nocturnas. Afortunadamente, encontró el mejor de los recursos contra ellas y, a la vez, descubrió el inmenso valor del perdón. Practicarlo, por convicción o doctrina, representa dar ese paso que confirma la cualidad moral del individuo. Aunque el santo varón siguiera sin entender que puede haber jueces injustos, antes perversos y hermanos desnaturalizados.

Quizá todos seamos, de alguna manera, responsables y partícipes de la estupidez humana.



Manifiesto por la lengua común

desde hace algunos años hay crecientes razones para preocuparse en nuestro país por la situación institucional de la lengua castellana, la única lengua juntamente oficial y común de todos los ciudadanos españoles. Desde luego, no se trata de una desazón meramente cultural –nuestro idioma goza de una pujanza envidiable y creciente en el mundo entero, sólo superada por el chino y el inglés– sino de una inquietud estrictamente política: se refiere a su papel como lengua principal de comunicación democrática en este país, así como de los derechos educativos y cívicos de quienes la tienen como lengua materna o la eligen con todo derecho como vehículo preferente de expresión, comprensión y comunicación. Como punto de partida, establezcamos una serie de premisas:

1 Todas las lenguas oficiales en el Estado son igualmente españolas y merecedoras de protección institucional como patrimonio compartido, pero sólo una de ellas es común a todos, oficial en todo el territorio nacional y por tanto sólo una de ellas –el castellano– goza del deber constitucional de ser conocida y de la presunción consecuente de que todos la conocen. Es decir, hay una asimetría entre las lenguas españolas oficiales, lo cual no implica injusticia de ningún tipo porque en España hay diversas realidades culturales pero sólo una de ellas es universalmente oficial en nuestro Estado democrático. Y contar con una lengua política común es una enorme riqueza para la democracia, aún más si se trata de una lengua de tanto arraigo histórico en todo el país y de tanta vigencia en el mundo entero como el castellano.



2 Son los ciudadanos quienes tienen derechos lingüísticos, no los territorios ni mucho menos las lenguas mismas. O sea: los ciudadanos que hablan cualquiera de las lenguas co-oficiales tienen derecho a recibir educación y ser atendidos por la administración en ella, pero las lenguas no tienen el derecho de conseguir coactivamente hablantes ni a imponerse como prioritarias en educación, información, rotulación, instituciones, etc... en detrimento del castellano (y mucho menos se puede llamar a semejante atropello “normalización lingüística”).

3 En las comunidades bilingües es un deseo encomiable aspirar a que todos los ciudadanos lleguen a conocer bien la lengua co-oficial, junto a la obligación de conocer la común del país (que también es la común dentro de esa comunidad, no lo olvidemos). Pero tal aspiración puede ser solamente estimulada, no impuesta. Es lógico suponer que siempre

habrá muchos ciudadanos que prefieran desarrollar su vida cotidiana y profesional en castellano, conociendo sólo de la lengua autonómica lo suficiente para convivir cortésmente con los demás y disfrutar en lo posible de las manifestaciones culturales en ella. Que ciertas autoridades autonómicas anhelen como ideal lograr un máximo techo competencial bilingüe no justifica decretar la lengua autonómica como vehículo exclusivo ni primordial de educación o de relaciones con la administración pública. Conviene recordar que este tipo de imposiciones abusivas daña especialmente las posibilidades laborales o sociales de los más desfavorecidos, recortando sus alternativas y su movilidad.

4 Ciertamente, el artículo tercero, apartado 3, de la Constitución establece que “las distintas modalidades lingüísticas de España son un patrimonio cultural que será objeto de especial respeto y protección”.

Nada cabe objetar a esta disposición tan generosa como justa, proclamada para acabar con las prohibiciones y restricciones que padecían esas lenguas. Cumplido sobradamente hoy tal objetivo, sería un fraude constitucional y una auténtica felonía utilizar tal artículo para justificar la discriminación, marginación o minusvaloración de los ciudadanos monolingües en castellano en alguna de las formas antes indicadas.

Por consiguiente los abajo firmantes solicitamos del Parlamento español una normativa legal del rango adecuado (que en su caso puede exigir una modificación constitucional y de algunos estatutos autonómicos) para fijar inequívocamente los siguientes puntos:

1 La lengua castellana es común y oficial a todo el territorio nacional, siendo la única cuya comprensión puede serle supuesta a cualquier efecto a todos los ciudadanos españoles.

2 Todos los ciudadanos que lo deseen tienen derecho a ser educados en lengua castellana, sea cual fuere su lengua materna. Las lenguas cooficiales autonómicas deben figurar en los planes de estudio de sus respectivas comunidades en diversos grados de oferta, pero nunca como lengua vehicular exclusiva. En cualquier caso, siempre debe quedar garantizado a todos los alumnos el conocimiento final de la lengua común.

3 En las autonomías bilingües, cualquier ciudadano español tiene derecho a ser atendido institucionalmente en las dos lenguas oficiales. Lo cual implica que en los centros oficiales habrá siempre personal capacitado para ello, no que todo funcionario deba tener tal capacitación. En locales y negocios públicos no oficiales, la relación con la clientela en una o ambas lenguas será discrecional.

4 La rotulación de los edificios oficiales y de las vías públicas, las comunicaciones administrativas, la información a la ciudadanía, etc... en dichas comunidades (o en sus zonas calificadas de bilingües) es recomendable que sean bilingües pero en todo caso nunca podrán expresarse únicamente en la lengua autonómica.

5 Los representantes políticos, tanto de la administración central como de las autonómicas, utilizarán habitualmente en sus funciones institucionales de alcance estatal la lengua castellana lo mismo dentro de España que en el extranjero, salvo en determinadas ocasiones características. En los parlamentos autonómicos bilingües podrán emplear indistintamente, como es natural, cualquiera de las dos lenguas oficiales.

La red de bibliotecas del Instituto Cervantes en el mundo

La red de bibliotecas del Instituto Cervantes está en continuo crecimiento. Actualmente está compuesta por 57 bibliotecas de las que 9 están en fase de organización y aún no ofrecen todos los servicios. Las 48 bibliotecas activas del Instituto Cervantes suman un total de 24.388 metros lineales de estanterías; 910.734 documentos en todos los soportes y diariamente cada biblioteca recibe a 70 personas que



IV Reunión de directores del Instituto Cervantes.

acuden a visitarla y realiza 61 operaciones de préstamo de documentos. En total se han recibido a 713.518 visitantes y se han realizado 612.620 operaciones de préstamo de documentos. Estados Unidos, el África Subsahariana y Asia serán las zonas prioritarias de expansión del Instituto Cervantes en los próximos años, tal y como se anunció durante la IV Reunión de directores de la institución,

celebrada en Soria del 20 al 24 de julio. Dado el esfuerzo institucional y la inversión hecha, resulta obvio que aún estos centros no han logrado penetrar en las sociedades de los países en que se encuentran como sería de desear. Valgan las cifras oficiales aportadas para contrastar con la actividad, por ejemplo, del Instituto Francés en Madrid. Toda la información sobre el Instituto Cervantes en www.cervantes.es

La vida de otro

despertaste sin abrir los ojos y te estiraste bajo las sábanas. Era sábado y no había prisa. Tu mujer dormía a tu lado; la oías respirar. La casa estaba en silencio. Cuando por fin miraste al techo notaste que algo raro pasaba. Sobre ti un ventilador giraba indolente, pero, ¿desde cuándo había un ventilador en el dormitorio? Volviste la cabeza hacia la mesita de noche sobre la que había una lámpara y un despertador que no reconociste. La habitación en la que estabas no era tu dormitorio, pero ¿qué hacíais tú y tu mujer en una casa ajena? Te giraste hacia ella para despertarla y te sobresaltaste ante el rostro de una extraña. Pensaste que quizá estabas soñando, pero después de un breve chequeo mental comprendiste que no era así. Estabas completamente despierto en una cama que no era la tuya acostado junto a una desconocida.

aturdido, dejas caer la cabeza sobre la almohada y te pierdes unos segundos en el giro de las aspas del ventilador

intentando decidir qué está pasando. La noche anterior te acostaste temprano y estuve leyendo hasta que apagaste la luz. Antes de tener tiempo para nada más la mujer que hay a tu lado se acerca a ti y te rodea con los brazos apoyando la cabeza sobre tu pecho. Apenas te atreves a respirar. ¿Qué hará cuando se dé cuenta de que estás metido en su cama? Sin embargo ella se despereza, abre los ojos y, mirándote a la cara, te da los buenos días antes de sonreír ante la expresión de sorpresa que debes tener congelada en el rostro. ¿Te pasa algo?, dice preocupada. Nada, nada, contestas como si no fueses tú mismo. Ella se acerca y te besa en los labios mientras su mano te acaricia la espalda. Sientes vértigo, pero antes de poder decidir qué hacer, la puerta del dormitorio se abre y entran corriendo dos niños que saltan sobre la cama intentado meterse entre vosotros bajo las sábanas, dos niños que no has visto nunca, dos niños que no son tus hijos, pero que al igual que la mujer actúan con completa naturalidad, como si fueses su padre y su marido. Mientras que la niña, de apenas seis o siete años, se sienta a horcajadas sobre ti intentas no dejarte llevar por el pánico y actuar con toda la naturalidad que te es posible. Podría tratarse de un trastorno mental o una desorientación pasajera.

después de un rato los cuatro estáis desayunando alrededor de la mesa de una cocina que no es la de tu casa. Todos seguían comportándose como si nada ocurriera. Ella te sirvió el café tal y como tú lo tomabas y comentó contigo los planes que tenía para la mañana. Había pensado en salir de compras con los niños. Mientras bebías el café te fijaste en ella con detenimiento. Sus facciones te eran levemente familiares, como las de alguien a quien has conocido hace muchos años y que no has vuelto a ver desde entonces. Los niños, sin ser los tuyos, tenían algo inquietante, ya que era innegable que se parecían a ti y a la mujer que tenías delante y



José Melero Martín

de la que no sabías ni el nombre. Un sudor frío te cubrió la frente y sentiste un leve mareo que ella advirtió enseguida. Tienes mala cara, dijo alargando el brazo y poniendo la palma de la mano sobre tu frente. Estás helado, deberías quedarte esta mañana aquí tranquilo, debes estar cansado después de la semana que has tenido. Tú, aprovechando la tregua, te levantas y vas a tumbarte en un sofá que no es el tuyo en un salón desconocido. La habitación, sus muebles y sus adornos te son ajenos. Es la casa de otro, la mujer, los hijos y la vida de otro, pero entonces, ¿por qué ellos actúan como si no lo fuese? Un rato después ella te besó en los labios y los niños en las mejillas, y por fin los tres salieron. Te quedas un momento de pie en la entrada sin saber qué hacer.

«No podría decir cómo me siento. Durante el desayuno he repasado todas las posibilidades una y otra vez: un sueño, amnesia, una broma televisiva. ¡Sí, de eso debía tratarse!, de una broma que en aquellos momentos debía estar grabándose para después ser emitida por televisión. Algo más tranquilo me dedico a recorrer la casa buscando cámaras escondidas,

y escapar así de la pesadilla que estoy viviendo, pero cuando alguien responde, me interroga una voz que no conozco. Vuelvo a intentarlo con el mismo resultado varias veces hasta que comprendo que es inútil.»

La mujer vuelve al mediodía cargada de bolsas y los niños se sientan sobre tus piernas mientras almorzáis en la cocina. El ambiente es agradable y distendido. Cuando termináis ayudas a quitar la mesa y te sientas a ver la televisión. Ella se acomoda a tu lado y pasáis la tarde en familia. La cotidianidad es tan rotunda que sientes miedo, un miedo visceral que no conocías, sin embargo las horas indiferentes transcurren plácidas.

en dos ocasiones te has escapado para volver al barrio en el que vivías y llamado a la que era la puerta de tu casa, en la que ahora viven unos desconocidos. En vano una y otra vez comprobaste si estabas en la calle correcta y si el número del adosado era el mismo, pero hasta tu nombre en el buzón había sido sustituido por el de otro. Lo mismo pasa el lunes cuando compruebas que nadie te recuerda en tu antiguo trabajo. Resignado, te las arreglas para averiguar cuál es tu nuevo empleo. Entrás en la oficina devolviendo el saludo a quien lo hace primero hasta que consigues deducir cuál es tu sitio y cuáles tus tareas. Te sorprendes de la rapidez con la que consigues hacerte con la situación, aunque por otra parte se trata de un trabajo sencillo y monótono. Tras la primera semana nadie diría que no hace años que trabajas allí.

Las semanas pasan y sobre ellas los meses, hasta que advierto que mi auténtica vida cada vez resulta más lejana e irreal. La resignación me ayuda a volver a la normalidad.

en vano esperas la hora de la salida ante la puerta del antiguo colegio de tus hijos. Ningún profesor los recuerda. Los días se suceden y la familiaridad va apoderándose de ti. Descubres que tus amigos ya no son

los que eran, han sido reemplazados por otros que te los recuerdan y con los que no tardas en trabar confianza, y entonces un día despiertas y comprendes que eres tú el que debe estar equivocado.

«Comprendí por fin que aquella era mi vida y no la que creía que era y decido que mi delirio desaparecerá si tengo la suficiente paciencia y consigo mantener la calma. Desde entonces me esfuerzo en que todo funcione bien. He conseguido adaptarme a la intimidad con esta mujer que no conozco y estos hijos que no son los que debían ser. Ni ellos ni mis amigos sospechan que soy una persona muy distinta de quien ellos creen. Y las semanas pasan y sobre ellas los meses, hasta que advierto que mi auténtica vida cada vez resulta más lejana e irreal. La resignación me ayuda a volver a la normalidad. Abro los ojos. Es sábado por la mañana. La luz entra en el dormitorio trazando haces a través de la persiana. Me desperezo y al volverme para abrazar a mi mujer la encuentro mirándome como a un extraño. ¿Te pasa algo? le pregunto. Ella, con los ojos muy abiertos, niega con la cabeza.



JOSÉ MELERO ANGULO

<http://josemelero.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- La soledad de húsar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares



Cartas de la inglesa que no sabía hablar de amor

Reformistas de antaño

En la conclusión escrita que redactó después de diez meses de investigación, Nieves Arrébola supo decir y dijo lo que correspondía a una erudita profesora. Que toda la correspondencia que se habían entrecruzado Mrs. Wyard, esposa de Lord Wyard, durante sus años en España entre 1890 y 1913, y D. Rafael Riánsares, secretario del gobernador civil de Granada por aquellos días, era una suculenta fuente de información sobre el doctrinario krausista y sus adeptos españoles. Dijo también que todas las cartas, (y no menos las de la dama inglesa en un castellano tan escaso como correcto), reflejaban un estilo literario digno de encomio, y constituían una joya del género epistolar que merecía una edición esmerada, si es que aún quedaba algún librero catalán no obsesionado con los beneficios rápidos. Se atrevió a ir más allá al formular con la intrepidez del neófito una frase de consecuencias escandalosas, cuando dijo que si la reforma de la educación en España a comienzos del siglo XX no triunfó, no hubo de ser por la renuencia de las fuerzas conservadoras, sino por el escaso ímpetu de la economía que debía sostener una tarea tan vasta y, hablando con propiedad, tan poco rentable a corto plazo. Dijo todo esto y mucho más, envalentonada por el fragor del tecleto de su máquina y los días de soledad, que acaba desproporcionándolo todo, hasta deslizar algunos tópicos que no la favorecían como investigadora en ciernes, y evidenciar que en su cerebro había confundido a veces la historia de aquellos reformistas de cien años atrás con la evanescencia de sus años hippies. Lo que no dijo fue exactamente lo único que hubiese querido decir: que el fondo de aquel mazo de cartas era un poso de amores desgraciados.

No se levantó de la silla hasta comprobar que todo había quedado perfectamente ordenado y limpio al acabar. A continuación decidió que se merecía una ducha, y para rematar, una copa de ron y un cigarrillo, aprovechando que estaba sola y en las orillas del éxtasis, sola para rendirse un homenaje en condiciones y sin la ristra de contraindicaciones que acarrearían los homenajes cuando todos inundaban la casa. Se le ocurrió también llamar a Guillermo Andrade para decirle que ya había acabado todo, y soltar de una vez la tensión almacenada durante los últimos meses de discusiones al hilo de los estudios, ya estaba todo, por fin habría un motivo para celebraciones, Guillermo, nos falta sólo vernos, y celebrarlo, no sé qué te esperabas tú, yo estoy como una loca, dando saltos y besando tu foto ahora que no me ves, en fin, cualquier oportunidad era buena si se trataba de disfrutar de esa sonrisa tan Che Guevara, unos minutos bien empleados para soñar con el encuentro imaginario hasta que ¡puf! vuelta al silencio porque evidentemente no iba a llamar a Guillermo, ridículo sólo imaginarlo, qué iba a pensar de ella. Lo último que se dijo fue que estaba a treinta minutos de que llegaran los niños, y aún no les había preparado la ropa para el gimnasio. Conque ése fue su homenaje.

A la tarde capituló entre las duchas de los demás, la merienda, dos llamadas telefónicas, y la visita de Alejandra Rieger. Con dificultad supo dejar algunos encargos para la asistente, que hablaba castellano de Lituania, sólo y exclusivamente, así que entendía casi siempre lo menos importante y ahí te quedas señorita, y no dejó de parecerle una buena coartada la aparición de su cuñada para salir a la calle, y ahora con todas las cartas a su favor. La necesitaba aquella tarde como pocas veces, la Rieger era de las que se negaban a escuchar, con el tesón de un buen adolescente, y eso resultaba perfecto en una tarde como ésa, perfecto poder hablarle si lo único importante era poder hablarle a una pared, decir no puedo con esta situación sin esperar que nadie



Santiago García Tirado



ANA GUILBERT

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

- Un preso que hablaba de Stanislavski

preguntara más. Podría confesárselo todo, estallar en euforia después de haber dado carpetazo a la investigación, pero igual, sustituir en cierto modo esa copa de ron que no podría tomarse con Guillermo, y que por cierto el ron sería tan sólo un té con limón, ni siquiera un café doble, a poder ser Brasil, porque Guillermo y Brasil terminaba siendo un sudor frío de manos, de pecho, de frente, así que té con limón, pero hoy charlando con la Rieger-comodín, y esa forma fantástica de aceptarlo todo tan sordamente, pero ella también sorda e indiferente en la tarde perfecta, contándose todo, que por fin había terminado la investigación, que le importaba bien poco si se publicaba o no, que las mañanas en la cafetería con Guillermo, y esa historia hermosa de Mrs. Wyard, enamorada hasta los huesos del secretario del gobernador de Granada, aunque no hubiesen encontrado una sola palabra, una miserable referencia a su amor entre las docenas de cartas, pero y qué, el amor estaba ahí, se olía su aroma arriesgado entre las frases altruistas que hablaban de la educación de los hijos de los labriegos, de los hijos de los mineros, de las mujeres que a los quince ya se constituían matronas con el destino simplificado, el amor se escondía a

la sombra de las palabras, en los ribetes de las firmas, pero qué poco importaba no haber encontrado más, pues claro Alejandra, qué bonita idea para la comunión de tu pequeño Juan Alejandro.

Con el resumen de las llamadas de la tarde planeó una conversación tonta y fugaz con Octavio, y estuvo segura de que después de eso la noche le depararía un sueño largo, como necesitaba. Sin embargo las fuerzas ciegas que ordenan el territorio de los mortales volvieron a rebelarse contra sus mejores cábalas, y a medianoche se despertó cuando un gemido se le atravesó en

la garganta.

Salió al jardín unos minutos, pero hacía frío. Decidió que debía volver a entrar (siempre alguien podía al amanecer pedirle una razón para conjugar marzo crudo, las cuatro menos veinte, y una casa tan cartesiana), así que optó por la vía intermedia y se acurrucó en un sofá interior junto a la ventana que daba al jardín, y que por supuesto resultaba más conjugable. Bostezó con un libro en la mano, y se empeñó en leer porque sabía que ésa era la medicina, pero bostezó tantas veces sin pasar del primer párrafo que decidió volver al baño en busca de una pastilla de valeriana. Prendió la luz, se miró a los ojos, y entonces se cercioró de que otra vez Mrs. Wyard había tenido la culpa de tanto sobresalto. Otra vez, como siempre, había salido corriendo tras ella por los pasillos inciertos de un palacio andaluz, mientras Octavio, sentado en el patio, fumaba un puro (pero Octavio nunca había fumado), y miraba indiferente la carrera de las dos mujeres por la balconada, ella lanzando al aire las cartas, y Mrs. Wyard amenazándola con el cuchillo de todas las pesadillas, llorando sin cólera cada vez que recuperaba una de las cartas, y se la iba guardando entre la ropa que le cubría el pecho. Ella llamaba a Octavio para que la ayudase, pero Octavio era un éxtasis de humo (y cómo se fumaba un puro si

nunca le había gustado ese sabor ni esa costumbre de fumar), y qué te pasa mujer, Nieves, levanta, y ahora sí, estaba sola, sola con Octavio y sin Mrs. Wyard que se iba marchando con sus cartas por el hueco del patio hacia la noche, pero le dedicaba una última mirada recelosa, Nieves, levanta, por qué así, Mrs. Wyard, y qué si ahora

El ron sería tan sólo un té con limón, ni siquiera un café doble, a poder ser Brasil

tenía tanta prisa, cariño, son más de las ocho, me voy a Madrid a solucionar algunas cosas, otra vez tus pesadillas.

Los amores deletreados

No consiguió dar a la luz los trescientos cincuenta folios de la investigación sin haber dado a torcer su brazo, sobre todo cuando ella y Guillermo formulaban conclusiones. A Guillermo le encantaba llenar el pie de página con docenas de citas, porque en el fondo había pasado una mala adolescencia y le pesaba la inseguridad. Y cuando se trataba de extraer consecuencias del barullo de artículos, reseñas, libros, conferencias y las mismas cartas, optaba siempre por lo que habían dicho otros, aunque aumentándoles el bombo. Las definiciones arriesgadas no sirven si no tienes más de cincuenta años, decía, y no parecía que le hubiera ido mal en la universidad con ese argumento. A decir verdad, ni en la universidad ni en ningún otro sitio, y era tan cierto que nunca asumía riesgos que incluso se había casado con Elena, la única novia conocida que había tenido desde los años del instituto. A Nieves Arrébola le costaba refrenar el impulso. Había leído la correspondencia de Mrs. Wyard con D. Rafael Riánsares cientos de veces, y era lo único que le importaba. Por la insistencia de Guillermo se había documentado a fondo sobre el krausismo, había leído más de veinte libros sobre Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza y la conspicua Residencia de Estudiantes. Luego había acumulado fotocopias suficientes para justificar algún incendio forestal de los medianos, y había derrochado con la vida secreta de los masones, aunque nunca supo qué interés pudo tener todo aquello para la lectura de unas cartas que por sí mismas se bastaban.

Así que lo del amor se lo guardó para sus horas de soledad. Menudo el dislate para hacerse con una reputación de intelectual, una podía ser ligeramente arriesgada aunque Guillermo pusiese sus trabas, pero comenzar una obra erudita haciéndole concesiones al romanticismo era casi tanto como inmolarsé antes de haber hecho la primera comunión. Reconocía que a veces se había puesto en duda sobre sus pesquisas y había tratado de desmentirse, se miraba en el espejo y se decía idiota, idiota, siempre los pájaros rondando por tu cabeza, que lo que ocurría es que terminaba confundiendo las ilusiones con la vida, y la vida era prosaica y tenía sus indiferencias, y su aburrimiento y sus convenciones. A decir verdad tampoco podría sostener ninguna teoría sobre los amores supuestos de Mrs. Wyard y D. Rafael Riánsares, primero porque resultaba un dato al parecer poco pertinente, y sobre todo porque en ninguna carta había hallado una palabra de más que la adentrara en el ámbito de la pasión. Y había intentado dar con ella, por supuesto. Revisó en las cartas cualquier frase que

asemejara una insinuación amorosa, ya fuese por medio de símbolos, o de alguna clave secreta de enamorados. Luego buscó combinaciones de letras, algún posible acróstico entre las miles de líneas escritas, y así encontró cuatro secuencias TE AM, dos veces la secuencia MOR, y diez o doce variaciones del TQU sin llegar a cuajar en nada más tangible, al hilo de unos textos que obcecadamente divagaban sobre la necesidad de una educación laica, y gratuita y universal. Al final miró con lupa cualquier mancha de tinta que alargara el trazo de una letra sospechosa, cualquier voluta innecesaria que pudiera insinuar un corazón, o un falo, o cosa semejante, lo que fuera. Pero harta de milongas que debían de estar sólo en su mente, terminó por perder la esperanza cuando lo único que pudo encontrar fue un anagrama que sólo existió en su imaginación tomando las letras T-E-A-M-O de una página que versaba sobre los ilustrados alemanes. Derrotada, se dijo lo que cualquier ser humano honesto, que buscamos en las historias de los demás lo que le falta a la nuestra.

De toda esta búsqueda acabó por sentirse tan ridícula que no pudo por menos que rezar para que en las charlas con Guillermo Andrade jamás se le escapase una palabra sobre el tema. Se dijo idiota alguna vez más, se miró en el espejo hasta que al otro lado apareció la niña de las trenzas bien atadas con su uniforme de colegial, y ella misma le reprochó lo imperdonable de creer en esos amoríos, con las patas de gallo que se le estaban marcando y las ojeras cada vez más cárdenas y descolgadas, ya no eres una niña, le decía la del espejo, a las mujeres adultas se les exige que tengan los pies en el suelo, y el melodrama era sólo para llorar en el teatro. A Nieves Arrébola le sentó tan mal el sermón, que apagó la luz y la dejó con la palabra en la boca.

Aromas de cafetería

Cinco días después se despertó descompuesta: Mrs. Wyard ya no había vuelto a aparecer en sus sueños. Pensó que la soledad de los días había terminado alargándose hasta sus noches, y esa era ya demasiada soledad. Contaba al menos con el hecho de que había amanecido jueves, y eso significaba que habría reunión con Guillermo en la cafetería.

Desde bien temprano puso un disco de Bola de Nieve, y la mejor parte de la mañana se le fue tarareando penas entre la lista de convenciones que tan bien sabía cumplir. Tuvo una llamada de Octavio, que seguiría en Madrid hasta el fin de semana para solucionar los problemas de las acciones y la compra de unas oficinas en la Castellana. Luego repasó un catálogo de cortinas, mandó a la asistente a hacer la compra, y le encargó un capricho que no supo explicar: hoy tomaría vino verde portugués. Cuando quiso ser consciente de lo que le pasaba, los boleros se le habían metido en los huesos, y hacía rato que no paraba de llorar. Entonces volvió a la historia de Mrs. Wyard.

Según sus investigaciones, Mrs. Wyard había venido a España con la edad de una niña, aunque llevara casada seis años con un lord inglés que había rebasado la línea de los cincuenta ya hacía tiempo. En España conoció la luz mediterránea, la tierra roja recamada de las verdes manchas de los olivos, la mirada adusta de los labriegos como pastores de la Arcadía. En Granada intimó con los ingleses que habitaban las casas vecinas de la Alhambra, reproduciendo sin saberlo los esquemas sociales que había traído de Inglaterra dentro de su maleta de niña. Años después, tal vez antes de sus veinticinco, vivía volcada en las labores sociales, y sobre todo andaba empeñada en escolarizar a los niños de los alrededores de Granada, de Cenes de la Vega, Ogijares, Armilla. Una carta de D. Rafael Riánsares, por la Pascua de 1910 justificaban la sospecha de que debían haberse conocido unos meses antes (el estilo y el trato era aún demasiado formal) y del resto de la correspondencia se deducía que habían sido habituales de los círculos progresistas donde aún se veneraba la figura de Mariana Pineda.

En 1913, Mrs. Wyard y su marido desaparecen de Granada. Vuelven para siempre a su Inglaterra natal, y de allí apenas sabemos de los negocios del lord, que aumentaron con tal

fortuna que, a su muerte dejó una herencia difícil de estimar. No volvieron a España. Ni siquiera mandaron alguna otra carta. Sólo se sabe que a veces enviaron ayuda a un joven intrépido, amigo de la familia, que se había empeñado en venir al sur con la excusa de estudiar las costumbres. Se llamaba Gerald Brenan.

En ese vacío Nieves Arrébola creyó que podía estar la clave de sus estudios. De las más de ochenta cartas que componían la correspondencia entre la inglesa y el español, se entendía una relación estrecha y continua de unos tres años, cierto que en ningún momento la fama virtuosa de Mrs. Wyard podría ponerse en entredicho, como tampoco la del secretario del gobernador. Sin embargo era sospechosa la frecuencia de las misivas, que fue en aumento constante hasta llegar a las dos o tres por semana. Cuando esta relación se interrumpe para siempre, se encontraba en el momento máximo de confianza. Ahí supo que sólo existía una explicación, y en efecto, la más previsible: se habían enamorado. Porque una mujer entiende a otra mujer, incluso con una sima de cien años de por medio. Lo difícil sería demostrar esta parte de la historia, y después justificar su importancia en un libro que abundaría en otros temas más sabios.

Aun sin saber cómo bordar ese ribete se presentó en la cafetería dispuesta a defenderlo, como fuese. Se sentó en la mesa 9, y mientras esperaba a Guillermo Andrade se tomó un vaso de agua natural con gas. Hizo tiempo repasando su agenda, y luego sacó de una carpeta un volumen de folios escritos a bolígrafo, con las notas que Guillermo le había ido pasando a lo largo de todos esos meses de investigación. Las manías de Guillermo se hacían evidentes en los detalles de escolar: los números rojos en cada página, los espacios dobles bien medidos, los márgenes dibujados a lápiz, en fin, se sonrió de encontrar a Guillermo en cada palmo de papel, y aquello le gustó. Fingiendo que descifraba una grafía oscura se acercó el papel a la cara, y aspiró con fuerza: en efecto estaba también allí su alien-



Se sintió feliz y miserable, y rezó algo que recordaba para que alguna fuerza desconocida impidiera que su marido se la llevara para siempre a Inglaterra

to pegado a cada frase, a cada garabato dibujado. Durante los segundos en que la felicidad pasaba por delante de su puerta sólo fue capaz de sentir la comezón de la culpa. Todavía le brillaba el rubor en las mejillas cuando le puso la mano en el hombro Guillermo Andrade.

Guardó con tanta premura los folios manuscritos y con tanto escándalo que resultó una colegiala talludita. Enseguida hizo por llamar la atención del camarero, pidió alguna cosa para beber, y luego metió la cara en su bolso fingiendo que el bolígrafo se le resistía. Pero sobre el cuello sentía cómo se le clavaba la mirada atónita y acaso preñada de lujuria con que la miraba Guillermo.

Nieves Arrébola prefirió empezar hablando de su vida vulgar, de la fiesta de cumpleaños que prepararía para el pequeño, del fin de semana que le esperaba en Burriana con sus cuñados, de esa costumbre kitsch de navegar en yate y pasar las tardes charlando en el Club de Regatas entre más perlas que un buceador de Java. Él habló mucho menos. Habló de su trabajo en la universidad, habló de los planes de ampliación

de su departamento, habló de Krause, y habló de algunos especialistas en historia contemporánea. Después de un trago largo a su café con leche debió dar por terminada su alocución académica, y echando mano de toda su sutileza le preguntó por Octavio. A Nieves Arrébola se le hizo de repente mucho más grande el paisaje estrecho de su vida vulgar.

En fin, a qué molestarse, si Guillermo era así y ella ya lo sabía, Guillermo siempre tan hombre y los hombres, bueno, podría ahorrarse la revisión de todos los tópicos masculinos, aunque encajaban perfectos. Prefirió levantar el libro entre sus dedos y comenzar a explicarle uno por uno los bloques de contenido en que había dividido todo el trabajo. Le dijo acércate, y como no parecía darse por enterado, se acercó ella misma para compartir el momento mágico. La subyugaba el olor de Guillermo, el aroma de animal que manaba de su pelo, de la piel, cómo todo se impregnaba de su aire y acababa formando parte de su contorno, y se alegró otra vez de ser su contorno, y de impregnarse. Repitió la escena como sabía, y se dejó acunar por la salmodia de sus explicaciones, quiso jugar a volverse niña y a estar enamorada sin que en casa lo supiesen, ni papá ni mamá, borrar por unos momentos a Octavio del libro de familia, dejarse devorar por Guillermo, y Guillermo hablando y mirando, tan intelectual y tan serio, y tan sesudo, y tan intangible. Decía algo sobre la conclusión, y ahora sonreía (pero qué importaba lo que dijera, si sonreía), mientras Nieves Arrébola enumeraba con angustia otros puntos de partida, otra excusa futura para escribir cualquier tesis nueva, cómo dejar para más tarde ese problema, Guillermo, ¿no entiendes?, ahora tengo que descubrir algún otro misterio, indagar entre los libros que no importan a nadie la forma precisa de rescatarte, volver a meterte en mis tardes de cafetería hablando de lo que sea, aunque entiendo que a ti te importe tanto Krause, y esos pensadores de hace cien años, bueno, tal vez encuentre otro momento para escucharte mejor, pero déjame un momento, parece que algo me lastima el ojo, y se rascaba tan coqueta con la puntita de su pañuelo que al final Guillermo se acercó, y ella se dejó acercar, y notó que su aliento era suficiente para devolverle la vida.

En el tocador de señoras, mientras luchaba por calmarse, volvió en su mente a la pesadilla de Mrs. Wyard. Recordó cómo la perseguía en un torbellino que semejaba una sucesión de patios andaluces. Repasó otra vez las docenas de cartas de amor que no hablaban de amor, y en la razón última que las justificaría. Pensó en Octavio. Pensó en Guillermo, y en su vida correcta de señora condenada a ser feliz. Pensó en Adán, en Eva, y en el sistema de convencionalismos que inventaron con los siglos los envidiosos que nacieron de su estirpe. Pensó que las hojas con las anotaciones de Guillermo Andrade olían perfectamente a Guillermo Andrade. Pensó que en ningún sitio se escondería mejor el amor de aquellos reformistas que en el propio hecho de enviarse misivas impregnadas del aliento enamorado. Por eso se habían escrito tanto, hablasen de lo que hablasen. Una carta transporta más que un puñado de ideas: transporta vida adherida al papel. Dicho de otra forma, ochenta cartas eran otros tantos besos, otros tantos abrazos.

Epílogo

Antes de salir se empolvó con cuidado para disimular sus mejillas encarnadas. Se retocó el pelo y bebió un poco de agua del grifo, porque notaba que el nudo de la garganta le hacía daño. Se sintió feliz y se sintió miserable, y rezó algo que recordaba para que alguna fuerza desconocida impidiera que su marido se la llevara para siempre a Inglaterra. Luego salió con su paso decidido y el mentón levantado (como había visto que caminaban las mujeres desgraciadas), y vio que en la mesa, de espaldas a ella, un camarero le encendía un puro a Guillermo, que después de todo, nunca fumaba.

(Accésit Premio Ciudad de Novelda, diciembre de 2007).



Manuel Domínguez Moreno

La paz no entiende de componendas

Domínguez Moreno, periodista de larga trayectoria, sorprende a los lectores con su primera novela, *Sitting en el lago*. Caminando hacia el norte, una historia de amor desarrollada en medio de la negociación con ETA y cuyo final provoca la catarsis de una sociedad aterrorizada en la que la razón y la conciencia consiguen superar al miedo. El autor defiende la razón para superar la barbarie terrorista y el diálogo para sortear los atavismos de la intransigencia más cerril.

Una historia de amor en medio del último proceso de paz en Euskadi. ¿Cómo mezcla ambas realidades en un escenario tan complicado como es el País Vasco?

La fuerza del amor me ha servido de metáfora emocional para contraponerla a una realidad, la que se da en Euskadi día a día, la de la falta de libertad y la de la opresión que practican los violentos, que se hace muy dura y difícil de sortear. Este amor apasionado tendrá un desenlace sorprendente en *Sitting en el lago*, una novela que intenta aportar respuestas a preguntas aún sin responder sobre el último proceso de negociación con la banda terrorista ETA. Ser al mismo tiempo un protagonista de excepción en este momento concreto de la historia de este país parece, en principio, que no puede dejar resquicios para el amor, pero yo me encargo de demostrar gracias a mi novela que esto no es así, ni mucho menos.

De la primera a la última página, es evidente el compromiso con la libertad.

La libertad es el bien máspreciado del ser humano y nadie tiene derecho a segar esta aspiración natural, ni tan siquiera enarbolando los principios del nacionalismo. Pero esta libertad tampoco tiene visos de llegar a buen puerto si no anteponeamos a ella buenas dosis de tolerancia, diálogo y coherencia racional.

Hablando de diálogo. ¿Hasta qué punto es importante para un futuro próximo de paz en Euskadi?

Pese al involucionismo perenne que practican los violentos, Euskadi comienza a ver la luz del trabajo bien hecho por parte de los demócratas, que pese a las trampas y adversidades que deben sortear mantienen intacto el sentido de la responsabilidad democrática. El diálogo siempre debe estar presente, pero manteniendo en todo momento los principios democráticos.

¿Con qué espíritu y ánimos se sienta un negociador del Gobierno con los terroristas en un caserío alejado del mundanal ruido?

Mi novela refleja al detalle esa sensación. El último proceso de paz, que terminó en fracaso por culpa única y exclusivamente de los violentos, fue precisamente eso, una oportunidad, y como tal debió ser tomada. Cualquier resquicio para la paz siempre es positivo, pero eso sí, no pagando nada por ello, porque la paz no



entiende de componendas, sólo tiene un camino, el de la libertad.

Mientras los terroristas utilizan el tiro en la nuca para luchar por la 'liberación' de lo que consideran 'su' territorio, usted aboga en este mundo globalizado en el que vivimos por la teoría del Sexto Continente. Eso es lo realmente paradójico. Que mientras unos aún siguen anclados en

el S.XIX y en la lucha por las fronteras territoriales, mi pensamiento sólo mira hacia un futuro que ya oteamos en el horizonte como presente. Ese Sexto Continente está aquí, ante nuestras puer-

La libertad es el bien máspreciado del ser humano y nadie tiene derecho a segar esta aspiración natural de cualquier persona

tas, y no tiene vuelta atrás. No entiende de banderas ni de muros, de idiomas o religiones, de intereses estatales o ambiciones personales. Es el continente de la solidaridad, la justicia social y la dignidad como bienes inherentes al ser humano, capaz de transmitirlo con una actitud activa y comprometida a las generaciones venideras por el bien mismo de la especie.

José Antonio Rey se ha convertido en el ganador del segundo Premio Internacional Vivencia de relato con su libro *Cuentos apócrifos*, obra que le sitúa entre los mejores autores españoles de narrativa breve de la actualidad. Descreído, irónico y sentimental, José Antonio Rey es uno de los nuevos escritores con personalidad literaria más fuerte. Sus personajes, rescatados de derrotas cotidianas son creíbles y, en un relato u otro, acabamos por encontrarnos a nosotros mismos.

¿Por qué el título de *Cuentos Apócrifos*?

Se trata de cuentos aparentemente ficticios, pero que bien pudieran ser ciertos. Juego con esa ambigüedad. De hecho, cualquier persona que lea los relatos puede llegar a identificarse con ellos, bien porque haya vivido situaciones parecidas en primera persona o porque conoce a otros individuos hayan podido pasar por esas vicisitudes.

¿Cuál es la pretensión final de *Cuentos Apócrifos*?

Mostrar mis sentimientos respecto a las distintas facetas de la realidad. Por mi ideología y mi experiencia vital, busco temas básicamente introspectivos y de raigambre social. Me interesa especial-

Al escribir pretendo ahorrar en psicólogos

José Antonio Rey



mente todo lo relacionado con el dolor –más el psicológico que el físico–, con el sufrimiento del alma y la imperiosa necesidad de las personas por alcanzar el equilibrio y la felicidad. Por eso mis personajes son seres anónimos, en muchos casos frustrados, deprimidos, seres secundarios que jamás alcanzarán el éxito y que, todo lo más, aspiran a no ser compadecidos. En muchos casos se trata de personajes subyugados, dependientes, incluso marginales. Dado que vivimos en una sociedad depredadora y manifiestamente injusta, donde el prestigio y el éxito social se miden en función del precio y no del valor, no me cabe la menor duda que mis mensajes y las situaciones que narro están a la orden del día.

Obviamente, se siente identificado con esos personajes. ¿Qué hay de ellos en usted?

No es que me sienta identificado con ellos, es que forman parte de mí. No

me importaría ser portavoz de los individuos cuyo dolor no tiene fecha de caducidad.

¿Qué diferencia hay entre su primera novela, *Un Instituto con Vistas*, y *Cuentos Apócrifos*?

La primera novela era una denuncia sustentada en el esperpento y el humor cáustico del sistema educativo español y la falaz democracia que aparentemente lo preside. Sus 250 páginas obligan a la creación de una estructura, por lo tanto, en este caso, el escritor se convierte en un arquitecto, un albañil y un peón al mismo tiempo, construyendo, ladrillo a ladrillo, los sillares de esa estructura que llamamos novela. Sin embargo, el relato corto se sustenta, al igual que la poesía, en la inspiración de lo inmediato. Por consiguiente, ni los objetivos, ni el ritmo, ni la rima, ni tan siquiera el formato pueden ser los mismos. Obviamente, el relato corto, por su propia naturaleza, posee una mayor intensidad narrativa.

¿Cuál es su pretensión última a la hora de escribir?

Al escribir pretendo ahorrar en psicólogos y, si los hados me son propicios, alcanzar la inmortalidad. Lo de ganar dinero lo dejo para otros.

Servicios culturales y de edición para empresas, ayuntamientos y diputaciones

www.promocioncultural.es

PROMOCIÓN CULTURAL
SERVICIOS INTEGRALES DE CULTURA PARA AYUNTAMIENTOS Y EMPRESAS

Promoción cultural es un servicio de Ediciones Irreverentes, editorial madrileña dirigida por el escritor y periodista Miguel Ángel de Rus, con más de cien libros publicados de autores de primera línea como Fernando Savater, Francisco Umbral, Mario Benedetti, Francisco Nieva, Luis Alberto de Cuenca, Antonio Gómez Rufo, Eduardo Mendicutti, José Luis Alonso de Santos, Horacio Vázquez Riera, Juan Manuel González de Villena, Juan Manuel González, José Fernando Sánchez Dragó, entre otros. Coordinada tres premios literarios, literatura, seminarios de creación, comunicación a importantes empresas edita un periódico literario.

Ayuntamientos y empresas privadas Irreverentes para organizar sus actividades patrocinio, con excelentes resultados tanto como por el impacto en medios de comunicación. Si quiere dar una nueva dimensión a la organización pública, Ediciones Irreverentes que le ofrecerá las soluciones que necesite.

- Organización de Premios literarios
- Ciclos de Lecturas dramatizadas, cuentacuentos y monologuistas
- Exposiciones de pintura y fotografía
- Seminarios y conferencias
- Creación de páginas web
- Comunicación para empresas

PROMOCIÓN CULTURAL
SERVICIOS INTEGRALES DE CULTURA PARA AYUNTAMIENTOS Y EMPRESAS

Llenamos de actividad cultural su ayuntamiento

• Organizadores de la primera edición del Premio El Espectáculo Teatral. El I Premio El Espectáculo Teatral al mejor texto dramático fue ganado por la catedrático de la RESAD y escritora Lourdes Ortiz. El premio se entregó en un acto celebrado en el Pabellón del Espejo, en Madrid. Participaron más de 50 autores de 7 países.

Organización de Premios Literarios

- Organización de Premios literarios
- Ciclos de Lecturas dramatizadas, cuentacuentos y monologuistas
- Exposiciones de pintura y fotografía
- Seminarios y conferencias
- Creación de páginas web
- Organización de Talleres literarios
- Diseño y edición de libros por encargo
- Comunicación para empresas
- Álbum de fotos

- Servicios culturales y de comunicación para ayuntamientos y empresas
- Organización de premios literarios, difusión y promoción en medios
- Edición de libros por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Ofertas para bibliotecas públicas
- Ciclos de animación a la lectura
- Edición de periódicos por encargo
- Realización de programas de radio y televisión y microespacios por encargo



Crítica literaria

por Eduardo Campos Castaño

Crítica mi crítica en ecamcas@terra.es

Mercado de Espejismos

Felipe Benítez Reyes

Como reconoce su autor en la novela, *Mercado de espejismos* es un memorial caótico de unos lances sin porqué, sin para qué y sin más sentido que el que tienen las cosas que nos pasan a cada instante y que sin darnos cuenta conforman una trama misteriosa: el día de ayer resulta inconsecuente con respecto al de hoy, y el de hoy será incoherente con respecto al de mañana, y a ese cajón de sastre le damos el nombre de vida.

Mercado de espejismos trata de la vida de Corina y Jacob, dos personas que han vivido toda su vida organizando el robo de obras de arte, continuando una tradición familiar. Viven retirados a causa de su avanzada edad y porque ya no reciben ofertas. Un día reciben el encargo de robar las reliquias de los Reyes Magos que se conservan en la catedral de Colonia y se ven obligados a aceptar un encargo al que su experiencia les dice a gritos que deben rechazar. Se plantean una serie de giros insospechados que conducen a un final insólito donde la opinión de cada protagonista es diferente y nos muestra cómo es muy fácil tener una diferente visión de una misma realidad.

Felipe Benítez realiza una parodia sutil y demoledora de las novelas de intriga histórico-esotéricas, llenando páginas y páginas de personajes, historias y datos que dificultan la lectura por su espesura y que producen en más de una ocasión aburrimiento y pesar. Felipe tiene un gran dominio de la prosa, utiliza la lengua con precisión, sin renunciar al léxico y agiliza la narración. No obstante, pese al gran dominio de la prosa, la narración no es solvente y se nota desde las primeras páginas. Los personajes son muy planos y no evolucionan fruto de la ausencia de tiempo en la novela. No entiende el autor que la profusión de anécdotas y datos históricos, pese al enorme esfuerzo que conlleva, lejos de interesar al lector suele agobiarle y aburrir, pues si bien demanda aprender algo cuando lee, no necesita un curso de esoterismo o de historia. Felipe Reyes se ha especializado en la concesión de premios literarios (Tiene el nacional de la crítica y el de literatura), y ésta no podía ser una excepción. Recibió el Premio Nadal más pobre de los últimos años.



Velázquez; la magia del espejo

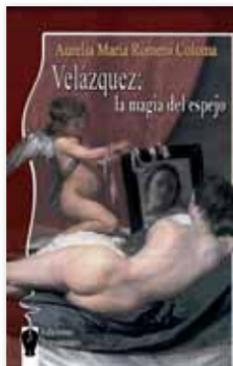
Aurelia M^a Romero Coloma

La fascinación por la obra de Velázquez es universal. Son multitud de estudios los que existen sobre su obra pictórica y sobre su vida en la corte. Es el pintor más universal y el más conocido por el público. Su vida, obra e incluso los misterios de sus pinturas son conocidas por la mayoría de la gente: los espejos, la religión, etc...

Aurelia M^a Romero describe con maestría infinidad de detalles de la vida y obra del pintor universal desde una ficción novelada que alterna la época del pintor con el presente. Siendo un ensayo en muchos momentos, la autora despliega su profundo conocimiento sobre el tema con mucha agilidad y va desgranando toda la obra, cuadro a cuadro, logrando captar el interés del lector. No es una obra técnica pero incluye muchos detalles técnicos; aunque el lector no sea un gran apasionado de la pintura le serán fácilmente identificables las obras y descripciones, así como los personajes o el momento histórico que vivieron.

El argumento es sencillo: varios expertos en arte confluyen en un congreso en el que se va a exponer una nueva teoría sobre el cuadro de Las Meninas. Esta teoría es revolucionaria y podría provocar desencuentros y dolorosos incidentes entre personas que han dedicado sus vidas al estudio de la obra del pintor. La relación entre los protagonistas y la propia historia se perfila suavemente sin profundidad, quizás para que destaque más el verdadero protagonista.

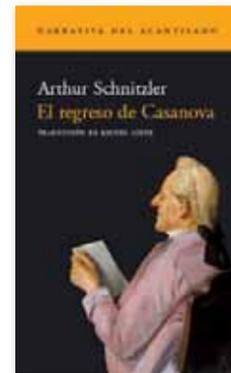
Novela recomendable para amantes de la pintura, estudiantes y cualquier persona que quiera recordar las obra del genial pintor sevillano.



El regreso de Casanova

Arthur Schnitzler

La editorial Acantilado rescata para nosotros un clásico en una edición muy cuidada, de excelente presencia y sugerente portada. En *El regreso de Casanova* Schnitzler nos muestra al personaje universalmente conocido en la faceta de la senectud; es un fantasma que vive del recuerdo, abandonado y arruinado. El seductor, ya entrado en años, cansado de aventuras eróticas e intrigas políticas, descubre un último reto en una joven de gran belleza y sólida formación. Las miradas glaciales que ella le dedica, así como el ardor que ella muestra en sus discusiones intelectuales, despiertan en Casanova su instinto cazador y la certeza de poder alcanzar algo que en toda su vida le había sido vedado: la completa felicidad.



Arthur Schnitzler nació en Viena en 1862 y estudió medicina, especializándose en psiquiatría y manteniendo amistad con Sigmund Freud. A la edad de treinta y un años abandona la medicina para dedicarse a la literatura por completo y su obra se verá totalmente influenciada por su educación y forma de vida en la sociedad judeo-burguesa dominante en la Viena de finales del siglo diecinueve.

La novela revela una extraordinaria modernidad, tanto en el orden psicológico como en el meramente formal. El tratamiento de los personajes es excelente y el autor tiene un gran dominio del lenguaje que le permite sintetizar ideas en pocas palabras. Se nos muestra una faceta de Casanova en la cual la seducción no tiene posibilidad de enfrentarse a la realidad del tiempo y el ingenio debe sustituir a la atracción. Con una concepción formal que recuerda a las novelas ejemplares la acción es muy rápida y el sorprendente final divierte y nos muestra el verdadero poder de la seducción.

Excelente muestra del concepto del amor y el placer a lo largo de la edad con un narrador consciente de su presente y que se autoengañó para tener un futuro. Como toda la obra del autor, imprescindible en su biblioteca.

Círculos Concéntricos

Carmen Matutes

Círculos concéntricos es la novela ganadora de la tercera edición del Premio de novela Ciudad Ducal de Loeches. Tras un comienzo prometedor en que el premio se otorgaba a ilustres y consagrados escritores de la literatura contemporánea, Nieva y Gómez Rufo, se produce un cambio de tendencia y se apuesta por un valor joven y prometedor. Habrá que observar en el futuro a quién reconoce y si es capaz de sobrevivir al buen nombre que tiene. Es una apuesta muy arriesgada que no tiene por qué salir mal.

En la Barcelona de los años setenta un muchacho humilde, Evaristo, vive una vida tranquila con un futuro claramente marcado por la influencia que en él ejercen las mujeres. Su madre y sus novias forman unos *círculos concéntricos* que no es capaz de romper. Su vida no le satisface y desdobra su personalidad en diferentes ambientes que parece controlar sin ningún problema y que individualmente le proporcionan la realización que necesita, pero que son imposibles de unir. En un momento determinado el abandono de su novia tradicional precipita su vida al vincularse a otra mujer totalmente diferente, una intelectual progresista que intenta abandone la cómoda tradición y evite caer en la espiral de acontecimientos que se precipita sobre una forma de vida que se sustenta artificialmente. Su vida se desmonta cual castillo de naipes y cae en una esquizofrenia que le impide cambiar.

Carmen Matutes cambia de registro y escala un peldaño muy importante en su producción literaria. Hay un gran cambio de mentalidad en la novela; los personajes tiran de la historia con fuerza y la historia ahoga por momentos a los personajes en ambientes anaeróbicos muy bien descritos. El tiempo se maneja con maestría y los personajes se definen y cambian durante la novela gracias a su profunda evolución psicológica. Carmen Matutes se inspira en autores de prestigio para realizar su novela y se observan similitudes con Carmen Laforet, Rulfo, Canabal o Hesse. Ya nada recuerda a obras pasadas y Carmen Matutes se consagra con una novela a la que auguro un gran éxito.

La novela se lee con rapidez; se alterna un ritmo rápido con otro más pausado, utilizando la autora el tiempo para marcar el ritmo de los acontecimientos; a veces sosegados y lentos, a veces rápidos y con mucho brío. El desenlace de la novela surge cuando el lector no sabe cómo va a continuar la historia y sorprende por su lógica. No quiero anticiparles; no dejen de comprarla, léanla y disfruten de buena literatura. Al acabar descubrirán a una autora a la que esperaran con ansiedad comprar su siguiente obra.



La identidad de Europa

La Unión Europea existe ya, con un formato u otro, desde hace más de medio siglo, y todos conocen las grandes líneas de su organización política y administrativa. Sabemos bien que no se trata de un pueblo único ni de un Estado centralizado, como buscaban los proyectos anteriores de unificación de nuestro continente, tales como los de Carlomagno o Carlos V, Napoleón o Hitler. En cambio, no existe acuerdo unánime cuando nos preguntamos en qué consiste nuestra unidad cultural y espiritual. Se recuerda, naturalmente, la tradición racionalista y democrática griega, el Estado y la legislación romanos, la espiritualidad cristiana, pero ninguno de esos legados permite identificar Europa con claridad. En primer lugar, porque hay muchas otras características de su historia, y no siempre gloriosas, que forman parte integrante de su imagen. Además, porque esas características dieron lugar a jerarquías distintas entre países e incluso entre regiones de un mismo país. Por último, porque el pasado por sí solo no decide una identidad, ya sea colectiva o individual: la voluntad de actuar en el presente y en el futuro contribuye mucho también a ello.

Se podría partir precisamente de este hecho: la identidad espiritual de Europa no conduce a borrar las culturas particulares ni las memorias locales. Su unidad reside más bien en su manera de administrar las diferentes identidades regionales, nacionales, religiosas o culturales que la constituyen, dándoles un nuevo estatuto y aprovechando esa misma pluralidad. Esa identidad espiritual consiste no en una lista de nombres propios o en un repertorio de ideas generales, sino en la adopción de una misma actitud ante la diversidad. Pero, ¡cuidado!: si la única característica de la identidad europea consistiera en la aceptación de lo diverso, sería una identidad muy débil, ya que podría dar cabida a cualquier ingrediente extraño. En realidad, la identidad reside, no en la diversidad por sí misma, sino en el estatuto que se le concede. Así es como un rasgo negativo y relativo se convierte en una cualidad positiva absoluta, la diferencia



Tzvetan Todorov

se convierte en identidad y la pluralidad en unidad. Porque, por paradójico que pueda parecer, se trata de unidad: de una forma de darles el mismo estatuto a las diferencias.

La ventaja de la pluralidad estriba en que favorece la libertad de cada uno de pensar y de juzgar. Quien no conoce más que las normas de su país está obligado a someterse a ellas; cuando, por el contrario, tiene ocasión de comparar entre normas diversas, distingue más fácilmente los prejuicios o la moda de lo que es justo y verdadero. Al mismo tiempo, la existencia de distintos Estados de un tamaño comparable impide la instauración de un imperio o de un poder centralizado. Esta división supone a veces un freno al desarrollo, pero en general las ventajas superan a los inconvenientes.

La ventaja de la pluralidad estriba en que favorece la libertad de cada uno de pensar y de juzgar. Quien no conoce más que las normas de su país está obligado a someterse a ellas; cuando tiene ocasión de comparar entre normas diversas, distingue los prejuicios o la moda de lo que es justo y verdadero.

Recordemos cómo Cristóbal Colón consigue realizar su viaje inaugural: rechazado por un primer príncipe, el de Portugal, este genovés va a ver a un segundo (el rey de Inglaterra), luego a un tercero (el rey de Francia) y a un cuarto (en España), antes de encontrar en la reina Isabel de Castilla a la mecenas de sus expediciones. Si Europa hubiera sido un imperio unificado, el rechazo del primer y único príncipe habría significado el final de sus proyectos. Igualmente, la censura impuesta en un país ha podido soslayarse por publi-

caciones en el país vecino: afortunadamente los dirigentes, temporales o espirituales, no están nunca completamente de acuerdo entre ellos. (...) La política de la Unión Europea en relación con los países del resto del mundo no puede tener por principio la igualdad estricta, pero se puede inspirar en un ideal de equidad. Esta es una "igualdad matizada", una justicia en el sentido moral y no jurídico. A diferencia de la igualdad, la equidad tiene en cuenta el pasado y el futuro de una relación, su contexto actual, las necesidades y aptitudes de los participantes. En el territorio europeo, los residentes de países extranjeros no pueden tener los mismos derechos que los ciudadanos, pero no habría que olvidar sin embargo que son seres humanos como los demás, animados por las mismas ambiciones y aquejados de las mismas carencias. Si consigue mantener este rumbo, la Unión Europea servirá de ejemplo a otras regiones del mundo por su forma de gestionar las relaciones entre sus múltiples miembros.

El continente europeo lleva el nombre de una joven, Europa, que Zeus, transformado en toro, raptó y abandonó en la isla de Creta, donde ella tuvo tres hijos. Pero Herodoto cuenta una versión mucho más realista de esta leyenda. Según él, Europa, hija del rey Agenor de Fenicia (territorio que corresponde al Líbano actual), fue raptada no por un dios sino por hombres bien corrientes, los griegos de Creta. Vivió después en Creta, donde dio origen a una dinastía real. Por tanto, es una asiática que vino a vivir en una isla del Mediterráneo la que le dará nombre al continente. Esta denominación parece anunciar, desde los tiempos más remotos, la futura vocación de Europa. Una mujer doblemente marginal se convierte en su emblema: es de origen extranjero, es una desarraigada, una inmigrante involuntaria; habita en la periferia, lejos del centro de las tierras, en una isla. Los cretenses la convierten en su reina; los europeos en su símbolo. El pluralismo de los orígenes y la apertura a los otros se convirtieron en la marca de Europa.

Todorov ha recibido el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y Humanidades.

El miedo del escritor

Lo de ir a firmar a las casetas de la Feria del Libro en la capital de las Españas no es para nada un invento beatífico y placentero, salido del literario Parnaso sino del Infierno de las Letras, cocinado en las maquiavélicas calderas de algunos editores. La cosa no podía fallar porque apelaba a la vanidad del autor y si de algo no carece ninguno (y ahí estamos) es de ella. El talento habrá de suponerse, pero la vanidad es segura. Así que cuando la editorial o una librería invitan al autor a firmar no hay uno sólo que se resista. Es más, lo reclaman. No firmar en la Feria es ser menos que nadie. Así que lejos de recelar de la trampa se acude a ella alborozado y si no la han dispuesto se exige su colocación con grandes voces.

La Feria del Libro de El Retiro está situado donde en tiempos estaba la famosa Casa de Fieras. Y tiene mucho que ver. Sólo que en vez de monos hay colocados escritores en las jau-



Antonio Pérez Henares

las. Pasa el personal y los mira, los señala con el dedo o hasta les dirige algún gesto mientras come pipas, pasea al perro o monta en patinete. Algunos compran quizás algún libro. En los stand donde está "Copito de Nieve", claro, hay aglomeraciones para el autógrafo.

La vanidad del autor se resquebraja según pasan las gentes y se consume lentamente el tiempo de estancia. Y ahí es donde caben dos diferentes respuestas. Como en los monos. Los hay que se ponen a hacer monerías buscando desesperadamente una atención o los que se retraen hacia el rincón aguantando con toda la dignidad posible la soledad y las miradas. Hay quien recurre a la familia y toca a rebato a las amistades más cercanas. Incluso puede pedirse a la novia que compre dos o tres libros, que luego ya se los paga.

ese es el momento esperado por el editor. Es cuando, con las ínfulas del escritor por los suelos, y tras consolarlo con toda falsedad y alevosía es cuando le pone ante su penosa realidad y le saca las mantecas. Si vienes a firmar -y ya ves- ya me dirás lo que tengo que hacer yo para venderte el libro, es su mensaje.

erá bienvenido cualquiera que por allí pase, compre o no, y de un poco de conversación y compañía. Da igual si es por motivo de paisanaje, de afición común e incluso en el improbable caso de encontrarse entre los lectores. Pero absténganse los críticos en tan crítico momento. Ya tiene bastante el escritor con los que pasan comiendo pipas y lo señalan con el dedo con gesto unas veces sólo displicente en ocasiones despectivo.



La Catedral

A mis alumnos de Arte

había empezado de nuevo a llover. Durante todo el mes de mayo el tiempo había estado inseguro, a ratos las nubes se disipaban y un sol radiante llenaba de alegría las calles todavía con charcos recientes. El cielo estaba limpio y el aire era diáfano. En cada rincón se sentía estallar, llena de fuerza contenida, la primavera. Había sido tardía, pero quizá por eso tan deseada.

Aquella tarde de viernes el sol acariciaba con delicadeza, sin estridencias, era una tarde que se sacudía todavía las gotas de una mañana lluviosa. Cuando llegué a la puerta de la catedral ya estaban ellos allí. Era un grupo reducido de cinco alumnos. Hacía tiempo que habíamos hablado de visitar la catedral, desde que comenzó el curso. Cada poco tiempo, con cierta timidez, algún alumno me volvía a hacer la misma pregunta:

-¿Cuándo nos va a llevar a ver la catedral?

Yo siempre les respondía lo mismo.

-Cuando haya explicado el arte barroco.

La catedral había nacido a finales del siglo XIV con vocación de edificio gótico, pero cuando hay poco dinero las obras avanzan muy lentamente, el edificio va atravesando el tiempo, la forma de trabajar va cambiando y los nuevos arquitectos que se incorporan a las tareas de construcción van aportando las novedades del momento. El edificio termina siendo una mezcla extraña, no presenta unidad de estilo y eso es algo que siempre desagrada a los más puristas, pero a cambio permite que una profesora como yo, pueda explicar a sus alumnos hasta cinco etapas artísticas distintas sin abandonar el lugar. Además, el tiempo, con sus añadidos, a veces un poco incongruentes, consigue que el resultado sea de una belleza extraña, casi diría que salvaje.

Aquella excursión a la catedral iba a ser apoteósica. Un final de lujo para nuestro curso de arte. Por lo menos yo deseaba que lo fuera. La catedral, como casi todos los edificios longevos, estaba envuelta en una densa capa de leyendas, posiblemente falsas historias transmitidas de padres a hijos, pero ahí estaban, sumergiendo su majestuosa presencia en el misterio más profundo.

fue uno de esos misterios, de los que tanto había hablado durante mis clases a mis alumnos, lo que nos hizo olvidarnos de que el tiempo avanzaba y que la catedral, como cualquier otro edificio abierto al público, tenía también una hora en la que sus puertas se cerraban y el silencio se desplegaba entonces por todo su interior. La catedral se vaciaba de visitantes y feligreses y el sacristán con su campanilla sonando por todos los rincones iba cerrando capillas, apagando luces, comprobando que todo estaba en orden. Después, las puertas inmensas de la entrada principal se cerraban y el eco del golpe seco que producían al cerrarse se extendía por el interior del edificio.

-¿Habéis escuchado un golpe?

Mis alumnos y yo nos detuvimos. Nos faltaba la respiración, pero no era por el prolongado esfuerzo de subir aquella interminable escalera de caracol por la que apenas cabía el cuerpo de una persona. Era por la falta de oxígeno. La última ventana desde la que nos habíamos asomado para ver la plaza que había delante de la fachada principal y desde la que divisamos minúsculos cuerpos yendo de un lado para otro, había quedado muchos metros más abajo. La oscuridad se hizo total, pero mis alumnos y yo íbamos preparados. En nuestras clases de arte ya habíamos hablado de aquello, cada uno llevaba una pequeña linterna. Hacía algún tiempo, durante otra visita, había descubierto una minúscula puerta escondida detrás de un grueso pilar. Con el corazón palpitándome con fuerza, abrí



Isabel María Abellán

la puerta y descubrí aquella oscura escalera que, retorciéndose sobre sí misma, iba recorriendo por dentro la fachada principal de la catedral.

-¿La fachada tiene doble muro?

Mis alumnos estaban fascinados. Es como estar emparedado, les dije. Es tan estrecho el espacio que apenas cabe una persona, no podemos llevar mochilas, ni bolsos, no hay espacio para tanto, las escaleras hay que subirlas de lado y apoyándose en las paredes llenas de telarañas, no hay barandillas y la luz de pronto desaparece porque a partir de cierta altura ya no hay más ventanas.

-¿Dónde puede ir a parar esa escalera?

-Puede terminar en la parte superior de la fachada o continuar, inclinándose, por el interior de la gran cúpula que hay detrás de la fachada.

La cúpula no se puede ver desde fuera, la fachada es tan inmensa que la oculta.

Cuando escuchamos el golpe seco de la puerta principal al cerrarse, nos quedamos todos en silencio. El corazón nos latía muy deprisa por culpa de aquella dura ascensión, por la falta de oxígeno y por el miedo. No queríamos hablar de ello, pero todos compartíamos el mismo pensamiento.

Descendimos intentando no perder el paso y caer, los escalones eran tan estrechos que había que palpar la superficie en la que nos íbamos a apoyar con el pie. Por fin, el alumno que iba en cabeza llegó a la base de la fachada.

-La puerta pequeña está abierta.

Respiramos con alivio. Por lo menos no íbamos a pasar la noche emparedados dentro de la fachada de la catedral. Salimos a la nave principal y al principio nos invadió la risa. Parecíamos náufragos recién desembarcados en una isla. Teníamos la cara negra por el polvo acumulado durante siglos en aquellas paredes. Nuestras ropas habían cambiado de color, por mucho que nos sacudíamos una y otra vez, el polvo de aquellos muros centenarios se había incrustado en nuestros pantalones y camisetas.

Pero entonces fue cuando nos dimos cuenta de que estábamos solos en aquel inmenso edificio. Recorrimos todas las puertas, la catedral estaba herméticamente cerrada. Derrotados, nos sentamos en los bancos del altar mayor. ¿Qué podíamos hacer? De pronto, una de mis alumnas se puso de pie y sacó de su bolsillo un móvil.

-No sé si aquí tendrá cobertura.

Empezó a marcar el número de su casa, pero en ese instante escuchamos un leve ruido. Nos

La catedral, como casi todos los edificios longevos, estaba envuelta en una densa capa de leyendas, posiblemente falsas, historias transmitidas de padres a hijos



¿Podría el sacristán cerrar aquella puerta minúscula, marcharse y dejarnos allí encerrados? El aire era irrespirable y la oscuridad apenas se deshacía un poco cuando enfocábamos nuestras linternas hacia algún lugar del muro. En el instante en el que el golpe seco y rotundo de la puerta resonó en el interior de la catedral nosotros nos encontrábamos en la parte más alta de la cúpula, allí donde en otros lugares se abre una linterna que permite iluminar el interior de la inmensa bóveda. Pero aquella era una extraña cúpula, el arquitecto que la diseñó la hizo hermética, la cerró completamente y no dejó que ninguna abertura permitiera que la luz entrara en aquel angosto lugar.

Nuestras piernas empezaron a temblar, era por el esfuerzo del ascenso. Pero ahora también teníamos miedo, un pánico inmenso.

miramos todos. ¿Qué ha sido eso? De pronto, uno de mis alumnos dio un salto y se apartó de aquel lugar. ¿Qué pasa?

-Son tumbas. Estamos encima de tumbas

-Sí, pero los muertos no hacen ruido.

Guardamos silencio, el ruido se iba acercando, seguía siendo muy leve, pero sentíamos que se aproximaba a nosotros. Nos fuimos acercando unos a otros, al final nos abrazamos.

-Si permanecemos unidos no nos podrá hacer nada.

En ese instante, justo cuando sentíamos que las fuerzas nos abandonaban y que íbamos a sucumbir al terror hacia lo desconocido, escuchamos el rumor de una campanilla y, un instante después, de detrás de un inmenso pilar, emergió, envuelto en la oscuridad vacilante de la catedral, la figura menuda del sacristán.

<http://isabelmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El último invierno
- La línea del horizonte

Homenaje a Balzac

Grandet cerró haciendo girar varias veces la llave en la cerradura, luego, guardó el voluminoso manojito de llaves en el bolsillo de su guardapolvo y bajó con lentitud las escaleras. Desde el comedor ascendía el olor a sopa de todos los jueves. En el reloj del comedor sonaron las doce campanadas del mediodía. Desde hacía más de veinte años Grandet vivía inmerso en la misma rutina, sin embargo, por nada en el mundo hubiera permitido transformarla. Llevaba un escrupuloso control del dinero que había prestado a sus vecinos, revisaba diariamente el capital pagado por cada uno y calculaba cuántos intereses le quedaban aún por cobrar. Con meses de antelación conocía con exactitud la elevada cuantía de sus ganancias.

Sin embargo, en medio de aquella rectilínea existencia había un duro contratiempo. Era su esposa. Había cortado durante largos y cansados años a la jovencísima hija de un noble terrateniente, un hombre alegre al que en absoluto interesaba el cuidado de la tierra. París era su afición favorita y en los placeres de aquella ciudad malgastaba, para desesperación de Grandet, la herencia que él tanto ambicionaba heredar. Pero cuando su esposa enfermó se negó a declararlo su único heredero, su venganza a una vida de obligada renuncia fue dejar toda su herencia a su hija. Fue su castigo por condenarla a vivir en aquel pequeño pueblo de Saumur. Sólo una vez desde que se casó pudo escapar a aquel encierro, fue cuando murió una tía suya, hermana de su padre. Ella y su hija Eugénie marcharon a París donde permanecieron por espacio de un mes. Un período demasiado corto para poder aliviar tantos años de tedio.

Su esposa murió durante un duro invierno. Siempre se había quejado del frío húmedo de aquella casa, pero Grandet se negó a arreglar las destaladas ventanas por las que se filtraba el aire frío de aquellos campos helados que rodeaban la vieja mansión. Durante diez largos meses el invierno se instalaba en aquellas inmensas llanuras, la muerte envolvía aquella naturaleza gris. La tristeza de aquellos bosques sin vida se fue adueñando del ánimo de su joven esposa. El médico dictaminó que su muerte había sido provocada por una pulmonía mal curada. Pero Eugénie sabía bien qué era lo que había matado a su madre. Durante toda su infancia había compartido con ella sus sueños de luz y sol junto al mar cálido de la Costa Azul. Cuando su enfermedad se agravó Eugénie imploró en vano a su padre que le permitiera viajar con su madre hacia las tierras cálidas del sur. Grandet jamás las escuchó. Cada día, cuando terminaba su comida, sin despedirse siquiera de las dos mujeres, se levantaba y regresaba a su siniestro santuario, donde con escrupulosidad enfermiza seguía contabilizando el progresivo aumento de sus ganancias.

<http://isabelmabellan.blogspot.com>



aquella mañana fría de marzo, sentado a la mesa esperó en vano a su hija Eugénie. El tiempo se desplomaba lentamente mientras la sopa se enfriaba. Al fin, desesperado por la tardanza, hizo sonar con rabia la campanilla. La vieja criada acudió presurosa. Asustada, permaneció en el umbral de la puerta del comedor, sin atreverse a acercarse a la mesa. Grandet la miró con ira. La pobre mujer agachó la cabeza. Entonces, un presentimiento estalló

dentro de aquel cuerpo avaro. Grandet corrió a las cuerdas. Allí, apoyado en el portalón de madera, contempló el lugar vacío, en el suelo, las huellas de la huída. Su hija había tenido la tremenda desfachatez de hacer realidad el sueño frustrado de su madre. No era necesario preguntar, porque sabía que aquella vieja y desdichada criada nunca hablaría. Ella había escapado hacia el Mediterráneo, hacia a aquel sur en el que su madre siempre quiso buscar refugio.

El último invierno y otros relatos, la confirmación de Isabel María Abellán





Confines del Algarve

Suroeste. El verdadero confín del mundo occidental, de nuestro reducido, contradictorio, sangrante y poderoso círculo del universo. El océano se bate con los rompientes y los escarpados antiguos del Cabo de San Vicente; al paio de un faro adelantado hacia la otra orilla del Atlántico. A su izquierda, en una lejanía próxima, la fortaleza de Sagres, peninsular y sacra, guarda en sus cimientos los secretos del Temple y de cierto infante ambiguo, Enrique el Navegante; una gran rosa de los vientos abierta en su explanada. Entre ambos, fortaleza y cabo, una brevedad castreña, Beliche, se descuelga hasta bahías altas y rocosas, a través de lienzos de muralla modesta y torreones gastados. El viento sopla, con un gemido uniforme, sobre las cimas llanas de la costa, apenas cubiertas por arbustos ralos, rodajas de erizos y plumas perdidas de gaviotas muertas. En Beliche mandan los silencios, las voces de doncellas marinas desaparecidas en plena pubertad, las conchas solas y fósiles, y la quietud del perfil de San Antonio, distante de las barbacanas catedralicias de su Lisboa natal, refugiado ahora en una ermita desplegada al borde del abismo azul.

el camino hacia Lagos es irreal, trazado por encima del tiempo, huidero de las leyes y de la historia. Portugal forjó su primer mito en esta desolación, en el mito del santo viajero, escoltado por cuervos reales hasta el peñón sagrado, santuario del dios céltico de las grandes aguas, cenobio luego de escatologías mozárabes, hasta donde un Rey Pescador, inicial y visionario Afonso Henriques, cubriría travesías para rescatar reliquias con las que alentar una idea carnal. Olivos pegados a los terrones, esqueléticos, y viñas torpes y anémicas, caseríos mermados por el sol, mallazos abandonados, y un menhir, pulido y curvo, entre matojos de orzagas, blancoplateados, en los aledaños de un pueblo inerme, Vila do Bispo. El paisaje llama a la aparición de algún jinete místico, de garguz afilada y golubas jaldes, rosario de amatista, avanzando hasta los límites del mar para enflaquecer entre oraciones y arrepentimientos.

La radio del coche comienza a funcionar por su cuenta. Nadie la ha tocado. Esmeralda, mi amiga lisboeta, tiene bastante con conducir esta birria de Citroen de los años cincuenta. Su habilidad como chofer es mínima. Nos miramos; para comprender que ninguno hemos girado las ruedecillas grises del aparato. Suena La flauta mágica de Mozart. El viento eleva el tono de sus quejidos. Esto debe ser una broma, regalo de una fuerza maligna e incontrolada. Si lo es, no tiene ninguna gracia...

Lagos se presenta tras una hondonada de lamedales y huergas secas, entre manchas de saúcos, higueras enanas y arrayanes. La radio se para por sí sola. Y el viento calla de repente. Como comienza el estallido del crepúsculo.

desde nuestro nuevo refugio, en la colina do Pinhão, el litoral se estira en un cuarto creciente de extremos puntiagudos: cerca, las grutas rojas horadadas en los acantilados; al término del horizonte las azoteas y arenales del Portimão; al costado, el espigón, las murallas y los pinares de la vieja Lacobriga, solar de los cempsí enemigos de Roma y del Oriente. Esmeralda me ha prometido esta noche una incursión



Juan Manuel González

en el misterio, algo inusual en ella, devota en apariencia del materialismo histórico, enemiga de zarandajas religiosas y canonjiles. El misterio; el mismo que aprecié hace poco observando los grabados vicentinos de un Libro de Horas compuesto hacia 1517, patrimonio de un tal Don Manuel Antonio de Holanda; el misterio y sus cuervos, el mismo que recuerdo evocado por Sá-Carneiro en las páginas de su Ceu em fogo: “desde criança adivinhei que a única forma de volver rutilante uma vida, e bela, verdadeiramente bela em ameias marfim e ouro, seria lograr referila ao misterio, inclui-la nele.” Y descubro que Esmeralda, ojos verde encina y brazos tremendamente blancos, está llena de claroscuros, henchida de tentaciones y de tinieblas.

descendemos por la Travessa das Almas hacia la Rúa Mendonça, la tarde se agota en golpes lilas y anaranjados hasta desmembrarse en una negrura luminosa; torcemos por la rampa de Silveira, traspasamos la línea



<http://www.juanmanuelgonzalezadler.com>



Últimos libros del autor:

- Fuego sobre las olas
- El tacto del vacío
- La llama del brezo
- Signos sobre la ceniza
- El sol de octubre
- Cuaderno de combate azul
- De sobras y transfiguraciones
- Viajes antiguos

de Julio Dantas, y llegamos ante la casita azulejada del Clube Artístico, en pie desde 1872. Ella tamborilea con suavidad la puerta. Y sus tentaciones, y sus tinieblas, se funden, nos acogen, enérgicas sin brusquedad, penetrándonos. Envenenado en París de su propia mano, el poeta me envía otra vez una recomendación: “procurando, descendo ben as trevas, acumulando imperialmente enigma sobre enigma. Oh... de balde, de balde, até hoje, tenho buscado segredos para ungir con eles a minha existencia, inmortalizá-la de Sombra...” Al final de un corto corredor, más bien vestíbulo, un teatrillo decadente, con aroma doble de juegos florales decimonónicos y coristas regordetas y complacientes, nos ofrece un oculto viaje. Tiene las paredes recubiertas de largos paños negros, un altar de madera pintado de rojo, con dos cruces latinas de plata e invertidas a cada lado, y una alfombra estrellada, color cinabrio, sobre baldosas de monocromía monacal. Tres hileras de jóvenes encapuchados, semidesnudos, hábitos trinitarios entreabiertos, se arrodillan alrededor de un minúsculo lecho de satén amarillento. En cada ángulo, cuatro incensarios de cobre humean, bajo ellos la cera ilumina y se derrite en sarpullidos de candelabros judaicos. Siete cuencos. Siete parejas de estrellas de Sión. Cuatro flores de estaño, señalando los vendavales. Siete bronce de sellos salomónicos prendidos en cada muro. “Oh! Que ânsia leonina de me abismar na Sombra, e vivê-la! vivê-la!”.

Esmeralda ya no está junto a mí. En su lugar, alguien ha puesto sin hacer el menor ruido un espejo de pie, oval, enmarcado en caoba. Me miro en él y apenas me reconozco. Delgado, muy delgado, con los párpados oblicuos y los labios aún más finos que de costumbre. Una mano me tiende ropas talaras. Desnudo, sin prisas, me enfundo en ellas; las llamas de las velas oscilan apretadas contra el cristal. Las hileras de fieles se pliegan sobre el suelo. La sangre pasea con dificultad en mis venas; se me agolpa en la nuca, bajo el mentón, en el corte de cada muñeca...

Aparece tras el altar. Más alta, más segura, más atrayente y peligrosa. Su sonrisa es cruel y dulzona, sus pechos se arquean en dos botones morados. Rígida, una muchacha de pelo crespo y opaco deja caer su hábito y se adelanta hacia el lecho. Boca arriba, se abre como un aspa, los miembros tensos y separados, la cabeza vertical, suspendida sobre el vacío. Esmeralda susurra las invocaciones de Goecia, el texto prohibido de Alexis Crowley; conozco sus párrafos, palabra a palabra, y sigo sus sonidos desde mi interior. Cáliz de vidrio negro. Sorbo a sorbo, la joven se re-

Esto debe ser una broma, regalo de una fuerza maligna e incontrolada. Si lo es, no tiene ninguna gracia...

laja, pende lacia del lecho; su sexo, hermoso y distendido, tal vez todavía virgen, domina el espacio con un imperio que no admite resistencia. No respira. Aroma de podredumbre, de fruta mulata y caribeña. Una cenefa de saliva le cubre los dientes. El misterio. Camino hacia ella... Sensación de agua y luna. “Abriram-se-me no cerebro compasos de pontas de ágata... Oh! A luta imposible contra a realidade!... Se ao menos, por fim, a loucura me envolverse... Ainda seria abismar-me nuna grande Sombra...”

Palpo su cintura. La luz, certeza tosca, material, desaparece. Largo instante. Nada es real; la vida no es real, la muerte, la propia muerte, tampoco.

“-Se eu fosseun sonho, também?”.

La plaza paralela al mercado de Lagos tiene hoy los adoquines levantados, y una estatua de alabastro blanco con vetas azules ha sido arrumbada debajo de un sicomoro. Es un torso desnudo de mujer, sin cabeza, brazos, ni piernas, una diosa bella y descuartizada, que aguarda el final de unas obras provincianas para recuperar su puesto frente al mar.

Tengo el día gastronómico, no de trasegar, sino de ver... Curiosear en los mercados es algo que me atrae desde la infancia, cuando de la mano de una de mis abuelas recorría los puestos y vericuetos del mercado central de Los Carabancheles. Era un escaparate inmenso, de olores contrapuestos, en el que dos o tres veces por semana pasábamos un par de horas “haciendo la compra”. En el

piso alto se acumulaban las hortalizas y los pescados, mis dos componentes alimenticios preferidos, sabiamente dispuestos en mostradores de piedra porosa y alambreras de hierro y aluminio corroídas de luz y limpieza. También las frutas, en cestos de asas trenzadas, y las aceitunas, encurtidos y variantes, en barreños de barro y tarros de cristal basto. Verdor y vida, griterío y componendas, y el chirrido de las pesas de las balanzas romanas marcando una y otra vez el precio a pagar por cada compradora. Mujeres y niños, sólo había hombres en las pescaderías, despachando, destripando merluzas, meros, pescadillas, reos y chicharros con una maestría que me asombraba, preparando los despojos de tripas y cabezas en grandes papelones para los gatos de la vecindad. En el piso bajo estaban las carnicerías y los tenderetes de legumbres, mezclados, en una especie de hermandad entre la sangre y lo germinal, hermandad abanderada en los pequeños hatos de perejil y las orzas de judías pintas intercalados entre costillares, solomillos, perdicines sin desplumar y cabezas de cordero aún no desprovistas de sus ojos y sus lenguas. Frente a la puerta, en invierno y otoño, había una asadora de boniatos y mazorcas, que hablaba en gallego y tenía un azucarero alto y de latón gastado, lleno hasta los bordes. De principio a fin de los pasillos los desechos se esparcían en montoncitos cuidadosamente medidos, crecían las retahílas de las huertanas vendiendo sus productos, y muy de tarde en tarde algún policía municipal, pechera azul marino y botoncillos dorados, palillo en los labios, hacía como que tomaba notas en su bloc y me dedicaba guiños al pasar. Entonces los chaquetones y correajes me atraían... Ese mercado fue mi primer encuentro con lo colectivo, y nunca he dejado de reconocer destellos y jirones de él en todos los zocos luego vistos, desde los de flores y salazones del Báltico, hasta los de frutas de Grecia y Chipre, o los de perfumes y especias de Turquía y Marruecos. En todos, como centro, la misma pulsión de viveza y destrucción, los mismos semblantes directos, escarlatas, plétóricos de músculos y energías.

El mercado de Lagos participa de esa comunión entre crimen y humanidad, ese canibalismo revitalizante que mueve el motor de nuestro ser y nuestros espacios. Tiene, eso sí, su propia personalidad, no hay vocerío, y domina en él lo salino y oceánico, lo abisal. Al pasear entre sus luces y sus escamas, Esmeralda me va enseñando los nombres en portugués de las cien variedades de peces y mariscos que se apilan en largos tabloncillos de hielo picado; hay estiradas criaturas de hocico fino, serpentiformes, otras panzonas y listadas, otras con crestas bermejas y aletas membranosas, otras, en fin, negro-azul de colas potentes y retorcidas. Tenazas, antenas, aletas, valvas lisas o con pinchos, de colores llamativos, morrenas de colmillos cortos y piel resbaladiza y ajaguarada... Aquí los vendedores son en su mayoría hombres, de caras atezadas y gorrillas pardas, con visera corta, los dedos de las manos deformados por la humedad y el contacto con las algas... Uno de ellos le regala a Esmeralda un enorme mejillón lleno de lapas; es un gesto que les resulta a los dos normal, inocente, tal vez heredado de la atenta costumbre que en tiempos de revoluciones como éstos tenían los monjes cristianos y los santones musulmanes del



<http://www.juanmanuelgonzalezadler.com>

Cabo de San Vicente: dar de comer a todos los peregrinos, al margen de las creencias que profesaran.

San Vicente, monasterio-mezquita del que ya no queda más que la memoria; cauce de tolerancia y de secretos compartidos. Allí el ascetismo de los seguidores de Cristo genuinamente hispánicos moraba al lado de la hospitalidad islámica. Al amparo de las alas de cuervos de estirpe levantina, tozudos y milenaristas, que sólo huyeron hacia el norte para ayudar en la fundación de un nuevo reino cuando la barbarie almorávide, desatada desde la Montaña de los Dátiles en la sahariana Chinguetti, arrasó aquel refugio atlántico. Desde ese día, la claridad mozárabe, vestida de estameña, y la elevación taswwuf, recubierta de túnicas

resguardados por mesnadas de robles jóvenes, atentos al arrullo somnoliento de los roquedos, los arcos del claustro derraman su brillo, venusiano y materno, sobre el viajero.

Ensueño. Un temblor de capas blancas y cruces rojas revive en las vulvas del aura vegetal que lo circunda. Movimiento medroso y atrevido, vigoroso y endeble. Conocedor del credo firme de todos los herejes, rebeldes, relapsos, adormecidos en los senos túrgidos y rutilantes de piras y patíbulo. El amanecer estalla, desgarrando las entrañas de los cirros nocturnos, colma de chispas la pereza de la sierra y teje una corona de poder para los muertos.

acólitos de Eleusis, druidicos, priscilianistas, adoradores del Bafomet, cataros y sufís, insurrectos constantes enamorados del destello de deidades prohibidas, los freires de la luz funden sus cuerpos en un anillo que protege la pátina misteriosa de las piedras. Herencia no venal. Proclama irredenta de lo humano. Faz monacal y guerrera arrebatada al imperio incorrupto del olvido. Sus nervaduras truncadas, el cariz alado de sus bóvedas marchitas, la placidez húmeda de sus estancias subterráneas y hasta el acontecer de sexo y sangre que jalona su espíritu se elevaron un día, fugaz y temerariamente, por nosotros.

esto núbil y manos seniles, una forma inaprensible desenterrada codicilos, desbrozando con el canto de las uñas hebras de humus milenario, sudor de verracos vetones, reposadero y abono de girasoles emparejados. El vapor replegado sobre su perfil, nórdico y oval, se filtra a través del rosario de esco-

riaciones que roe el círculo seco de los sauces. Amante del ulular silente de la hierba saucedada, contornea los muros buscando amparo en cavidades iniciáticas, y se pierde bajo un estanque, minúsculo receptáculo de rocío, en el que una guardia de palomas ensaya sus abluciones torcaces.

En la heráldica críptica de la capilla resuena un quebrar de atanores y relieves clandestino, clamor de felonías torturantes que recoge el rechinar de picas y cepos noctámbulos. Algarabía de grilletes sedientos de allendidades. Pero el estrépito se abandona en el regazo albino de la mañana. Un viejo arce cruza desnudo los campos. Vuela lenta la escarcha. El cuervo real persigue el encanto del disco solar creciente. Y aún, caballeros del umbral estrellado, no se escucha en los tapias el grito horrible de las tormentas de invierno.

(* San Vicente: Patricio cristiano muerto el 287 en Valencia, cuyos restos, venerados por musulmanes y mozárabes, se guardaban en los confines del Algarve, y que da nombre a un monasterio templario construido en la serranía toledana de igual denominación.

Nota del editor:

El gran amigo y gran escritor Juan Manuel González nos envió este relato poco antes de dejarnos para siempre. Desde Ediciones Irreverentes queremos que sea un mínimo homenaje para un hombre tan grande al que nunca olvidaremos.

Ensueño. Un temblor de capas blancas y cruces rojas revive en las vulvas del aura vegetal que lo circunda.

de lana, avanzan subterráneas, aflorando con tiento, y espaciadamente, en enclaves escogidos y cada vez más remotos.

mientras nos alejamos del mercado, hacia el pequeño faro que anuncia la entrada de las mareas en la ría, recuerdo otro San Vicente, visitado no hace mucho; en ruinas, reconocible entre la dentadura de una cordillera toledana que nace en los pedernales y pozas del Tietar. Visión que llega paso a paso... Allí, al alba todavía, la fibra de oro del viento alza el llamador femenil, tracería visigótica y mineral forjado, de un portón vacío; empujando los rizos de la aurora, su incendio rutinario, al interior del esqueleto berroqueño, monasterio y altar del Temple, donde la penumbra custodia corolas de evocaciones. Entre un estruendo de adargas montañosas,



Dicen que han dicho

Algunas frases de destacadas (y menos destacadas) figuras del mundo de la cultura en los últimos días. A contracorriente de las versiones oficiales. Desde lo sublime a lo absurdo, que cada uno juzgue, si le viene en gana.



«La religión complica todos los conflictos». **Dominique La Pierre, escritor. (Diario Alerta)**

“Si desapareciera ETA, quince días después Euskadi sería tan española como lo es Burgos”. Esta aseveración –de un batasuno ante un periodista- expresa también la preocupación de todo el nacionalismo ante “el día después”. Convencidos de haber estado destinados a recoger las nueces mientras los etarras meneaban las ramas, los políticos nacionalistas se debaten en torno a lo que les espera tras la desaparición de ETA, cuando tengan que ser ellos los vareadores del nogal. Por eso Ibarreche y su cuadrilla plantean el referéndum sobre un supuesto derecho a decidir.”

Joaquín Leguina, escritor de Ediciones Irreverentes, en www.joaquinleguina.es

“Divertirse es imprescindible, no lloriquear”
Javier Pérez Reverte, escritor, en El País

“Todas las publicaciones tienen su pornografía: esas páginas de decoración y de cocina que estimulan la imaginación. Secciones que te hacen desear lo que no existe. Al menos para el 95% de los lectores. Esos áticos, ¿quién los tiene? Y ese plato, que nunca queda igual: merluza, cebollas, pimientos, ajos y guindas tiernas de malvavisco limeño caramelizado. A Ferrán Adrià acaban de nombrarlo doctor honoris causa por la Universidad de Aberdeen. Enhorabuena. Pronto los platos sustituirán a los libros en los suplementos culturales. Buen provecho.” **Antonio Orejudo, escritor, en Público**

En un tren del suburbano de Nueva York se puede leer en español «Si ves algo, di algo» y, en inglés, «If you see something, say something». Son dos anuncios que hacen referencia a una campaña para que los pasajeros denuncien las irregularidades que puedan ver en el metro. El mensaje está en dos idiomas, español e inglés, y quieren transmitir lo mismo. A veces se puede ver un cartel al lado del otro. ¿Por qué se redacta en inglés y en español? Porque Nueva York es bilingüe.
Marta Torres, periodista, en La Razón.

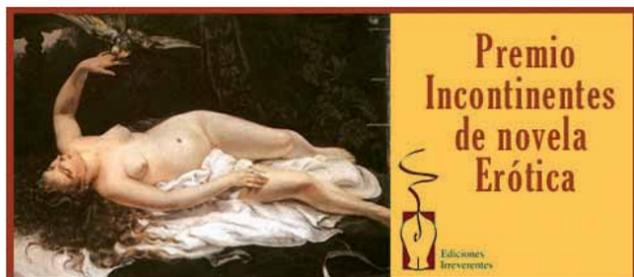
“El de los 20 es un manifiesto separatista contra nosotros. Quieren expulsarnos de España a los que hablamos gallego, catalán o vasco”. **Suso del Toro, bobo del Reino**



“Ya está otra vez aquí. ¿Lectores? Pocos. ¿Espectadores? Muchos. ¿Escritores? A puñados. Y yo entre ellos. ¿Feria del Libro o feria de vanidades?” **Fernando Sánchez Dragó, escritor de Ediciones Irreverentes, en www.sanchezdrago.com**

«La única manera de contar lo verdadero es bajo el disfraz de la invención».
Javier Marías, escritor (Diario Alerta)

El verano es ante todo y sobre todo exhibición. Y ojala fuera tan sólo de la carne, o si me fuerzan de la que aún tiene un contemplar. No. Las gentes exhiben lo que pueden. Del yate a la paella, de la lorza al estirado, del peluco falso al collarón de oro, del depilado al pecho lobo. Cada uno lo que tiene. Este país ha perdido la vergüenza y so pretexto de perder complejos, a veces ha perdido el mínimo sentido de la estética **Antonio Pérez Henares, periodista y escritor, en Periodistadigital.com**



BASES

1.- Podrán concurrir al premio aquellos originales que reúnan las siguientes condiciones: Ser novelas eróticas inéditas y estar escritas en español. Tener una extensión mínima de 120 páginas, formato DIN A-4, a espacio y medio, Times 12 ó similar, por una sola cara,

sin haber sido premiadas o hallarse pendientes de fallo en cualquier certamen.

2.- Se establece un primer premio de 1.000 euros. Este premio será considerado el pago de los derechos de autor que genere la primera edición de la novela, que será editada por Ediciones Irreverentes.

3.- Los derechos de autor de posteriores ediciones serán del 10% sobre el PVP del libro sin IVA. El otorgamiento tanto del premio como del accésit -si lo hubiera- supone que los respectivos autores de las obras galardonadas ceden en exclusiva a Ediciones Irreverentes S.L., todos los derechos de explotación sobre esas obras en plazo marcado en contrato.

4.- Cada autor podrá presentar cuantos obras desee, enviando una única copia con páginas numeradas, mecanografiadas, y sin la firma del autor, sustituida por seudónimo escrito en

cabecera, acompañada de plica cerrada, con el mismo título, que contendrá nombre y apellidos, domicilio, teléfono y correo electrónico del autor (obligatorio), así como una breve nota biográfica. El autor se responsabiliza de la autoría y originalidad de la obra. La obra estará cosida o encuadernada.

5.- Los trabajos se enviarán por correo a Ediciones Irreverentes, C. Martínez de la Riva, 137, 4ªA. 28018 Madrid. Indicando en el sobre: I Premio Incontinentes de Novela Erótica. El plazo de recepción de originales comienza el día 30 de junio

de 2008 y expira el día 15 de septiembre de 2008. Se aceptará como fecha válida la consignada en el matasello del sobre. Los participantes que residan fuera de España podrán enviar su obra por correo electrónico, enviando la obra en word y un documento de word adjunto a modo de plica, al correo edicionesirreverentes@gmail.com

6.- Ediciones Irreverentes formará un jurado compuesto por cinco personas. La obra ganadora será aquella que logre la mayoría de los votos. El veredicto del jurado será inapelable.

7.- El fallo será anunciado a los medios de comunicación en un plazo no superior a los diez días una vez que el jurado designe el ganador.

8.- El acto de entrega del premio se llevará a cabo en Madrid. El autor ganador deberá asistir obligatoriamente al acto de entrega del premio.

9.- La participación en esta convocatoria implica la aceptación de sus bases y del fallo del Jurado. No se devolverán los originales recibidos ni se mantendrá comunicación sobre los mismos.